SILVINA
OCAMPO

Los días de la noche

Lumen

Los días de la noche

Silvina Ocampo

Edición al cuidado de Ernesto Montequin

Lumen

narrativa

Hombres animales enredaderas

Al caer perdí sin duda el conocimiento. Sólo recuerdo dos ojos que me miraban y el último vaivén del avión, como si una enorme nodriza me acunara en sus brazos. Así agradará a un niño que lo acunen. Cerré los párpados, vagué por mundos desconocidos. Después un ruido ensordecedor y luego un golpe seco me devolvieron a la realidad: el encuentro duro de la tierra. Después nada me comunicaba con esa tierra, salvo la sensación de una hoguera que se apaga y deja la ceniza gris parecida al silencio. No comprendo en qué forma sucedió el accidente: que yo esté solo en esta selva con los víveres y que no quede ningún rastro a la vista de la máquina donde viajé, me desconcierta. Alguien vendrá a buscarme, confío en la astucia de los aviadores que, más que buscarme a mí y a los demás tripulantes y pasajeros, buscarán la máquina. Me encontrarán por casualidad; la casualidad existe y a veces conviene. Estas provisiones, cuidándolas, alcanzarán para veinte días. Mi cálculo podría ser inexacto. Además algún roedor, algún pájaro o una bestia cualquiera podrían devorar los víveres que no están adecuadamente envasados; entonces, mi dieta se reduciría considerablemente. Me quedarían, asimismo, las conservas y las galletitas con gusto a cartón que están en latas, el lomito ahumado, las lengüitas, los dátiles y las ciruelas, las repugnantes castañas de Cajú, el maní.

Pero aquellos ojos, ¿dónde estarán?

Veinte días es mucho, es casi un mes. Víveres para veinte días, ¿qué más puedo pedir? Compartirlos, ¿me será dada esa felicidad? No sé dónde leí que algunos monjes se alimentaban durante mucho tiempo de dos o tres dátiles por día. Las botellas de vino también me ayudarán a mantenerme sano y fuerte.

Pero aquellos ojos que me miraban, ¿qué beberán?

A ningún animal le interesa tomar vino, ¿por qué será? Y hablando

de animales, pienso en la posible existencia de fieras. Oigo a veces crujir las ramas y me parece que hay olor a fiera, pero entiendo que si doy curso a mis cavilaciones me volveré loco, y entonces me echo de bruces en la tierra, la beso y trato de imaginar un mundo de corderos, como en las estampas de primera comunión, y de mariposas, como en los libros de lectura infantil. Mi cama es tan cómoda que después de haber dormido ocho horas, me despierto plácidamente creyendo que estoy en casa. Extiendo el brazo y con mano segura trato de encender la lámpara de mi mesa de luz; me demoro un rato en esa ilusión. Si la noche está muy oscura, me apresa una gran angustia, pero si hay luna, contemplo la luz que brilla en las hojas de los árboles y en los troncos cubiertos de musgo y me imagino que estoy en un jardín bien cuidado. Me tranquiliza esta imagen tan tonta en realidad, ya que siempre preferí la selva a un jardín civilizado. Por eso mismo andaba siempre despeinado, me dejaba crecer la barba y, a veces, el aseo de mi ropa no era impecable. Ahora que estoy rodeado de una vegetación que se expande al azar, ¿preferiría estar rodeado de las más disciplinadas plantas? No, de ningún modo. Todos mis pensamientos me llevan a la ciudad que odié; a los alrededores de la ciudad que desprecié. Recuerdo con rencor su olor a nafta, a naftalina, a farmacia, a sudor, a vómito, a pies, a sótano, a viejo, a insecticida, a mingitorio, a recién nacido, a escupitajo, a excrementos, a cocina. No cometo la equivocación de redimir la imagen de la ciudad con la imagen de las personas queridas. Trato de no echar de menos ni la letrina ni el lavatorio. Me acostumbro a esta vida. Uno se acostumbra a todo, me decía mamá y tenía razón.

No conozco el clima de este sitio; eso sí, me molesta un poco mi ignorancia. Sería difícil conocerlo sin nada que me oriente: ni barómetro, ni indicación geográfica, ni estudios botánicos ni climáticos. Por culpa de una tormenta el avión tuvo que cambiar de rumbo, de modo que no sé ni siquiera aproximadamente dónde cayó. Podría consultar el cielo, pero tampoco entiendo mucho de estrellas. Temo equivocarme. Creo que este lugar es húmedo porque hay ciertas lianas y cierta variedad de madreselvas que crecen en lugares húmedos. No sé si el calor que siento es del trópico o simplemente del verano. Hay bajo los árboles ciertos helechos que se amontonan entre

el musgo.

¿De qué color eran aquellos ojos? Del color de las bolitas de vidrio que yo elegía cuando era chico en la juguetería.

De noche hay luciérnagas y grillos ensordecedores. Un perfume suave y penetrante me seduce, ¿de dónde proviene? Aún no lo sé. Creo que me hace bien. Se desprende de flores o de árboles o de hierbas o de raíces o de todo a la vez (¿no será de un fantasma?); es un perfume que no aspiré en ninguna otra parte del mundo, un perfume embriagador y a la vez sedante. Husmeando como un perro ¿me volveré perro?, estrujo las hojas, las hierbas, las flores silvestres que encuentro. Estudio las hojas para averiguar si ese perfume emana de ellas. Arranco y pruebo la corteza de los árboles. Finalmente he descubierto lo que perfuma el aire con tanta vehemencia: es una enredadera, tal vez de flores insignificantes. Nada en su aspecto la distingue de las otras, salvo su impetuoso follaje. Mientras la miro me parece que crece. Me alimento metódicamente de acuerdo con el calculo de cantidades diarias que me he propuesto comer para que los alimentos me alcancen hasta la llegada del avión o del helicóptero que espero de los hombres y de Dios. Como varias veces por día pequeñas dosis de alimentos. Hay algunas frutas silvestres que enriquecen mi dieta. Soy una porquería. ¿Por qué me cuido tanto? No hace ni un mes que pensaba suicidarme; ahora metódicamente me alimento, trato de descansar, como si cuidara a un niño. Hay personas que tardan mucho en saber quiénes son. El canto de los pájaros a mediodía (lo que yo calculo que es el mediodía) se vuelve ensordecedor. Hubiera podido fabricar una honda con elásticos que tengo en la cintura de mi *anorak* y dos ramas que he recortado. ¿Para qué cazar un pájaro?, me pregunto. Lo natural sería matarlo y comerlo. No podría. Mi voluntad se debilita, tal vez. Duermo mucho. Cuando me despierto, saco fotografías de los árboles, de mi mano, de mi pie, del follaje, pues ¿qué otras fotografías podría sacar? No tengo disparador automático para fotografiarme. Además no sé si mi cámara fotográfica funciona, porque ha recibido un golpe. En algunos momentos pronuncio mi nombre varias veces, dando a mi voz tonalidades diferentes. ¿Tendré miedo de olvidarlo? Descubro que hay un eco en el bosque. Nada me da tanto miedo. A veces oigo, o creo oír, el motor de un avión: entonces miro el

cielo desesperadamente.

¿Dónde estarán aquellos ojos que me miraban tanto? ¿De qué conversarán? ¿Habrán caído al mar atraídos por su propio color? ¿Si llegaran de improviso?

Poco a poco me acostumbro a esta vida. Prefiero dormir, es lo que hago mejor, a veces demasiado. Si una fiera me atacara durante mi sueño no podría defenderme y cometo todos los días la imprudencia de dormir profundamente a la hora de la siesta; es claro que no sé a ciencia cierta cuándo es la hora de la siesta, porque mi reloj se ha parado y por primera vez he perdido la noción del tiempo. A través de tantos árboles la luz del sol me llega indirectamente. Después de perder el hilo de la hora, si así puede decirse, difícil sería orientarme de acuerdo con esa luz. No sé si es otoño, invierno, primavera o verano. ¿Cómo podría saberlo si no sé en qué sitio estoy? Creo que los árboles que me rodean son de hojas perennes. No me atrevo a aventurarme por el bosque: podría perder mis provisiones. Esta ya es mi casa. Las ramas son mis perchas. Extraño mucho el jabón y el espejo, las tijeras y el peine. Empieza a preocuparme la cuestión del sueño, me parece que duermo casi todo el tiempo y creo que las culpables son estas flores que perfuman tanto el aire. El aspecto anodino que tienen, engaña: forman una glorieta que observándola bien es diabólica. Vanamente las arranco de la tierra: vuelven a crecer con más ímpetu. Traté de destruir algunas enterrándolas, pero no tengo herramientas para cavar la tierra y me serví de un trozo de madera chato, cuyo manejo me resulto engorroso. Pobre Robinson Crusoe, o más bien dicho, feliz Robinson Crusoe que sabía desempeñarse en las tareas que impone la soledad. Yo no sirvo para una situación como ésta. Vanamente traté de destruir las flores, como estaba diciendo, pues muchas de ellas se trepan a los árboles y se pierden en la altura tapándome el cielo. No podría destruir con nada su perfume, ya que este lugar es como un cuarto cerrado. A veces me he dormido observando una rama con dos o tres flores; al despertar he advertido que la misma rama ya tenía nueve flores más. ¿Cuánto tiempo yo habría dormido? No lo sé. Nunca sé el tiempo que duermo, pero supongo que duermo como en los días en que llevo una vida normal. ¿Cómo en ese tiempo tan corto han podido florecer tantas

flores? Si pienso en estas cosas me volveré loco. Observo la flor culpable de mi sueño: es como una campanilla, y es dulce (la he probado). Las ramas en que brota van tejiendo extrañas canastitas. Nunca observé una enredadera tan de cerca. Se enrosca en troncos y en ramas, con un tejido tan apretado que a veces resulta imposible arrancarla. Es como un forro, como una cascada, como una serpiente. Sedienta de agua, busca mis ojos, se aproxima. Ahora tengo miedo de dormir. Tengo pesadillas. Ya van varias noches que sueño lo mismo: la madreselva me confunde con un árbol y comienza a tejer alrededor de mis piernas una red que me aprisiona. No creo que estoy mal de salud. Creo, por lo contrario, que estoy perfectamente bien. Sin embargo, este estado de somnolencia no parece tan normal. A veces me pregunto: ¿no habré perdido totalmente la noción del tiempo? ¿Duermo más de lo que es habitual para un ser humano, o creo que duermo más? ¿Es el perfume que me da sueño? A la hora en que más se expande, empiezo a parpadear, se me cierran los ojos, y caigo en un letargo que al despertar me asusta. El progreso que hace la enredadera sobre el árbol fue durante unos días mi reloj. Como una tejedora iba tejiendo sus puntos alrededor de cada rama. Al despertar, por los nudos que había hecho yo podía calcular el tiempo de mi sueño, pero ahora, últimamente, se apresura. ¿Soy yo o el tiempo? Pasar de una idea a la otra sin orden alguno, es una de mis características actuales, pero la verdad es que nunca dispuse de tanto tiempo ni de tanta inactividad física. Jamás creí que me encontraría en una situación semejante. La abstinencia, además, me causó siempre horror. Ayer ¿sería ayer ayer? bebí dos botellas de vino para desquitarme, y después de vagar por el bosque, embriagado, caí dormido no sé por cuánto tiempo.

Soñé que decía: ¿Dónde estarán aquellos ojos que tanto me miraban? ¿Qué beberán? Hay personas que son manos, otras bocas, otras cabellera, otras pecho donde uno se recuesta, otras cuello, otras ojos, nada más que ojos. Como ella. Trataba de explicárselo cuando íbamos en el avión, pero ella no entendía. Entendía sólo con los ojos y preguntaba: «¿Cómo? ¿Cómo dice?»

Desperté lejos de los víveres creyendo que jamás volvería a encontrarlos. Me amonesté cruelmente. Tuve discusiones conmigo

mismo. Volví guiado por una gracia divina, sin duda, al lugar de salvación: mis alimentos. ¡Qué ironía de la suerte! ¡Depender de alimentos cuando me jactaba entre los hombres de poder pasar veinte días ayunando y me reía de las huelgas de hambre! Ahora, por un dátil o por una repugnante castaña de Cajú, vendería mi alma. Sin duda todos los hombres son iguales y reaccionarían del mismo modo. No me muevo, estoy encerrado como en una celda. No supuse que celda y selva se parecieran tanto, que sociedad y soledad tuvieran tantos puntos de contacto. Dentro de mi oreja un millón de voces discuten, se enemistan, se dedican a destruirme. Tra ra ra ra ra estoy harto.

Dios mío, que me sea dado no olvidarme de aquellos ojos. Que el iris viva en mi corazón como si mi corazón fuese de tierra y el iris una planta.

Esas voces contradictorias (volviendo a las voces que siento dentro de mi oreja) se dedican a destruirme.

Amaos los unos a los otros. Nunca me resultó tan difícil seguir ese precepto. Asimismo no hay que despreciar la soledad. Un día el mundo se poblará tanto, que mi actual guarida no será solitaria. Pensar en transformaciones me da vértigo. Con los ojos cerrados pienso todos esos disparates y es una imprudencia: la enredadera aprovecha mi descuido para treparse por mi pierna izquierda, teje una red minuciosa en cada dedo de mi pie. El dedo más chiquito me hace reír. Con qué artimaña lo envuelve. No hablemos del dedo gordo que parece un hisopo. La enredadera avanza rápidamente en su trabajo con distintos métodos: para los dedos chicos de mi pie utiliza simplemente un punto que se parece mucho a los barrotes de las sillas de mimbre modernas, para superficies grandes utiliza una amalgama extraña de arabescos que imitan los asientos plásticos de los automóviles. Arranco de mi pie la trenza con cierta dificultad. Recuerdo una enredadera de mi casa que se llama *enamorada del muro*, y que tiene patitas con garras que se adhieren a los muros. Recuerdo haber arrancado, de niño, algunas ramas y haber sentido la resistencia de la planta en cada una de las hojas como gatitos que no quieren soltar su presa. Esta enredadera no tiene patitas como la *enamorada del muro*. Mayor es su mérito. Infatigablemente va tejiendo y tejiendo lazos. ¡Pobres árboles, pobres plantas que caen bajo sus garras! *Dichoso el árbol que es apenas*

sensitivo. Se lo decía a alguien (por quien ya no siento ningún amor) para conmoverla. Me quedó el verso. No estoy tan seguro de ese *apenas sensitivo*. De noche me parece que oí a los árboles quejarse, abrazarse, rechazarse o suspirar, arrodillarse frente a otros de su familia o de otros que habían sucumbido bajo la enredadera. Ingresé en este mundo vegetal desconociéndolo totalmente. El único árbol que conocí, fuera del sauce, se entiende, fue la tipa. Una vez mamá dijo al cruzar la plaza San Martín:

—¡Qué lindas tipas! —pasaban en ese momento dos mujeres horribles y me reí.

—¿De qué te reís? —protestó mamá mirando el follaje de las tipas y añadió—: ¿Acaso ahora no se puede admirar ni los árboles?

—¿Qué árboles? —interrogué.

—Las tipas, ignorante. Todavía no sabés lo que son las tipas.

—¡Ah!, las tipas —respondí con debido asombro—, «yo creí que hablabas de las tipas».

—Ya no sabés ni hablar. Tendrías que irte a la selva para hablar con los monos.

Pobre mamá, cómo se habrá arrepentido del insulto. A veces me desvela ese recuerdo pero no puedo evitarlo. Miro en la oscuridad las tipas. Tenían flores amarillas: el vestido de mamá parecía más celeste. ¿Y yo tendré siempre mi cara gris de Buenos Aires?

¿Qué mirarán aquellos ojos?

Cara de pan crudo, decía la modista que venía a coser para mis hermanas en casa y que siempre pensaba que yo tenía doce años cuando ya había cumplido los veinte. ¡Qué opio tener veinte años! No extraño mi casa; eso sí que no, pero un espejo es una compañía, mala o buena, como todas las compañías, y allí tenía mi espejo redondo como una luna. He dormido esta vez más que todas las otras veces, más que el día de la borrachera; es claro que no puedo estar seguro de no equivocarme.

¿Dónde estarán aquellos ojos? ¿Los estaré olvidando? No recuerdo muy bien la forma del lagrimal.

A veces uno duerme cinco minutos y parecería que ha dormido toda una noche. Me dormí al atardecer, me desperté con una luz de atardecer. ¿Habría dormido cinco minutos? Pero tengo una prueba

contundente de que no fue así: la enredadera tuvo tiempo de tejer su trenza alrededor de mi pierna izquierda y de llegar hasta el muslo; ¡la tiene con mi pierna izquierda! Como si no fuera bastante hizo otro tanto con mi brazo izquierdo. Esta vez la arranqué con mayor dificultad pero con menos urgencia que la vez anterior, diciéndole animal, como a una de mis amigas que siempre me embroma. He resuelto cambiar de guarida. Cargo mis víveres y me mudo en busca de un sitio sin enredaderas pero no lo encuentro y la caminata me cansa. A veces pienso que han pasado varios años y que soy viejo; pero si fuera así no me quedarían provisiones. Ahora me quedé en un lugar tal vez peor, pero no tengo ánimo para volver sobre mis pasos. Toda esta selva es una enredadera. ¿Para qué preocuparme? Hay que preocuparse sólo por lo que tiene solución. El perfume seguirá embriagándome, dándome sueño. La enredadera seguirá haciendo sus trenzas. Ahora raras veces me despierto sin que haya tejido alguna trenza alrededor de mi brazo o de mi pierna. Ayer no más, se trepó a mi cuello. Me fastidió un poco. No es que me diera miedo, ni siquiera cuando se me enroscó alrededor de la lengua. Recuerdo que al soñar grité y abrí imprudentemente la boca. Es extraño. Nunca pensé que una enredadera podía introducirse tan fácilmente adentro de mi boca.

—Anormal. ¿Qué te has creído? Uno no se puede fiar de nadie —le dije.

Me hace gracia porque pienso en la risa que les va a dar a mis amigos esta anécdota. No me creerán. Tampoco creerán que no puedo estar ociosa. Últimamente trato de tejer trenzas como la enredadera alrededor de las ramas: es un experimento bastante interesante, pero difícil. ¿Quién puede competir con una enredadera? Estoy tan ocupada que me olvido de aquellos ojos que me miraban; con mayor razón me olvido hasta de beber y de comer. ¡Variable género humano! Envolví la lapicera en mis tallos verdes, como las lapiceras tejidas con seda y lana por los presos.

Amada en el amado

A veces dos enamorados parecen uno solo; los perfiles forman una múltiple cara de frente, los cuerpos juntos con brazos y piernas suplementarios, una divinidad semejante a Siva: así eran ellos dos.

Se amaban con ternura, pasión, fidelidad. Trataban de estar siempre juntos y cuando tenían que separarse por cualquier motivo, durante ese tiempo tanto pensaban el uno en el otro que la separación era otra suerte de convivencia, más sutil, más sagaz, más ávida.

Lo primero que hacían al separarse era poner cada uno en su reloj pulsera la hora exacta.

—A medianoche quiero que repitas los versos de San Juan de la Cruz, que me gustan.

—*¡Oh noche que juntaste Amado con amada, / amada en el Amado transformada!*

—Los diremos a la misma hora.

—A las seis de la tarde, en el reloj, mis ojos te mirarán.

—En el lápiz de los labios estaré cuando te pintes, o en el vaso cuando bebas agua.

—A las ocho te asomarás a la ventana para contemplar la luna. No mirarás a nadie.

—Creyendo que es tuyo, para no gritar de pena, me morderé el brazo, no el antebrazo.

—¿Por qué?

—Porque el brazo es más sensible.

—¿En qué sitio?

—En el sitio en que la boca lo alcanza cuando el brazo está doblado con el codo hacia arriba, apoyado contra la cara, como guareciéndola del sol. Es tu postura predilecta, por eso la imito como si mi brazo fuera el tuyo.

—A las nueve menos cinco de la noche, cerrá los ojos. Te besaré

hasta las nueve y cinco.

—¡Podrías más tiempo!

—¿Pero acaso no llegaríamos a morir prolongando indefinidamente ese momento?

—No pediría otra cosa.

Con éstos y otros desatinos se despedían. Como es natural, cumplían religiosamente lo pactado. ¿Quién se atrevería a romper semejante rito? El que no lo comprenda, nunca ha amado o ha sido amado, ni valdría la pena que ame o que sea amado, ya que el amor es hecho de infinita y sabia locura, de adivinación y de obediencia.

Todas las miserias grandes y pequeñas de la vida cotidiana, todo lo que es un motivo de fastidio para otras personas, para ellos era muy llevadero.

La casa en donde vivían no era muy cómoda, tenía poca luz porque sus cuartos daban a un patio interior. Ruidos intestinales de cañerías se hacían oír en todos los pisos. El baño estaba metido adentro de un armario, la ducha sobre la letrina, las ventanas no cerraban o abrían según el grado de humedad del tiempo, un camino de cucarachas distinguía la cocina de los otros cuartos, pero ellos encontraron en esas incomodidades cómicos motivos de regocijo. (Compartir cualquier cosa vuelve cualquier cosa mejor para los enamorados, cuando son felices.) La felicidad les prestaba simpatía, simpatía para el verdulero, para el carnicero, para el panadero, para el médico cuando había que consultarlo, para los participantes de una cola, por personal y larga que fuera.

De noche, cuando se acostaban, el cansancio que sentían, abrazados, era un premio. Él soñaba mucho, ella no soñaba nunca.

Él, al despertar a la hora del desayuno, le contaba sus sueños; eran sueños interminables y accidentados, llenos de alegría o de zozobras. Le gustaba contar los sueños, porque casi todos tenían (como las novelas policiales) suspenso: aprovechaba el momento en que iba a tomar un trago caliente de té o en que se metía un trozo grande de pan con manteca y miel en la boca, para interrumpir la parte sensacional del sueño y hacer esperar debidamente el desenlace.

—Quisiera ser vos —decía ella, con admiración.

—Yo también —decía él— ser vos, pero no que vos fueras yo.

—Es lo mismo —decía ella.

—Es muy distinto —respondía él—. Lo primero sería agradable, lo segundo angustioso.

—¡Por qué nunca puedo estar en tus sueños, si en la vigilia te acompaño! —ella exclamaba—. Oírtelos contar, no es lo mismo. Me faltan el aire, la luz que los rodea.

—No creas que son tan divertidos (tengo más talento de narrador que de soñador), son mejores cuando los cuento —dijo él.

—Los inventarás, entonces.

—No tengo tanta imaginación.

—De todos modos, quisiera entrar en tus sueños, quisiera entrar en tus experiencias. Si te enamoraras de una mujer, me enamoraría yo también de ella; me volvería lesbiana.

—Espero que nunca suceda —decía él.

—Yo también —decía ella.

Durante un tiempo resolvieron dormir teniéndose de la mano, con la esperanza de que los sueños de él pasaran dentro de ella a través de las manos. Por incómodo que fuera, ya que para mantener una posición estratégica dar vuelta la almohada buscando la frescura se volvería imposible, resolvieron dormir con las cabezas juntas. Pensaban que ese contacto sería más eficaz que el de las manos, pero ella seguía sin sueños.

—Hay personas que no sueñan —decía él—. No hay nada que hacer.

—Sería capaz de tomar mescalina, fumar opio. Cualquier cosa haría con tal de soñar.

—Es lo único que falta —decía él.

Una mañana de primavera, a la hora del desayuno, ella trajo como siempre la bandeja con las dos tazas servidas y las tostadas con manteca y miel. Colocó todo sobre la mesa de luz. Se sentó sobre la cama, lo despertó ahogando risas con besos, y dijo:

—Anoche soñaste con una vaquita de San José. Aquí está. —Mostró sobre su brazo el bichito rojo como una gota de sangre.

Él se incorporó en la cama y le dijo:

—Es cierto. Soñé que estábamos en un jardín donde en vez de flores había piedras, piedras de todos los colores.

—Un jardín japonés —musitó ella.

—Tal vez —respondió él—, porque en las piedras había letras grabadas que parecían japonesas o chinas. Por una calle de piedras más altas, pues todas las piedras eran de distinta forma y tamaño, venías caminando como si fuera adentro del agua. Te acercaste y me mostraste el brazo que creía que te habías lastimado con un alfiler, pero mirándolo bien, advertí que la gota de sangre que veía en tu brazo era en efecto una *vaquita de San José*.

—De algo me sirvió dormir con la frente pegada a la tuya —dijo ella, tratando vanamente de hacer pasar el bichito rojo de una mano a la otra—. En tu próximo sueño trataré de obtener algo mejor o más duradero —prosiguió, viendo que el bichito abría un ala rizada, suplementaria, que tenía escondida, y salía volando para desaparecer en el aire.

A la noche siguiente, ella se durmió antes que él. A las cinco de la mañana se despertaron al mismo tiempo.

—¿Qué soñaste? —ella preguntó, sobresaltada.

—Soñé que estábamos acostados en la arena, pero… vas a enojarte…

—Lo que sucede en un sueño no podría enojarme.

—A mí, sí.

—A mí, no —contestó ella—. Seguí contando.

—Estábamos acostados, y vos no eras vos. Eras vos y no eras vos.

—¿En qué lo advertías?

—En todo. En el modo de besar, en los ojos, en la voz, en el pelo. Tenías pelo de nylon como la muñeca de la motocicleta, que te gustaba en el escaparate del subte, ese pelo amarillo lustroso. Un día me dijiste: «Me gustaría tener el pelo así».

—¿Y qué te hizo pensar que esa mujer tan distinta de mí, era yo?

—El amor que yo sentía.

—Llamas amor a cualquier cosa.

—Aquel pelo amarillo de nylon, tan parecido al de la muñeca de la motocicleta, tal vez fuera culpable. Cada hebra era como un hilo de oro que yo acariciaba.

—¿Así? —dijo ella, mostrándole una hebra de nylon amarillo que colgaba del cuello del camisón.

Él tomó en broma el diálogo. A decir verdad esa hebra de nylon

amarilla podía haber estado anteriormente en la casa, por cualquier motivo. ¿Acaso las hijas de las amigas no iban de visita con sus muñecas, que tenían pelo de nylon? Se usa tanta ropa de nylon, ¿acaso una hebra de una costura no podría caer?

La próxima noche él tuvo que salir y ella quedó sola. Él volvió muy tarde; ella dormía. Empezaba el invierno y le trajo un ramo de violetas. En el momento de acostarse él puso en uno de los ojales del camisón de ella, una violeta.

—¿Qué soñaste? —dijo ella, como siempre, al despertar.

—Soñé que viajaba en un trineo por un campo cubierto de nieve, donde merodeaban lobos hambrientos. Estaba vestido con pieles de lobo; lo advertí en el modo de mirarme que tenían los lobos. Un bosque de pinos se divisó en el horizonte. Me dirigí al bosque. Frente a ese bosque bajé del trineo y en la nieve encontré una violeta, la recogí y me alejé rápidamente.

En ese momento ella vio la violeta en el ojal de su camisón.

—Aquí está —dijo ella.

—Te la traje anoche con un ramito que te compré en la calle; elegí la violeta más grande y la puse en el ojal de tu camisón.

—¿El sueño lo inventaste?

—Si lo hubiera inventado sería más divertido.

—¿Cómo supiste que ibas a soñar con violetas? Sos mentiroso. Querés imitarme, inventando experimentos mágicos. Eso no impide que tus verdaderos sueños obren milagros para mí —dijo ella—. *La vaquita de San José*, la hebra de nylon, no han sido un invento. Saldré pronto en los diarios, fotografiada como la mujer que saca objetos de los sueños ajenos.

—¿Mis sueños te son ajenos?

—Para los diarios, sí.

Fue durante una siesta de verano. Él soñó que andaba caminando con ella por una ciudad desconocida, con desfiles de soldados. En una puerta verde, debajo de un puente, Artemidoro el Daldiano, vestido de blanco, con sombrero y capa, lo llamó.

—¿Quién es Artemidoro? —preguntó ella.

—Un griego. Escribió la *Crítica de los sueños*.

—¿Cómo sabés que era él?

—Lo conozco. Estudiamos juntos —contesto él.

Artemidoro le tendió la mano como si lo apuntara con un revólver, pero lo que tenía en la mano era un filtro misterioso, aquel que bebieron Tristán e Isolda. «Cuando quieras llevar a tu amada como a tu corazón dentro de ti», le dijo, «no tienes más que beber este filtro».

Cuando él despertó a la hora de desayuno, ella le dijo:

—Aquí esta el filtro —y le mostró una botellita diminuta.

No necesitaba que le contara el sueño.

Él le arrebató el frasco de la mano, lo miró atónito, cerró los ojos y bebió. Cuando abrió los ojos quiso mirarla de nuevo. Ella no estaba. Él la llamó, la buscó. Oyó una voz dentro de él, la voz de ella, que le contestaba:

—Soy vos, soy vos, soy vos. Al fin soy vos.

—Es horrible —dijo él.

—A mí me gusta —dijo ella.

—Es un conyugicidio.

—Conyugicidio… ¿Y qué quiere decir? —ella interrogó.

—Muerte causada por uno de los cónyuges al otro —respondió.

Bruscamente despertaron.

Él volvió a soñar a lo largo de la vida y ella a sacar objetos de sus sueños. Pero la mayor parte de las veces no le sirvieron de nada pues son todos objetos de poca importancia; a veces ni siquiera los mira. Los atesora en su mesa de luz. Rara vez, por suerte, le sirven para sufrir transformaciones, como sucedió con el filtro: el término *sufrir* está bien elegido pues en toda transformación hay sufrimiento. A veces tienen miedo de no volver a su estado anterior —al hogar, a la vida habitual— y volatilizarse. ¿Pero acaso la vida no es esencialmente peligrosa para los que se aman?

Cartas confidenciales

Querida Prilidiana:

Desde los días de la escuela que no nos vemos seguiste siendo mi amiga por carta y por teléfono. Ahora me gustaría verte porque te quiero, bien lo sabés, por eso te elegí madrina de mi hijo. Tengo que hablarte de Tomi porque apenas te dije algo de lo que quería decirte la tarde del bautismo en que había tanta gente.

Yo adoraba a Tomi, sería porque estaba de compras y que mi hijo saldría parecido a él. Cuando Tomi cumplió siete meses, era en cierto modo la persona más importante de la casa. Pobrecito, huérfano, me tocó a mi cuidarlo. Con él aprendí a poner los pañales de modo que no se mojara el resto de la ropita; con él aprendí a bañarlo, a limpiarle las orejitas y el ombligo; con él aprendí a preparar las mamaderas.

Hay cosas que nadie cree, pero que todo el mundo comenta como si creyera que son ciertas, y esas cosas se relacionan con Tomi, pero para explicarlas tengo que hablar del pasado.

Apareció en casa, según me contaron, sesenta años antes de mi nacimiento (todavía vivían mis tatarabuelos), en un cuarto de la bohardilla, tal vez el más bonito del edificio, un hombre viejo, reviejo. De haberlo descubierto, yo me hubiera muerto. ¿Quién lo vio por primera vez? Nadie lo sabe. Nadie en la casa se disputó el honor o el horror de haberlo encontrado, porque inmediatamente estuvieron acostumbrados a verlo, y nunca se les ocurrió que alguna vez no había estado ahí, formando parte de la familia, compartiendo sus penas y sus alegrías, sus bailes y velorios. Al parecer, era viejísimo, con arrugas que le cuadriculaban la cara, con pelos que parecían el interior de un colchón deteriorado. Tengo fotografías de él: un hombre de expresión adusta, casi cruel, pero correcto en el vestir y limpio. No necesito que me digan que tenía buenos modales: me basta ver las posturas que adoptó para que lo fotografiaran. Hablo como hablaría mi abuela: era

un caballero, desde todo punto de vista; de otro modo, lo hubieran echado, pues ¿quién le permite a alguien que se ha introducido misteriosamente en una casa de familia, su permanencia indefinida? No se le permitiría ni a un perro ni a un niño y menos a un hombre. De modo que la situación tenía que ser extremadamente halagüeña, y el viejo notablemente distinguido y bueno o pudiente. Nunca te dije estas cosas, porque me daban vergüenza. Tu abuelo se vanagloria de su árbol genealógico y que un tipo desconocido fuera como un pariente nuestro, le hubiera repugnado. Mamá, que no es cariñosa, adoraba al viejo Toni, que ya no era tan viejo y, por cada caramelo que éste le regalaba, le daba un besito, rodeándole el cuello con los brazos, cosa que a mi abuela le disgustaba, porque los caramelos estaban sueltos en el bolsillo del viejo, que ya no era tan viejo, o adentro de un pañuelo.

De tanto verlo a don Toni, nadie en la casa advirtió, después de unos años, su rejuvenecimiento. Un día, al cabo de no sé cuánto tiempo, volvió a visitarlo un amigo de su edad. Un rato de charla bastó para asombrar al amigo, que corriendo fue al cuarto de mi bisabuela y le preguntó ansiosamente, según me contaron:

—Señora Joaquina, ¿Toni es Toni o se transformó en otro?

Mi bisabuela, asombrada, le dijo:

—Se trata siempre del mismo don Toni. ¿En qué está la diferencia? Todos los santos días yo lo veo y no cambia ni por pasteles.

—Señora, la diferencia está en la edad. Se ha rejuvenecido tanto, que sólo le quedan las arrugas perpendiculares. Supongo que no se hizo hacer la cirugía estética.

—Cuando se vive con alguien durante tanto tiempo, esas nimiedades no se advierten.

Pero mi bisabuela, que siempre desconfió de don Toni, volvió a desconfiar:

—¡Qué amigo raro tiene este viejo! —le dijo a mi tía abuela—. ¿Quién se fija, a esa edad, en las arrugas? Realmente, a veces me da miedo alojar a un intruso en la casa.

Y mi tía abuela, la mayor, que lo quería al viejo (que ya no era tan viejo) con locura, contestó:

—¿Acaso no dicen en la Biblia *no sabemos ni de dónde venimos ni*

adónde vamos? Todos estamos en la mismísima situación. ¿Por qué llamarlo intruso a don Toni? Nosotros somos también intrusos, y si lo somos ¿por qué acusar a los otros, con desdén, de algo tan habitual?

Mi bisabuela y mi tía abuela mayor no se hablaron durante cuatro meses, y esto es la purísima verdad.

—Ese viejo trae discordias en la familia —exclamó mi bisabuela cuando se encontró a solas con la sirvienta, que era chismosa y que se lo contó al viejo, lo que provocó reyertas y reconciliaciones, que reafirmaron el vínculo que unía a nuestra familia con don Toni.

Fue en aquellas épocas cuando don Toni se dedicó al estudio de la arquitectura. No faltó quien se riera de él por haber empezado tan tarde el estudio de una ciencia tan difícil.

—Nunca es tarde cuando la dicha es buena —solía decir.

Se compró una mesa de dibujo. Estudiaba y dibujaba hasta altas horas de la noche. Cuando había algún corte de luz, encendía una vela y seguía estudiando como si nada fuera. Dibujaba planos de casas, de iglesias, sobre todo de bóvedas, como si tuviera nostalgia de la muerte. Pensaba rendir examen de ingreso a la facultad. Rindió con éxito el examen pero mi abuela después dijo que fue un embuste.

Parece que un profesor le preguntó con sorna al verlo llegar un día a la facultad:

—¿Piensa vivir por mucho tiempo? ¿Como Matusalén?

—¿Por qué? —preguntó don Toni.

—Porque si pretende recibirse de arquitecto… bueno, mejor que no siga, por respeto a los ancianos.

—¿Y por qué no? —interrogó cándidamente don Toni.

—Dentro de seis años calcule la edad que va a tener, si es que llega hasta entonces.

—No me preocupa —contestó don Toni sin enojarse—. *Piano piano si va lontano*.

—En efecto, será mejor que se dedique al piano, porque el lontano me parece bastante problemático de alcanzar, en su caso.

—Aprenda a hablar —contestó don Toni, peinándose la lana del colchón deteriorado que brillaba sobre su cabeza, porque empezaba a usar brillantina.

Todo esto lo sé por mi abuela, porque mamá, que era una

cuentalotodo, en esa época todavía no había nacido. Mamá nació cuando don Toni andaba de novio y lucía aquellos trajes tan elegantes de gabardina y un anillo con una piedra azul en el dedo meñique. Con sus planos había edificado ya una casa en el Tigre que llamaba la atención en los días de regatas por la originalidad de sus balcones, y una capilla barroca que no existía la par en Buenos Aires. El día que se comprometió, más bien el día después, vinieron él y la novia invitados por mi abuela a tomar el té a casa. La novia era preciosa y una notable guitarrista, al decir de todos. Alguna vez obtuvo un premio de belleza. Mucha gente sospechaba que don Toni se teñía el pelo, pero otros decían que el pelo había vuelto a su color natural, debido a las ilusiones de amor que habían despertado en él, gracias a la novia. Rondita (así se llamaba la novia) muy pronto se enteró de la edad que osaba tener don Toni, aunque nadie a ciencia cierta la supiera. A ella le falló el coraje de echársela en cara, sino con indirectas, y finalmente con la devolución del anillo de compromiso, que le arrojó a la cara, en una mañana de sol. La belleza pasó después una semana sin salir de su cuarto, buscando desesperadamente en su memoria algún joven de quien enamorarse. Cuando descubrió que nadie era mejor que don Toni, don Toni la había olvidado, para atender a niñas mucho más jóvenes. La verdad es que don Toni, por despecho, se dedicó a los deportes y se rejuveneció hasta tal punto que la gente no lo reconocía por la calle. Dicen que era bárbaro. Mi abuela tenía que descolgar el tubo, por los llamados telefónicos: ¿Don Toni está? ¿Don Toni salió? No resonaba otro nombre en la casa.

Cuando se recibió, o dijo que se recibió, de arquitecto, fue todo un acontecimiento. Lo supe por un enano de la carnicería, porque mi abuela siempre negó los triunfos de don Toni y el enano siempre decía la verdad, aunque la verdad duele casi siempre. En el segundo patio de la casa, se ofreció un banquete con caviar y champagne francés. Desde la calle se veían las mesas. El enano vislumbró hasta el color de los platos y las puntillas. Era el mes de diciembre. Mamá, que era chiquita en esa época, lloraba en su cuarto porque la niñera la dejó sola para espiar a las visitas. De aquella noche, mamá conservó una neurosis casi incurable. Don Toni estaba tan buen mozo que hasta la Pita Roca lo miró con insistencia y la Paulina Acosta, despechugada como

siempre, fingió un desmayo, para que la auscultara. Tal vez esto sea un invento de una ama de llaves (pues en esa época existían las amas de llaves y de leche), pero algo habrá de cierto; la cuestión es que tengo una foto vulgar y silvestre donde el tipo está bárbaro. Las mujeres se lo disputaban, sobre todo las más jóvenes, que preferían a un hombre ya grande y vivo y no un chiquilín tonto. Don Toni se dejaba amar con barba y todo. ¡Con qué maestría alimentaba el fuego en el corazón de sus enamoradas! Acudían a su oficina no sólo mujeres en busca de planos de viviendas o de bóvedas, sino mujeres que lo amaban por haberlo encontrado en alguna reunión. Muchas se arruinaron por querer construir una bóveda, sin disponer del dinero necesario. Y así transcurrieron los años, que lo rejuvenecían entre el amor y el estudio, entre los negocios y el ocio. Y así llegó a la pubertad, cuando mamá se casó y se enamoró platónicamente de él, y a la adolescencia, cuando la belleza de su rostro impresionó tanto a una princesa, que enloqueció por no poder besarlo; y a la niñez, cuando los juguetes electrónicos llenaron su cuarto y las figuritas espaciales adornaron los espejos de su armario; y a la edad insaciable y delirante de las mamaderas, cuando el hombre es como un enfermo pequeño, que no se maneja solo, porque es un niño arrugado, de pocos meses.

Son infinitas mis conclusiones: mi abuela es la culpable; sin embargo, a veces rechazo la idea loca de que Tomi sea don Toni, que la *n* se transformó en *m*, y el hombre en niño. Pero ¿quién podrá ahora quitarme las dudas que se retuercen en mis entrañas? Vos tal vez, porque ves las cosas de afuera.

Tomi ha desaparecido justamente en el momento en que yo he dado a luz. La última frase que me dijo fue:

—No me gusta que uses minifalda ni vestidos transparentes y patatí y patatá —como un viejo reviejo.

—Andá a freír papas —le contesté, sin saber que me arrepentiría para toda la vida, porque la última frase que uno dice es siempre la que vale.

Pensándolo bien, nadie lo trajo a esta casa a Tomi, como a don Toni. Pasó de la adolescencia a la infancia sin que yo ni nadie de la casa lo advirtiera. ¿Estaríamos todos papando moscas? Como si fuera hoy, a los cinco años me mostró una foto y me la regaló diciéndome:

—Es una foto de cuando yo era viejo. No quedó otra para regalarte.

Me pareció natural, tan natural que no se lo conté a nadie; o bien me pareció tan sobrenatural, que no se lo conté a nadie. Oírlo hablar de ese modo, me hizo redoblar mi cariño por él y mi ceguera. Todos somos ciegos en el amor.

Escribime diciéndome lo que pensás de todo esto. Si el infierno existe, seguramente será el que acabo de conocer con la desaparición, que nadie confiesa en la casa, de Tomi. ¡Qué buen compañero de mi hijo hubiera sido! Se me caen las lágrimas cuando contemplo las fotos de cuando era viejito. Me dirás como la otra vez, que me haga psicoanalizar. Andá. Mil besos de tu

Paula.

Querida Paula:

Leí tu carta ¡como si me hablaras en chino! ¡Y pensar que somos tan amigas! Te complicás por nada, eso es lo que a mí me parece. Don Toni, del que oí hablar en tu casa, me daba sueño en cuanto lo nombraban. Conque don Toni, después de instalarse en tu casa, para mayor abuso, se transformó en Tomi. ¿Te lo dijo tu abuela? Que se lo cuente a otro. Esa vieja es un quemo y vos la escuchás. Para mí que hay gato encerrado, porque decime en qué cabeza cabe que un hombre aparezca en una casa de la noche a la mañana sin que lo echen y sin que a nadie se le ocurra llamar a la policía para ver si es un asaltante, un leproso, un ladrón o un loco escapado de un manicomio. ¿No se dieron cuenta tus papis, Nena, del peligro en que ponían a toda la familia? Qué querés que te diga, yo nunca soñé que algo así podía suceder en tu casa, con lo severos que han sido siempre con vos: «Nena, no vayas aquí», «Nena, no vayas allá», «Nena, no vayas de pantalón y menos de minifalda, para ir al Electric de la calle Lavalle», «Ese corpiño te marca mucho», «Esa faja, ¿no te ajusta?» El día que dieron *Rocco y sus hermanos*, con Alain Delon, prohibida para menores de dieciocho años, se armó la podrida. ¿Hay derecho? Teníamos quince años: en la India, las tipas se casan a los doce. La pucha que son locos los padres que uno tiene; parece que lo odiaran a uno de puro cariño.

Lo que menos entiendo es tu preocupación por Tomi. Yo quise mucho a mi perrito Macho, pero cuando desapareció, como si ni lo hubiera conocido pensé: hay otros perritos en el mundo, y me conseguí otro más bonito, que no ensucia tanto. No digo que sea lo mismo, pero no creas que anda tan lejos; total, un chico molesta bastante. ¡Si conoceré las mañas que tienen cuando vomitan encima del mejor vestido que uno tiene! Yo no quería tener chicos, te lo dije el día del bautismo; pero Adrián protestaba: «¿Y para qué nos casamos, vieja? Si no es para tener chicos, no valía la pena». ¿Querés creer que me enfrié después de esa frase? No contesté nada, porque si contesto soy como leche hirviendo, y si me enojo de veras, como cuando contesto, le doy con el cuchillo de la manteca que tenía en la mano. La vida es triste, querida; no hay vuelta que darle. Y todavía vos te preocupás por un fantasma, por ese Tomi, que ha desaparecido. ¿Qué más querés? Su ropita le servirá a tu hijo ¿o se fue con la ropita? Cuando la vi, me quedé bizca. ¡Qué alforcitas, qué vainillas, qué *broderie*, qué bordados! Parecía la ropa del niño Jesús, del Convento de las Niñas Harapientas, ¿te acordás? ¿O ya olvidaste nuestros chistes? Y el cura piola, que nos confesaba: «¿Qué otro pecadito, mi hijita? ¿Qué otro pecadito? Haga memoria». Y era siempre el mismo pecadito que confesábamos, y el mismo pecadito que quería que tuviéramos y la misma penitencia que nos daba. ¿Qué edad tenía Tomi, en aquellos tiempos? Me dijiste que fumaron un atado de cigarrillos, encerrados en el cuarto de baño, y que te dio un beso, como de cine, cuando te desmayaste. Era mayor que vos y después fuiste mayor que él. No tiene ni pies ni cabeza. Por más que me rasque la rodilla, no entiendo ni palote, y lo peor de todo es que me da miedo. Si a los hombres les diera por vivir como a don Toni, para atrás ¿qué pasaría? Si un buen día, ya niños, desaparecieran, por lo menos no habría tantas sorpresas, sabríamos (salvo un accidente) cuánto van a vivir. ¿Sería posible, vieja, que esto pasara? Me quedan dudas al respecto, pero me parece que no voy por buen camino para tranquilizarte, así que chau, un beso para el nene y otro para vos.

Prilidiana.

Ulises

A Enrique.

Ulises fue compañero mío, en la escuela, cuando pasé del jardín de infantes a primer grado. Tenía seis años, uno menos que yo, pero parecía mucho mayor; la cara cubierta de arrugas (tal vez porque hacía muecas), dos o tres canas, los ojos hinchados, dos muelas postizas y anteojos para leer, lo convertían en un viejo. Yo lo quería porque era inteligente y conocía muchos juegos, canciones y secretos que sólo saben las personas mayores. La maestra no sentía por él ninguna simpatía; decía que era muy consentido y mentiroso; yo sé que un día lo encontró fumando en la calle, y sospecho que ésta era la verdadera causa de su desaprobación. Aunque yo pensara que mi maestra era demasiado severa, debí reconocer a la larga que Ulises contaba cosas muy extrañas, que no parecían ciertas, y llegué en algún momento a creer que en efecto era lo que vulgarmente se llama un mentiroso.

A mediodía, pues asistíamos al turno de la mañana, iba a buscarlo a la escuela una mujer distinta o que me parecía distinta; poco a poco fui individualizando a cada una de estas mujeres, que en definitiva eran tres. Supe que se trataba de las trillizas Barilari, que lo habían adoptado. Las trillizas tenían setenta años, pero entre los trillizos hay uno que es mayor y otro menor. Yo imaginé que la mayor era una que parecía una jirafa, no sólo por el porte sino por la manera de mover el cuello y la lengua, y no me equivoqué. Otra, que debía de ser la segunda, era de estatura mediana y muy menuda. La menor era una mezcla de las otras dos, pero más ágil. Las tres eran alegres y tarareaban alguna canción en boga, cuando esperaban a Ulises en la puerta de la escuela, aunque lloviera, hiciera mucho frío o calor

sofocante. Solían comprar chupetines y cubanitos a los vendedores que merodeaban para tentar a los niños con las golosinas.

—¿Son buenas tus tías? —le pregunté un día a Ulises.

—Son bulliciosas —me contestó—. No lo creerás. Acabo el día casi siempre con dolor de cabeza, por eso uso anteojos (no porque tenga astigmatismo, como dicen ellas). Además, rompen todo, porque andan a los golpes saltando como cabras por la casa. A veces me encierro en el cuarto de baño para no oírlas. Pero cuando me encierro es peor, porque vienen a golpear la puerta y me gritan por turno: «¿Qué hacés, qué hacés, Ulisito? ¿Vas a terminar? Ya te dije que no te encerraras con llave. ¿Acaso sos un viejo?» Cuando no les abro la puerta en seguida, las oigo que lloran y que lloran, y cuando les abro, no porque me den lástima sino porque me aburren, descubro que lloran en broma. A veces les digo: «Un día las voy a matar». Se matan de risa las tres. Parece que les hicieran cosquillas. Después de todo, no me preocupo, porque son locas, aunque digan que soy yo el loco. De noche me desvelo de tanto oír decir: «Si no te dormís vas a tener cara de viejo». Termino por no dormir. Entonces me levanto y en puntillas entro en el cuarto de la Laucha —así llamaba a la menor de las trillizas — y le robo de la mesa de luz un somnífero asqueroso.

—¿Qué es un somnífero? —pregunté.

—Una droga que hace dormir, ¿qué va a ser?

—¿Qué es una droga?

—Buscá en el diccionario. No soy maestro.

Este diálogo no parece que pudiera existir entre un niño de siete años y otro de seis, pero en mi memoria así ha quedado grabado y si los términos en que nos expresábamos no eran exactamente los mismos, el sentido que queríamos dar a nuestras palabras era exactamente el mismo. Naturalmente que el que hablaba todo el tiempo era Ulises, yo simplemente hacía preguntas o comentarios sobre lo que él me decía.

Ya pasado el invierno Ulises parecía mucho más demacrado que mis otros compañeros. Yo sabía que los niños que viven encerrados en sus casas, en invierno, que madrugan para ir al colegio, que salen de sus casas sin haberse desayunado porque vuelcan la mitad de la leche sobre la mesa o sobre el delantal (lo que es peor), se adelgazan y

parecen enfermos a veces. Ulises no parecía enfermo sino muerto.

Me invitó a su casa para el día de su cumpleaños. Nadie le había regalado nada. ¿Juguetes? ¿Quién se los iba a regalar? ¿Libros? Los habría leído todos. ¿Bombones? No le gustaba ninguno. El único regalo que recibió fue el que yo le llevé: una docena de pañuelos. Dicen que no hay que regalar pañuelos porque son lágrimas, pero yo no hice caso y se los regalé. Aquel día me hizo confidencias: me dijo que estaba cansado de ser como era, que iría a consultar a una adivina que vivía en un lugar bastante retirado, que en su casa diría que saldría conmigo y que lo ideal sería que esto no fuese mentira. Después de pensarlo mucho resolví acompañarlo. Yo dije a mis padres que pasaría la tarde en la plaza, con Ulises, y que las trillizas Barilari irían a buscarnos. Ulises dijo a las trillizas que mis padres irían a buscarnos y como no se conocían no podían averiguar que esto no era verdad.

En el camino me habló de la sibila Artemisa, de la sibila Eritrea, de la sibila Cumea, de la Amaltea y de la Helespóntica: conocí los oráculos de cada una. Yo no entendía nada de todo ese palabrerío y me parecía que estaba delirando, pero después comprendí que él había consultado un libro titulado *Práctica Curiosa o Los oráculos de las Sibilas*. En este libro, me lo explicaron mucho tiempo después, había listas de preguntas y de Sibilas con un acertijo de números en que uno podía buscar una contestación adecuada, según la suerte, a cada pregunta. El único inconveniente que había era que las preguntas no eran las que suelen hacer los niños, de modo que en su mundo, por más viejo que Ulises se sintiera, no existía la zozobra ni el interés por consultar algunas cosas. Durante mucho tiempo Ulises empleó ese libro como entretenimiento, luego como libro de consulta, que desechó casi inmediatamente, para ir en busca de lo que era para él una verdadera adivina.

Caminábamos en busca de la casa de Madame Saporiti, la adivina. De vez en cuando Ulises buscaba en el bolsillo un papelito doblado, lo consultaba y volvía a guardarlo. Se detenía de pronto, como si hubiera perdido algo, buscaba de nuevo en el bolsillo y sacaba un pañuelo atado por las cuatro puntas, lo desanudaba, contaba el dinero que tenía adentro, luego volvía a guardar el pañuelo después de anudar sus

puntas, con el dinero adentro. Caminábamos ligero, pero no sentíamos el cansancio ni la tentación de demorarnos en el camino mirando los escaparates o los carritos de los vendedores de golosinas. En un abrir y cerrar de ojos, llegamos a la casa de la adivina. Un diminuto jardín, que parecía rodear la tumba de un cementerio, adornaba el frente de la casa. Abrimos el portón, que no media más de diez centímetros de alto y tocamos el timbre, con emoción. Al cabo de un largo rato, con mucho ruido y mucha dificultad, nos abrieron la puerta. Madame Saporiti en persona nos hizo pasar. Estaba vestida de entrecasa con un batón de frisa color solferino; en la cabeza llevaba puesto un tul azul eléctrico. Era de mediana estatura, pero corpulenta y empolvada. La seguimos por un corredor oscuro, a la sala, donde nos dejó esperando. Pasada la primera emoción miramos los detalles del cuarto. Nos reímos. Todos los muebles que había en ese cuarto estaban envueltos en forros de celofán: la araña, en primer término, después venía el piano perpendicular, después una estatua que parecía un fantasma y finalmente una caja que parecía de música y todos los sillones y las mesas. Los forros brillaban y dejaban entrever la forma y el color de cada objeto. Nos pusimos a reír. Nunca habíamos visto una casa como esa. Cuando Madame Saporiti vino a atendernos, nos dijo con tono severo:

—Parece que no les gusta mi casa.

—¿Por qué?

—Porque yo me doy cuenta de todo y aunque no hablen adivino lo que están pensando.

Madame Saporiti nos hizo pasar a su dormitorio.

—¿Cuál de ustedes es el que quiere que le adivine la suerte? Me llamaron muy temprano esta mañana por teléfono. Se ve que tienen mucho interés en conocer el porvenir. ¿Cuál de ustedes es…?

—Soy yo —dijo Ulises, comiéndose una uña.

Madame Saporiti se sentó y buscó en un cajón las barajas.

—Este es el *grand taraud*.

Dispuso los naipes sobre la mesa, en fila: Ulises tuvo que tapar todos los naipes de la fila con otros naipes que ella le dio a elegir. A medida que Madame Saporiti disponía de modo diferente los naipes sobre la mesa, iba prediciendo el porvenir; todos los inconvenientes que Ulises

tenía en su casa, iba enumerándolos como si yo se los hubiera contado. Le habló de su desdicha, que consistía en parecer un viejito. La ceremonia de las cartas duró una hora. Cuando terminó, Ulises, que había perdido toda su timidez, preguntó:

—¿No tendría un filtro?

—¿Para qué? —preguntó asombrada Madame Saporiti.

—Para dejar de ser viejo —contestó Ulises—. Se lo voy a pagar.

—No hablemos de eso —dijo Madame Saporiti—. No hay filtros para niños.

—Como no soy un niño, eso no importa.

—Tienes razón —respondió Madame Saporiti—. Te prepararé un filtro, ya que lo pides, pero saldrá un poco costoso.

Ulises sacó del bolsillo el pañuelo, desanudó las puntas, mostró el dinero e interrogó:

—¿Esto alcanza?

Madame Saporiti con el dedo mayor apartó las monedas de diez pesos, que eran muchas y respondió:

—Creo que sí.

En el cuarto contiguo alguien tocaba el piano. Aquella música me dio un poco de sueño y me dormí. ¿Cómo Madame Saporiti preparó el filtro? ¿Cómo Ulises lo bebió? No sé. Me despertó el ruido del vaso de vidrio sobre el plato de porcelana, que Madame Saporiti puso cuidadosamente sobre la mesa. Contemplé a Ulises, con asombro. No parecía el mismo. Su tez pálida se tornaba rosada, sus ojos brillaban y miraban nerviosamente de un lado a otro, como los de cualquier niño travieso. Pero no era ése el Ulises que yo quería, tan superior a mí y a mis compañeros de escuela.

Salimos de la casa de Madame Saporiti corriendo. En el camino nos detuvimos a mirar los escaparates y en una frutería robamos dos naranjas. Caminábamos, o corríamos más bien dicho, como si tuviéramos alas. Pero yo pensaba en Ulises, el que había dejado de ver en la casa de la adivina, como si hubiera muerto.

Cuando llegamos a la casa de las trillizas, le pregunté a Ulises:

—¿No nos van a retar?

—No tienen tiempo de ocuparse de nosotros. Son muy frívolas —respondió Ulises.

En cuanto tocamos el timbre, una de ellas, la Jirafa, vino a abrirnos. Si Ulises no era el mismo, la Jirafa tampoco era la misma: había sufrido una transformación contraria. Había perdido el aire jovial que la mantenía joven, a pesar de su edad.

—¿Dónde fuiste? —preguntó—. ¿Por qué volvieron tan tarde? Nosotras aquí, esperando y esperando. Esto no es vida.

Entraron en la habitación donde las otras dos hermanas estaban tejiendo. Tenían puestos anteojos negros y temblaban tanto que no podían tejer.

Las dos gritaron al mismo tiempo:

—¿De dónde vienen? ¿Qué has hecho, Ulisito? Nunca te vi tan lindo y con ese color tan rosado en las mejillas. Ya no pareces un viejo. Te llamaremos Niñito, como las vecinas a sus hijos; pero ¿dónde fuiste? ¿Qué has hecho?

—Fui a ver a una adivina.

—¡Ave María!

—Y me dio un filtro: el filtro de la juventud, así lo llama.

—¿Y dónde vive esa adivina?

Ulises sacó inocentemente de su bolsillo el papelito, con la dirección de la adivina. Una de las trillizas se lo arrebató.

—Iremos a verla —dijeron las tres a coro—. Iremos mañana mismo.

Al día siguiente fui de visita a casa de Ulises. Cuando llegué las trillizas no habían vuelto del consultorio de la adivina. Ulises de pronto se puso triste y viejo. «Qué suerte», pensé, «otra vez reconozco a mi amigo, con su inteligente cara arrugada». Sentí ganas de abrazarlo y decirle: «No cambies». Me miraba con desconfianza. Cuando llegaron las trillizas saltando con una peluca en la mano, resolví irme, pero no me dejaron y me dieron mil besos y me acariciaron. Se probaron la peluca, me consultaron, rieron. En ronda bailaron alrededor de Ulises, cantando «Aquí está el viejo, aquí está el viejo».

Al día siguiente Ulises fue en busca del filtro y volvió a parecer joven y las viejas a parecer viejas. Y al día siguiente las viejas fueron en busca del filtro y parecieron jóvenes y Ulises, viejo. Le aconsejé que se quedara como estaba, porque ya no le alcanzaba la plata para comprar los filtros. Me hizo caso. Además sabía que yo naturalmente

lo prefería arrugadito y preocupado.

Las vestiduras peligrosas

Lloro como una Magdalena cuando pienso en la Artemia, que era la sabiduría en persona cuando charlábamos. Podía ser buenísima, pero hay bondades que matan, como decía mi tía Lucy. Lo peor es que por más que trate, no puedo describirla sin quitarle algo de su gracia.

Me decía:

—Piluca, haceme un vestido peligroso.

Era ociosa y dicen que la ociosidad es madre de todos los vicios. A pesar de eso, hacía cada dibujo que lo dejaba a uno bizco. Caras que parecía que hablaban, sin contar cualquier perfil del lado derecho que es tan difícil; paisajes con fogatas que daba miedo que incendiaran la casa cuando uno los miraba. Pero lo que hacía mejor era dibujar vestidos. Yo tenía que copiarlos después, esa era la macana, porque la niña vivía para estar bien vestida y arreglada. La vida se resumía para ella en vestirse y perfumarse; en seguida me decía chau y ni un lebrel la alcanzaba. Cuántas personas menos buenas que ella hay en el mundo que están todo el día en la iglesia rezando.

Yo había trabajado de pantalonera antes de conocerla y no de modista como le dije, de modo que estaba en ascuas cada vez que tenía que hacerle un vestido.

Perdí mi empleo de pantalonera, porque no tuve paciencia con un cliente asqueroso al que le probé un pantalón. Resulta que el pantalón era largo de tiro y había que prender con alfileres sobre el cliente, el género que sobraba. Siendo poco delicado para una niña de veinte años manipular el género del pantalón en la entrepierna para poner los alfileres, me puse nerviosa. El bigotudo, porque era un bigotudo, frente al espejo miraba su bragueta y sonreía. Cuando coloqué los alfileres, la primera vez me dijo:

—Tome un poco más, vamos —con aire puerco.

Le obedecí y volvió a decirme con el mismo tono, riéndose:

—Un poco más, niña, ¿no ve que me sobra género?

Mientras hablaba, se le formó una protuberancia que estorbaba el manejo de los alfileres. Entonces, de rabia, agarré la almohadilla y se la tiré por la cara. La patrona no me lo perdonó y me despidió en el acto diciendo que yo era una mal pensada y que la protuberancia se debía al pantalón que estaba mal cortado.

Soy una mujer seria y siempre lo fui. La señorita Artemia me tomó por el diario. Acudí a su casa con la cédula. En seguida simpatizamos y le dije que me llamara por el sobrenombre, que es Piluca, y no por el nombre, que es Régula.

Iba a su casa tres veces por semana, para coser. Siempre me invitaba a tomar un cafecito o una tacita de té, con medias lunas. Yo perdía horas de trabajo. ¿Qué más quería? Si yo hubiera sido una cualquiera, qué más quería; pero siendo como soy me daba no sé qué. A pesar de la repugnancia que siento por algunas ricachonas, ella nunca me impresionó mal. Dicen que estaba enamorada. Sobre su mesa de luz, pegada al velador, tenía una fotografía del novio que era un mocoso. Tenía que serlo para dejarla salir con semejantes vestidos. Pronto me di cuenta de que ese mocoso la había abandonado, porque los novios vienen siempre de visita y él nunca. El amor es ciego. Le tomé cariño y bueno, ¿qué hay de malo?

Un enorme ventanal ofrecía el cielo a mis ojos, una regia máquina de coser eléctrica estaba a mi disposición, un maniquí rosado traído de París, que daba ganas de comerlo, una tijera grandota, que parecía de plata, un millón de carreteles de sedalina de todos colores, agujas preciosas, alfileres importados, centímetros que eran un amor, brillaban en el cuarto de costura. Una habitación con sus utensilios de trabajo no parece nada, pero es todo en la vida de una mujer honrada.

Hay bondades que matan, como dije anteriormente; son como una pistola al pecho, para obligarle a uno a hacer lo que no quiere.

—Piluca, hágame este vestido para mañana. Piluquita, aquí esta el género y el modelo —rogaba la Artemia.

—Pero niña, no tengo tiempo.

—Yo sé que lo vas a hacer en un cerrar y abrir de ojos.

—Manos a la obra —yo exclamaba sin saber por qué, y me ponía a trabajar. Me tenía dominada. A veces yo trabajaba hasta las cinco de la

mañana, con los ojos desteñidos por la luz, para concluir pronto. El lirio de la Patagonia me ayudaba. Llevaba siempre su estampita en mi bolsillo.

La señorita Artemia era perezosa. No es mal que lo sea el que puede, pero dicen que ociosidad es madre de todos los vicios y a mí me atemorizan los vicios. Sin embargo, para algo no era perezosa. Dibujaba, de su idea propia, sus vestidos, ya lo dije, para que yo se los copiara. No crean que esto era fácil. Con un molde, yo cortaba cualquier vestido; pero sacar de un dibujo el vestido, es harina de otro costal. Lloré gotas de sangre. Ahí empezó mi desventura. Los vestidos eran por demás extravagantes. A veces ella misma pintaba las telas, que en general eran livianas y rosadas. El jumper de terciopelo, el único de terciopelo que le hice, tenía un gran escote por donde me explicó que se asomaría una blusa de organza, que cubriría sus pechos. Varias veces le recordé, después de terminarle el jumper, que tenía que comprar la organza para hacerle la blusa. El día que se le antojó estrenar el jumper, no estaba hecha la blusa: resolvió, contra viento y marea, ponérselo. Parecía una reina, si no hubiera sido por los pechos, que con pezón y todo se veían como en una compotera, dentro del escote. Mama mía. La acompañé hasta la puerta de calle y después hasta la plaza. Allí me despedí de ella. No pude menos que admirar la silueta envuelta en el hermoso forro negro de terciopelo que a regañadientes yo le había cortado y cosido. Qué extravagancia. Al día siguiente, cuando la vi, estaba demacrada. Tomó el diario bruscamente y me leyó una noticia de Budapest, llorando. Una muchacha había sido violada por una patota de jóvenes que la dejaron inanimada, tendida y desgarrada en el suelo. La muchacha llevaba puesto un jumper de terciopelo, con un escote provocativo, que dejaba sus pechos enteramente descubiertos. La Artemia lloraba como si se hubiera tratado de una parienta o de una amiguita o de su madre. Yo le pregunté por qué lloraba: qué podía importarle de una muchacha de Budapest que no había conocido.¡Qué sensibilidad!

—Debió de sucederme a mí —me contestó, enjugándose las lágrimas.

—Pero, niña, está bien que sea buena —le dije— pero no hasta el punto de querer sacrificarse por la humanidad.

—Es horrible que esto haya pasado. Comprenda que es mi jumper el que llevaba esa mujer. El jumper que yo dibujé, el que me quedaba bien a mí.

No comprendí. Me ruboricé y sin decirle nada salí del cuarto, para tomar una tacita de tilo.

Al día siguiente volvió con el dibujo de un vestido no menos extravagante, para que se lo copiara. Fruncí el ceño y exclamé involuntariamente:

—¡Dios mío! ¡Virgen Santísima!

—¿Qué tiene de malo? —me dijo, fulminándome con la mirada. Y como yo no contestaba, prosiguió—: ¿Para qué tenemos un hermoso cuerpo? ¿No es para mostrarlo, acaso?

Le dije que tenía razón, aunque no lo pensara, porque soy educada muy a la antigua y antes de ponerme un vestido transparente, con todo al aire, me muero.

—Usted es una santulona, pero no hay derecho de imponerles sus ideas a los demás.

—Fui educada así y ya es tarde para cambiarme.

—Yo me eduqué a mí misma y no es tarde para cambiarme, pero no voy a cambiar. Ayúdeme, entonces —me dijo.

El vestido que había dibujado era más indecente que el anterior. Era todo de gasa negra, con pinturas hechas a mano: pinturas muy delicadas, que parecían reales, como el fuego de las fogatas y los perfiles. Las pinturas representaban sólo manos y pies perfectamente dibujados y en diferentes posturas; manos con anillos y sin anillos. Al menor movimiento de la gasa, las manos y los pies parecían acariciar el aire. Cuando terminé el vestido y se lo probó me ruboricé. La Artemia se complacía frente al espejo, viendo el movimiento de las manos pintadas sobre su cuerpo, que se transparentaba a través de la gasa. Le pregunté:

—¿Cómo le hago el viso?

—Su abuela —me contestó—. ¿No sabe que se usa sin viso? Usted, vieja, está muy anticuada.

Esa noche salió a las dos de la mañana. Como era el mes de enero y hacía calor, no se puso un abrigo ni un chal para cubrirse. Con temor la vi alejarse y no dormí en toda la santa noche.

Al día siguiente la encontré malhumorada, frente al desayuno. Tomó el diario en una mano, mientras con la otra bebía el café con leche. Me leyó una noticia: en Tokio, en un suburbio, una patota de jóvenes había violado a una muchacha a las tres de la mañana. El vestido provocativo que la muchacha llevaba era transparente y con manos y pies pintados.

La Artemia se echó a llorar y yo traté de consolarla.

—No puedo hacer nada en el mundo sin que otras mujeres me copien —exclamó sacudiendo la cabeza.

—Pero, niña, no diga esas cosas.

—Son unas copionas. Y las copionas son las que tienen éxito.

—¿Qué éxito es ése? No es nada de envidiar.

—No me entiende, Régula.

—Llámeme Piluca y no se enoje.

El siguiente vestido me sacó canas verdes. Era de tul azul, con pinturas de color de carne, que representaban figuras de hombres y mujeres desnudos. Al moverse todos esos cuerpos, representaban una orgía que ni en el cine se habrá visto. Yo, Régula Portinari, metida en ésas; no parecía posible.

Durante una semana cosí temblando la túnica pintada con lúbricas imágenes, pero no sabía los efectos que sobre el cuerpo de la Artemia podían producir.

Rebajé cinco kilos cosiendo ese dichoso vestido; rompí varias agujas de puro nerviosa. Aquel cuarto de costura era un tendal de géneros mal aprovechados. Senos, piernas, brazos, cuellos de tul, llenaban el piso. Felizmente la noche del estreno del vestido hubo un apagón en la cuadra y nadie vio salir a la Artemia de casa, cubierta de esa orgía de cuerpos que se agitaban al menor movimiento. Le previne:

—Va a tener frío, niña. Lleve un abrigo.

—Qué frío puedo tener en el auto con calefacción. Era pleno invierno, pero la niña no sentía frío.

Al día siguiente, nada nuevo auguraba su rostro. Otra vez leyendo el diario, sorprendió una noticia que la impresionó a tal punto que tuve que prepararle una taza de tilo. En Oklahoma, una muchacha salió a la calle con un vestido tan indecente, que la ciudad entera la repudió y un grupo de jóvenes, para ultrajarla, la violó. El vestido era de tul y

llevaba pintados cuerpos desnudos que en el movimiento parecían abrazarse lúbricamente. Me dio pena y horror la perversidad del mundo.

Aconsejé a la Artemia que se vistiera con pantalón oscuro y camisa de hombre. Una vestimenta sobria, que nadie podía copiarle, porque todas las jóvenes la llevaban.

En mala hora me escuchó. Con suma facilidad y rapidez le hice el pantalón y una camisa a cuadros, que corté y cosí en dos patadas. Verla así, vestida de muchachito, me encantó, porque con esa figurita ¿a quién no le queda bien el pantalón?

Cuando salió de casa me abrazó como nunca lo había hecho. Tal vez pensó que no volvería a verme. Cuando fui a mi trabajo, a la mañana siguiente, un coche patrullero de la policía estaba estacionado frente a la puerta. Ese silencio, esa luz cruel de la mañana, me anunciaron algo horrible que después supe y leí en los diarios:

Una patota de jóvenes amorales violaron a la Artemia a las tres de la mañana en una calle oscura y después la acuchillaron por tramposa.

Atinganos

A Amalia.

Rómulo Pancras se dejaba crecer la barba como Fidel Castro. Tal vez la barba fuera uno de sus encantos. Tenía ojos muy oscuros y brillantes, una greña negra, una boca que era como un tajo, el cuello arrugado, muy arrugado, cuadriculado casi, las cejas rojas, quemadas por el sol. Era cuidador de un terreno baldío. Yo no sabía que los terrenos baldíos tuvieran cuidador; sin embargo, él, con toda naturalidad, era el cuidador de un terreno baldío, en la calle Sáenz Peña, en el barrio Sur de Buenos Aires. Vivía en una casilla pintada de verde. Cuando aparecieron los gitanos con sus carros, su ropa, sus hijos, sus muebles viejos, su montonera de sartenes, peroles y cacerolas, sus carpas, sus alfombritas, sus perros, sus gallinas, sus filtros, sus barajas, Rómulo Pancras se alegró. Sabía que tenían dinero, relojes de oro y collares, dos brillantes. Les alquiló parte del terreno y los dejó que se instalaran cómodamente, en los lugares donde había algunos yuyos y algunos cardos, que aprovecharon de algún modo para tender los pañales de los recién nacidos. Frecuentemente hacían fogatas y cocinaban la carne o las gallinas sobre el fuego, entre dos piedras grandes que colocaban estratégicamente.

La madre de mi amiga Albina, la señora de Leonarducci, que vivía al lado del terreno baldío, un día mando a llamar a Rómulo Pancras, para protestar porque los gitanos se habían alojado en ese sitio, donde antes había una alegre calesita. Temía que entraran en su casa, a robar; además, el olor continuo a carne asada, a quema de basuras y la cantidad de moscas que se metían por las ventanas, le molestaban y quería terminar de una vez por todas con esos inconvenientes. Rómulo Pancras, que sabía por qué motivo la señora de Leonarducci lo

mandaba llamar, tomó sus precauciones (le habían dicho que iban a denunciarlo a la policía por alquilar el terreno baldío, del cual era cuidador y no propietario); en una canasta llevó huevos frescos, del criadero de gallinas de los gitanos. A la señora de Leonarducci le gustaban mucho los huevos frescos. ¿A qué ama de casa no le gusta recibir de regalo tres o cuatro docenas de huevos frescos justamente en momentos como esos, en que las gallinas no ponen? Al ver aparecer a Rómulo Pancras, con la canasta limpia, llena de huevos, blancos o de color marfil, pero todos fresquitos, la señora de Leonarducci se conmovió. Ella, que iba a hablarle en términos duros, cambió el tono y el sentido de sus palabras bruscamente, pensando en los bizcochuelos y en los budines del cielo que haría con esos huevos y con todos los venideros.

—Don Rómulo —le dijo—, ¿no le parece que es imprudente tener a todos esos gitanos metidos en el terreno baldío? Después de todo, usted es un hombre serio y le podría traer muchos inconvenientes alojar a esa gentuza en este lugar. Es un criadero de basuras: mañana o pasado la municipalidad llegará, revisará el lugar y lo llevarán a usted preso, a usted y no a los gitanos. Yo me inquieto por su situación, créame; no sólo porque soy su vecina, sino porque lo aprecio. Es claro que a mi hija, la doctora, le disgustan estas cosas; cuando los pacientes vienen a su consultorio les impresiona ver tanta basura antihigiénica.

Rómulo Pancras se aclaró la voz y respondió:

—Señora Leonarducci, los gitanos son gente muy limpia y buena, qué le va a hacer. Tienen mala fama pero muy inmerecida, créame; yo los he visto recoger a una criatura hambrienta, traerla aquí, darle huevos frescos, sopita, alimentarla, cubrirla con abrigos de lana verdadera, ¿y para qué? Para no recibir ningún agradecimiento de los padres, que eran como cerdos, créame, de esa criatura; los he visto también recoger perros perdidos, darles agua, carne, fideos, darles besitos; los he visto rezar de noche, usando los collares como rosarios, y, créame, que en el fondo son bastante limpios, recogen el agua llovida en baldes para lavarse el pelo, con manzanilla, que juntan por ahí. Las gallinas que pusieron estos huevos están perfectamente cuidadas y muy bien alimentadas; en fin, señora, usted no tiene más que observarlos desde su ventana y verá que son gente correcta, que

no molesta a nadie, qué le va a hacer; aunque alguna de las chicas salga a decir la buenaventura para divertirse, son chicas jóvenes que les gusta hacer ese tipo de trabajo porque está en la raza de ellos, son adivinas, leen en las manos cosas que nosotros no vemos, qué le va a hacer.

La señora de Leonarducci asintió, sacudiendo la cabeza.

—Puede ser —dijo—. Puede ser. Rómulo Pancras, nunca se me hubiera ocurrido que esta gente fuese buena, pero si usted los ha visto vivir, los ha visto mejor que yo.

Rómulo Pancras volvió al terreno baldío y se tranquilizó, pues estaba un poco inquieto pensando que la señora de Leonarducci iba a denunciarlo, aunque en la municipalidad él tuviera dos amigos incondicionales.

El campamento de gitanos iba agrandándose. Compraron un automóvil del año mil novecientos veinte, negro, grande, con faros de bronce; se sentaban adentro, a veces para comer, a veces para conversar, a veces las mujeres se sentaban para coser o para pelar papas. Rómulo Pancras pidió permiso a un vecino para colocar una manga y bajar agua desde la ventana de su casa al terreno baldío. Con esa agua los gitanos lavaban la ropa en palanganas y tachos. Estaban muy contentos, pero un día dejaron de pagar el alquiler. El primer mes no sucedió nada, el segundo tampoco, pero el tercero a Rómulo Pancras no le gustó mucho que el campamento se fuera agrandando tanto, tuviera tantas comodidades y no pagaran puntualmente; tuvo una discusión con el jefe de los gitanos, que era un hombre temible. Rómulo Pancras le dijo que iba a denunciarlo a la policía y el gitano le dijo que lo hiciera. Cualquier denuncia lo tenía sin cuidado. Rómulo Pancras resolvió buscar a sus amigos que trabajaban en la municipalidad; les pidió que fueran a inspeccionar el terreno baldío y que echaran a los gitanos porque estaban molestándolo.

A los pocos días los inspectores fueron al terreno baldío, hablaron con el jefe de los gitanos que, de entrada, les habría ofrecido no sé qué cantidad de dinero para que los dejaran seguir viviendo en el terreno baldío, pues al final de un breve diálogo palmotearon, por turno, la espalda del jefe de los gitanos, mientras moscas revoloteaban sobre manjares momentáneamente abandonados.

Los inspectores, que habían llegado cuando los gitanos comían, a las dos de la tarde de un día de verano, habían interrumpido demasiado brutalmente el almuerzo. Durante un momento el odio brilló en los ojos de los gitanos. A la cabecera de una larga mesa estaba el asiento del gitano jefe, un antiguo mueble muy lujoso, todo destartalado. Los asientos de los gitanos menos importantes estaban colocados de cada lado de la mesa y recubiertos con un montón de cortinas viejas; los asientos de las mujeres apartados adentro del automóvil.

El jefe de los gitanos invitó a los inspectores a sentarse a la mesa y a beber un poco de vino. También los invitó con asado y con algún plato de tallarines con tuco, muy bien preparado. Rómulo Pancras, a una distancia prudencial, observaba la escena. Conocía el gusto de esos tallarines. Moscas azules y verdes revoloteaban sobre la comida y sobre los dedos que empuñaban los vasos. La comida era buena y tan pesada que daba sueño al más desvelado. Atinganos, la hija del jefe de los gitanos, que tenía doce años, dijo la buenaventura a uno de los inspectores. Éste la sentó sobre sus rodillas, cosa que enfureció a Rómulo Pancras. «Es un tratante de blancas» pensó. Él, Rómulo, que le llevaba caramelos a Atinganos para Navidad, serpentinas y pomos para Carnaval, nunca se había atrevido a sentarla sobre sus rodillas en público, aunque hubiera sido natural que lo hiciera, ya que tantas cosas había hecho con ella en la oscuridad, por más que ella le dijera «No me toques, no me toques» siempre inútilmente.

Fue en ese momento cuando se le ocurrió tomar, por despecho, una de las decisiones más importantes de su vida: casarse con Atinganos.

Cuando los inspectores se fueron, Rómulo Pancras, al sentirse perdido, se humilló un poco más: solemnemente pidió al jefe de los gitanos, exponiéndose a que se la negara, la mano de Atinganos. Era una buena edad para que Atinganos se casara y el jefe de los gitanos aceptó con algunas condiciones, todas relacionadas con el terreno baldío.

Las esclavas de las criadas

A Pepe.

Herminia Berni era preciosa. No creo que su belleza fuera puramente espiritual, como ciertas personas decían, aunque detallándola tuviera algunos defectos: ojos un poco bizcos, labios demasiados gruesos, mejillas hundidas, cabellera enteramente lacia; sin embargo, hubiera podido ser Miss Argentina. La belleza es un misterio. Herminia era preciosa y su patrona la adoraba.

—Mi patrona es una señora muy querida —me dijo cuando entré en la casa, de visita.

La miré con asombro: a más de bonita era buena. Jamás supuse que fuera hipócrita. El cariño era recíproco entre la dueña de casa y la criada, después lo supe.

Aquel día, en que entré por primera vez en la casa, tropecé con un tigre embalsamado y rompí una bombonera de porcelana. Herminia recogió religiosamente los pedazos de la bombonera rota y los guardó en una caja con papel de seda. No toleraba que rompieran ningún adorno de la señora. Hacía tres meses que la señora estaba enferma, gravemente enferma. La casa estaba llena de tarjetas, de telegramas, de flores y de plantas, que las amigas le habían mandado.

—Sólo un muerto recibe tantos ramos —comentaba una de las visitas, que era envidiosa hasta para las enfermedades. No volvía a su casa ni para dormir, de miedo de perder algún beneficio que le otorgaran a la enferma; quería disfrutar no menos de las ventajas que de los padecimientos de su amiga.

—No es sano respirar el olor de tantas flores —decía otra, que se llevaba las mejores rosas.

—A mí me parece que es una falta de tino. ¿Por qué no le mandan

un salto de cama, una batita, bombones, caramelos de leche, que tanto le agradan? —decía otra, que tejía sin descanso.

—A mí las flores me dan en los nervios. Artificiales las que quieran, pero verdaderas ni pintadas —decía otra, que era cariñosa con Herminia.

A decir verdad todas eran cariñosas con Herminia y tenían razón en serlo. Al verla mustia y tan delgada, haciéndose tanta mala sangre por la enfermedad de la señora, las visitas le traían chocolate en una caja pintada con gatos, o pancitos de salud en una canastita de material plástico, o empanadas con dulce de membrillo en una valijita que decía Buen Viaje, o jalea de naranja en una polvera de vidrio, con algunos pelos. No podían verla tan demacrada.

—Usted tiene que cuidarse —le decían.

—Preferiría morir —protestaba ella, sin faltar a la verdad.

Su fidelidad era ejemplar, pero ejemplar también era el cariño que le prodigaba la señora de Bersi. En su cuarto atestado de cuadros, en el lugar privilegiado, estaba el retrato de Herminia, vestida de Manola.

La hubiera dejado hablar por teléfono a la hora que quisiera, salir de noche, silbar o cantar mientras acomodaba los cuartos, sentarse a mirar la televisión en la sala con un cigarrillo entre los labios, pero Herminia no hacía nunca esas cosas.

—Es una chica nada moderna —decía una visita a otra.

Poco a poco me di cuenta de que todas esas señoras iban, en realidad, a visitar a Herminia, no a la señora de Bersi. No lo disimulaban y a cada rato las sorprendía diciendo:

—Somos esclavas de nuestras criadas, confesémoslo.

—La muchacha se me fue.

O bien:

—La muchacha que tengo es malísima.

O bien:

—Estoy buscando una muchacha pero con recomendaciones.

—Herminia es una perla.

Iban a visitar a Herminia, con la esperanza de encontrarse a solas con ella, para decirle más o menos estas palabras, que ya tenían preparadas:

—Herminia, cuando muera la señora de Bersi, Dios no lo quiera,

pero todo puede suceder, a veces me pregunto si no vendría usted a trabajar a mi casa. Tiene un cuarto para usted sola, puede salir todos los domingos y días de fiesta, se entiende. La trataré como a una hija, y, después, créame, no sería tanta la tarea que usted tendría que hacer; menos que aquí. Los salones estos son muy grandes; hay muchas escaleras y cepillar esas fieras embalsamadas no debe de ser poco trabajo. Usted es fuerte, pero nunca se sabe si conviene hacer tantos esfuerzos. En casa, es claro, tendría que hacer un poquito de costura, de lavado, de cocina, de limpieza de patios, de planchado, también tendría que sacar el perro a pasear, tres veces por día, y bañarlo y secarlo, cepillarlo una vez por semana, pero son todas cositas livianas que se hacen en un minuto. En una palabra, no tendría nada que hacer.

A Herminia le gustaban los trabajos de la casa de la señora de Bersi. El tigre embalsamado tenía cepillo especial para sus dientes, y las teclas del piano también; el cupido de mármol, una esponja, y las palomas de plata, un pincel. Le fastidiaba que las visitas hablaran con tanta insolencia. «Algún día las mandaré al diablo, me están pobreando como si estuviera enferma.»

Tuco, el hijo mayor de la señora, que era casado y aficionado a la música, rondaba alrededor del piano. Una vez Herminia lo vio tomar las medidas del piano con un centímetro. Nada bueno prometía este acto insólito. ¿Quería apropiarse del instrumento musical? Herminia redobló su vigilancia. Se apostó junto al piano, para remendar la ropa o para anotar las cuentas del mercado, pero un día el hijo de la señora trató de tomarle la mano y le dijo:

—¿No se vendría conmigo, preciosa?

Herminia, ante la monstruosa proposición, se hizo la sorda y no contestó nada. Pero el interés que el señor Tuco demostraba por el piano no amainó y Herminia volvió a sorprenderlo, con un centímetro, anotando esta vez las medidas del piano en una libretita verde, que llevaba en el bolsillo. Herminia no dormía, pero de nada le valió su vigilancia. Siempre había que salir a hacer compras o a pagar cuentas y en una de esas oportunidades ocurrió lo que ella temía: manos criminales arrebataron el piano. Herminia deploró la ausencia del mueble, con sus candelabros y sus pedales de bronce, pero había

sucedido algo imprevisible. Tuco, que se había empeñado en bajar personalmente el piano a hurtadillas, ayudado por dos changadores, pagó muy caro su desleal atrevimiento. A más de ser un inútil era débil y el esfuerzo resultó sin duda demasiado grande para él. En el momento en que bajaba el último escalón de la casa, tropezó y murió bajo el peso del piano. Herminia fue la encargada de darle la noticia a la señora. Ni una lágrima derramó la señora al recibir la noticia de la muerte de Tuco. Herminia tenía tacto hasta para dar las malas noticias. Era una perla.

La señora Alma Montesón no tardó en proponer seriamente a Herminia un puesto de ama de llaves o de dama de compañía en su casa. Le dijo que viajarían a Europa y que ella se ocuparía de arreglar los equipajes, de ordenar la ropa en las valijas, de tomar pasajes para los distintos puntos de Europa a donde viajaran, en fin, una vida muy agradable y sin ningún trabajo de los que había siempre hecho, tan fastidiosos como lavar, planchar, limpiar los cuartos. Herminia no se sintió tentada por ese puesto y contestó airadamente:

—Por ningún motivo del mundo yo abandonaría a la señora de Bersi.

—Pero fíjese usted que la señora de Bersi está muy enferma y que necesita más bien una enfermera y no una criada como usted, que está perdiendo su vida acá encerrada.

Herminia le dio la espalda y no contestó ni una palabra. Al día siguiente salió la noticia en los diarios: la señora Alma Montesón inesperadamente había fallecido de un ataque cardíaco.

Lilian Guevara, una pariente lejana de la señora de Bersi, recién casada, que fue varias veces a visitar a la señora para ver cómo se encontraba, un día propuso un trabajo a Herminia. Era tímida y después de muchas vacilaciones, de aclararse la voz, de toser, le dijo:

—Herminia, yo necesitaría una muchacha como usted, y como la señora de Bersi, que está tan grave, no lo dudo, terminará por morir un día no muy lejano, pienso que usted en mi casa se encontraría muy bien. Veraneo al borde del mar. Tengo una casa preciosa, que usted habrá visto tal vez fotografiada en *El Hogar* o en el rotograbado de *La Nación*. La llevaría conmigo y usted podría ir todas las mañanas a la playa, a bañarse. También, durante el invierno, hago algunos viajes a

Bariloche, y la llevaría a usted, porque yo no me separo de mis criadas, cuando son buenas, cuando son buenas como usted. La señora de Bersi me habló en muchas oportunidades de todos sus méritos y realmente tengo muchos, muchos deseos de tener una persona como usted en mi casa.

Herminia quedó asombrada. No podía creer que esta muchacha joven le hablara en esos términos tan vulgares. Por no llorar, se echó a reír con frenesí. Fue un momento terrible, porque su risa no podía aplacarse con nada. En aquella casa, silenciosa y triste, la risa de Herminia pareció más trágica que todas las lágrimas de las personas hipócritas que preguntaban por la salud de la señora de Bersi. Luego se quedó quieta en un rincón de la casa, meditando, como si rezara.

Dieron la noticia la misma noche en las radios: Lilian Guevara había muerto en un accidente de automóvil, en las cercanías de La Magdalena.

La señora de Bersi no empeoraba ni mejoraba. Su salud llenaba la casa de inquietud y de pesar, pero no parecía sufrir mayormente y se fue habituando a ese estado tan particular que tienen algunos enfermos. Las visitas, cada día más numerosas, resolvieron pedir que en una consulta de médicos se discutiera el tratamiento que había que darle a la enferma. Llamaron pues a un clínico notable y lo hicieron venir de La Plata, llamaron a un especialista del corazón y a otro de niños que vivía cerca de la casa de la señora de Bersi y los esperaron en el vestíbulo de la casa, nerviosamente reunidas y conversando como lo hacían todas las tardes en aquella casa. Las más atrevidas, siempre hay mujeres atrevidas, resolvieron que iban a hablar con los médicos, antes de que se reunieran. Por la ventana espiaron la llegada de estas eminencias. Desde la ventana los vieron bajar del automóvil; cautelosamente se acercaron a la puerta esperando la subida del ascensor y como por casualidad les hablaron a la entrada de los corredores, cuando se quitaban los abrigos y las bufandas.

Algunas dijeron:

—¿No le parece, doctor, que prolongar la vida de una señora que sufre tanto es un… una falta de humanidad?

Otra le dijo a uno de los médicos:

—Dígame, doctor, ¿y no se le podría dar alguna cosa que acortara

un poco este vía crucis?

Y otra dijo:

—Yo, en el lugar de ella, preferiría realmente que se me diera algo para terminar de una vez con la vida.

Herminia estaba sentada junto a la ventana viendo todas estas cosas. No le gustaba, no le gustaba nada que se hubieran apoderado de esa casa, que se hubieran apoderado de la vida de su patrona, que tantas mujeres frívolas anduvieran por los corredores de la casa, se sentaran en la sala, tocaran los libros, los floreros, las fieras, acariciaran el pelo de las queridas fieras de la señora. Ya era bastante amargura que el hijo se hubiera llevado el piano. ¿No habían forzado la cerradura de una de las vitrinas donde brillaban los abanicos y las piezas de ajedrez de marfil? ¿A qué desmanes llegarían? Qué triste es la vida, pensaba Herminia. Nunca hubiera imaginado que las personas fueran tan malas, la amistad tan falsa, las riquezas tan inútiles. Lágrimas caían de sus ojos; explicaba: «Se me entró una basurita en un ojo». Suspiros salían de sus labios; explicaba: «Soy un poquito asmática». Tenía pudor hasta de su pena. Las personas que la veían tan triste se preocupaban más por ella que por la señora de Bersi. El lechero que traía la leche, el panadero con su enorme canasta de panes, el almacenero, todos preguntaban:

—¿Cómo está la señorita Herminia? ¿Qué tiene la señorita Herminia? ¿Está enferma la señorita Herminia?

Lina Grundic, la profesora de piano, que en otra época había enseñado a la señora de Bersi a tocar el piano, parecía seria, parecía lejana, parecía mejor que todas las otras señoras. Un día llamó a Herminia y le dijo:

—Herminia, se me descosió el broche del corpiño. No quisiera molestarla, pero con estos pechos que tengo provocaría hasta a una estatua; ¿no podría darme una aguja y un hilo para coserlo?

Juntas fueron al cuarto de baño. Herminia, sentada sobre el borde de la bañadera, cosió el broche del corpiño de la pianista mientras ésta se peinaba frente al espejo, se mojaba el pelo marcándose las ondas, se ponía rouge en los labios, se empolvaba la cara. Ninguna de las dos hablaba. En el silencio de la tarde se oyó una música, una música alegre que venía de la casa de al lado.

—Qué deprimente será para usted, Herminia —musitó la pianista—, vivir en esta casa, usted que es tan joven. ¿Cuántos años hace que está al servicio de la señora de Bersi?

—Ocho años —contestó Herminia.

—Era muy joven cuando vino a esta casa, una niña tal vez.

—No creo que fuera tan joven. Otras chicas de mi edad, amigas mías, hacía ya cinco años que trabajaban en otras casas, cuando yo entré en ésta.

—Usted es una perla y como las perlas verdaderas, necesita ventilarse. ¿Sabe lo que sucede con las perlas verdaderas si se dejan encerradas mucho tiempo? Pierden el brillo y a veces mueren, y nada las hace revivir, nada.

—Con los adelantos modernos, a lo mejor reviven.

—Qué adelantos modernos ni ocho cuartos. De todos modos me parece muy deprimente. ¿No tiene ganas a veces de irse a otros lugares, de viajar, de conocer el mundo? En fin, no sé, me imagino que una persona tan joven como usted debe de tener curiosidades en la vida.

—Nunca pensé en eso —respondió Herminia.

—Me gustaría tener una persona como usted en mi casa. Me invitaron a Estados Unidos, al Conservatorio de Chicago, para dar algunos conciertos; también a Italia y a Francia; la llevaría conmigo. Pavita, ¿por qué se sonroja?

El corazón de Herminia palpitaba: ésta también traicionaba a la señora de Bersi. Cortó el hilo de la costura con los dientes y entregó el corpiño negro, relleno de gomapluma, a la pianista. Luego, sin decir una palabra, salió del cuarto de baño y cerró la puerta.

Una semana después encontraron a la pianista Lina Grundic muerta en el ascensor de su casa. El misterio de su muerte no pudo aclararse. No supieron si se trataba de un suicidio o de un asesinato.

Herminia, que también se llamaba Arminda, parecía más tranquila. Las visitas no acudían a la casa tan asiduamente. A decir verdad, tenían miedo de correr la misma suerte que la malograda Alma Montesón, que el Tuco Bersi, que Lina Grundic o que Lilian Guevara. Los días parecían más felices y la señora de Bersi tenía mejor semblante, estaba más alegre y conversaba como hacía mucho que no

conversaba. En realidad parecía que su vida iba a prolongarse y que algún día saldría en los diarios como esas señoras que cumplen los ciento diez años o ciento veinte y que aparecen fotografiadas con una pequeña biografía de cómo hicieron para mantenerse sanas hasta una edad tan avanzada, de qué se alimentaban, del agua que bebían, de las horas que dedicaban al sueño o a los juegos de naipes. Y este milagro de su longevidad se lo debía a Herminia, así lo confesó ella misma a los cronistas.

—Dios concede a Herminia todo lo que le pide. Es una perla. Ha prolongado mi vida.

Ana Valerga

Ana, Ana, la llamaban y acudía corriendo como si la persiguieran. Los ojos de lebrel, la boca de anfibio, las manos de araña, el pelo de caballo, hacían de ella un animal más que una mujer. La conocí por casualidad en el policlínico cuando acompañé a una de mis amigas a visitar a un niño que estaba internado allí. Por su cuenta, Ana Valerga había instalado en el edificio, en un rincón del garaje en desuso, una clase para niños atrasados, que le valió cierta fama en el barrio. Los niños eran difíciles de educar, algunos rebeldes y tercos, pero Ana Valerga tenía un sistema para domarlos: los amenazaba con un vigilante que los llevaría presos. El vigilante, que era amigo de ella, después de darle un beso, se colocaba estratégicamente detrás de una puerta para asustar a los niños. Ana también los amenazaba, cuando no estaba el vigilante disponible, con los monumentos de la ciudad; les decía que no eran de bronce, ni de piedra, ni de mármol, como creía la gente, sino de carne y hueso. Los indios, los caballos, los toros, los hombres y las mujeres aparentemente no se movían, pero bastaba que pasara un niño para que lo robaran. Lo que nunca había sabido era para qué los querían. En noches de insomnio, Ana Valerga ideaba modos de lograr la obediencia de los niños. Para que ellos creyeran las historias que inventaba, no vaciló en molestarse de mil maneras. Una vez persuadió al vigilante para que la detuviera, ante los niños, porque un vaso de agua se derramó; otra vez llevó, con un grupo de niños, maíz a un caballo de bronce; otra vez pan a mujeres de mármol; otra vez agua a un prócer. Los niños reaccionaron de un modo favorable: obedecieron, fueron más dóciles ante las amenazas. Si no hubiera sido por el desdichado Mochito, que estuvo a punto de perder la vida entre las flechas de los indios de mármol, de la plaza Gualeguaychú, una tarde, Ana Valerga hubiera progresado en su labor educativa; pero las autoridades cerraron su clase y la llevaron presa por practicar una

enseñanza ilegal y por torturar a los niños enfermos. Las madres protestaron: los niños habían progresado, sin vacilar reconocían el nombre de los monumentos, de los próceres. No parecían muertos, como antes.

El enigma

Fabio, un compañero de colegio, solía venir a casa, a estudiar el piano, después de sus horas de trabajo. En su casa no había piano, ni dinero para comprarlo, ni lugar donde ponerlo si lo hubieran comprado. Era casi siempre al final de la tarde cuando Fabio venía a casa, tomaba un vaso de agua helada, picoteaba alguna fruta del centro de mesa y se sentaba al piano. Le pedíamos que atendiera el teléfono, si estábamos ocupados en algo importante o si teníamos que salir; así fue como un día, en lugar de estudiar el piano, se puso a hablar por teléfono. Las conversaciones duraban cada vez más tiempo y las posturas de Fabio eran cada vez más cómodas. Primero de pie, después sentado en una silla, después sentado en el suelo, después arrodillado, después acostado en el piso.

—¿Con quién hablás? —yo le preguntaba, de puro celosa.

—No sé. Una voz de mujer —contestaba, y al ver mi asombro—: No sé quién es, creeme, ni sé cómo se llama. No la conozco.

—Te felicito —le dije—. Perdés el tiempo.

Durante un mes duraron las misteriosas conversaciones telefónicas y un día, antes de irse a su casa, me llamó y me dijo:

—Tengo que pedirte un favor. La mujer del teléfono me citó en una confitería. Va a estar vestida de blanco, llevará un libro en la mano, una hojita de hiedra en la solapa y un perro. ¿Irías a ver cómo es? Tengo miedo que sea una gorda o una vieja o una enana.

—¿Y qué tengo que decirle? —pregunté con inquietud.

—Según como sea.

—¿Si es gorda o vieja?

—Que estoy tuberculoso o que me muero.

—¿Si es una enana?

—Que soy muy alto para ella —dijo riendo—. O que soy loco. Podrías pedirle una fotografía.

—¿Si es bonita? ¿Acaso conozco tus gustos?

—Si es bonita le das cita en un cinematógrafo, para el día siguiente, y le decís que no pude ir por razones de trabajo. Primeramente le pedís una fotografía.

—Trataré de conseguirla. Dame una tuya.

—Muy buena idea —contestó, satisfecho—. Es la única solución.

Buscó ese día entre sus papeles una fotografía y me la dio. La guardé en un cajón. Al día siguiente me vestí de mala gana, por la tarde, para salir. No tenía ninguna curiosidad por conocer a la mujer del teléfono. Perder el tiempo me causa horror; pero mi cariño por Fabio es tan grande que difícilmente le rehúso un capricho. Caminé dos cuadras, antes de advertir que había olvidado la fotografía. Volví a casa y busqué en el cajón. Tuve que llevarme un sobre lleno de fotografías, para buscar en el camino la de Fabio, pues había quedado mezclada entre las otras. Llegué a la confitería El Tren Mixto, frente a Constitución, a la hora convenida. La sala es grande, con muchas luces que se reflejan en muchos espejos y que me deslumbraron en el primer momento. Me detuve en la puerta de entrada, mirando sin ver a la gente, que estaba sentada frente a las mesas. Fabio me había dicho que la mujer estaría sentada en la cuarta o quinta mesa del lado de la entrada, hacia la derecha, con el perrito llamado Coqueto, a sus pies. La busqué y la vi muy pronto, pero no era rubia, como se había descripto a sí misma (según Fabio me dijo), sino más bien morena, con el pelo renegrido. Me acerqué. Intimidada, tropecé con una silla al acercarme. Me dijo:

—Siéntese.

Me senté sin decir una palabra.

—En los primeros momentos uno no sabe qué decir —me dijo, quitándose los guantes—. Comprendo su turbación. Es tan natural.

—Fabio me pidió que le diga que no pudo venir porque está enfermo. Lo lamenta mucho. Le manda estos jazmines.

Le di el ramo envuelto en papel manteca. Aspiró el perfume de las flores.

—No me gustan los desencuentros —dijo—. No son de buen augurio. Del primer instante de una relación dependen todos los demás. Por eso esta circunstancia no me parece favorable.

—¿Es supersticiosa?

—Muy —me dijo—. Más de lo que usted puede suponer.

—No creo que en este caso tenga que serlo —le respondí.

—Este o cualquier otro es lo mismo —me dijo.

—Fabio quisiera tener una fotografía suya. Como un gran favor se la manda pedir.

—Tengo pocas fotografías buenas. Tal vez se desilusionaría si viera alguna.

—Aquí le manda la de él.

Saqué de mi bolsillo por error la fotografía de Raimundo Canino, el librero, y se la di. Ella la tomó y la miró distraídamente.

—No se puede saber cómo es una persona por una fotografía, si no la conocemos. Cuando conozca a Fabio, esta fotografía me revelará muchos misterios de su personalidad que aún no conozco. Sólo conozco su voz, que me perturba.

A partir de ese momento, la fotografía le sirvió de abanico.

—¿Quiere tomar algo? —me preguntó bruscamente—. ¿Té, un helado, una taza de chocolate?

—¿Yo? Siempre tomo té. Es mi bebida predilecta.

No esperó a que respondiera y llamó al mozo para que me sirviera un completo. Resultó mucho más natural nuestro diálogo acompañado de algunos sorbos de té y bocados de tostadas con manteca. Hasta reímos del apetito que teníamos.

—A mí me encanta el té de la tarde —exclamaba de vez en cuando —. Prefiero quedarme sin comer a cualquier otra hora del día.

Cuando estábamos por terminar la última tostada, llamó al mozo, pagó y me pidió que la llevara hasta la salida. Tuve la sensación de acompañar a una paralítica, porque no se desprendía de mi brazo. Me pidió además que llamara un taxi. En cuanto subió al taxi, me dijo antes de despedirse:

—Dígale a Fabio que lo llamaré mañana.

—¿Y la fotografía? —le pregunté.

Buscó en su billetera.

—Aquí tengo una de la cédula. Parezco una criminal —me dijo, dándome la fotografía, al decirme adiós.

Cuando volví a casa, Fabio me esperaba. El relato de mi encuentro

con Alejandra no lo dejó satisfecho. No me atreví a decirle que la mujer parecía paralítica y que en vez de pelo rubio, tenía pelo negro, pero le di la fotografía, que le gustó. Durante un buen rato quedó mirándola, tapándole primero la boca para mirarle los ojos y la nariz, luego tapándole los ojos y la nariz para mirarle sólo la boca. Acercaba y alejaba la fotografía para mirarla con distintas perspectivas.

Los días pasaron. Fabio esperaba en el teléfono, pero Alejandra no llamaba.

—¡Qué le habrás dicho! —protestaba Fabio.

—Lo que me dijiste, ni más ni menos.

—Es tan raro que no me llame.

—¿Por qué no la llamás vos?

—No me dio su número. Si no me llama no tendré la oportunidad de verla nunca, nunca más. ¿Te das cuenta?

Fabio llegó a llorar amargamente.

—Alejandra volverá a llamar —yo le decía a Fabio, deseando que no llamara.

Y Alejandra volvió a llamar. Inmediatamente Fabio quiso ver a Alejandra y la citó en un cinematógrafo, pero ella no accedió y quiso verlo en la confitería de la otra vez. Supuse que esa entrevista sería el fin de mi amistad con Fabio, puesto que él se enteraría de la fotografía del librero, que por error yo le había dado a Alejandra; no fue así. El curso de los acontecimientos fue inesperado. Cuando volvió de la cita, Fabio me dijo consternado:

—Me mandó una emisaria, pretextando un dolor de cabeza. Esa mujer me volverá loco.

—¿Quién era la emisaria?

—Una amiga de ella. Para desesperarme. Nada más que para desesperarme. Ahora sí que estoy enamorado.

Alejandra y Fabio tardaron mucho en encontrarse. Siempre sucedía algo, algún inconveniente por el que alguno de los dos no acudía a la cita. Presentían, tal vez, un desenlace trágico.

Al fin se dieron cita en la confitería El Tren Mixto. Acudieron trémulos de impaciencia y de amor. Coqueto, debajo de la mesa, les lamía los pies.

Después de hablar de mil cosas, que por teléfono no se pueden

hablar, Alejandra, antes de despedirse, sacó amorosamente de su cartera, la fotografía de Raimundo Canino, que había encuadrado en un marquito de cuero, y la besó.

—No me separo de tu foto —exclamó enseñándole la fotografía.

Fabio no supo si reír o llorar. En el primer momento creyó que era una broma.

Todo esto me lo contó en el paroxismo de la desesperación.

¿No la vio más? ¿No pudo soportar ese engaño, ni esa cara de Raimundo Canino, besada, en una fotografía por Alejandra? ¿Se preguntó Fabio si fue por distracción o por cinismo que sacó de la cartera esa fotografía? No me atreví a decirle nada. Quise confesarle mi error, pero no volví a verlo, porque se había mudado de casa y no dejó la nueva dirección.

Celestino Abril

A Estela.

Don Celestino era amigo de mi abuelo; esta amistad fue en nuestra familia al principio una honra y al final una vergüenza. ¿Vergüenza? Todavía me resulta difícil creerlo. Don Celestino tenía un porte magnífico; desde todo punto de vista, era lo que se llama un caballero. Aun cuando don Celestino sintiera antipatía o agresividad por ciertas personas, su actitud hacia ellas equivalía siempre a una suerte de reverencia. Su elegancia era célebre. Las mujeres decían hablando de una nueva bufanda: «Esa bufanda tipo don Celestino», o de una boquilla a la última moda: «Boquilla de madera finísima, tipo Celestino». Recuerdo, más que su cara, los zapatos de gamuza, los guantes de invierno forrados en piel, las corbatas, tan bien combinadas con el color de su traje. Más que sus manos, recuerdo el anillo *chevalier*, con un zafiro, que llevaba en el dedo meñique; más que su pelo ensortijado, que peinaba con brillantina perfumada, recuerdo los sombreros que colocaba sobre su cabeza, hubiérase dicho, con el solo propósito de saludar. Era goloso: descubría yemas interesantes; acaramelados que duraban tres días, sin derretirse; alfajores más finos que las hostias; dulces de limón sutil, venidos de La Rioja; bombones como nadie conoció iguales en Buenos Aires. Su amistad con mi abuelo comenzó cuando cursaban el bachillerato. Los dos pensaban seguir la misma carrera, medicina, que don Celestino abandonó en el segundo año, para irse a vivir a Bahía Blanca, donde tenía unos campos. Su hermano, que había acumulado una gran fortuna con una línea de colectivos al sur, parecía más modesto. Su cara era franca y alegre, se vestía muy mal, llevaba zapatos amarillos o de un color rojo subido. Nunca pudimos averiguar si don Celestino sentía lástima o

admiración por su hermano. El día en que éste murió misteriosamente (entonces no se supo si por suicidio o por asesinato), don Celestino lloró como un viudo. Era la única persona de su familia que le quedaba y, en cierto modo, el exceso de pena que demostró, pareció natural a todo el mundo. En el primer momento, quiso donar la fortuna de su hermano a algunas instituciones de caridad, alegando que no era digno de tantas riquezas, pero sus amigos, especialmente mi abuelo, lo aconsejaron que no cometiera esa locura, ya que un día podría casarse, tener hijos y deplorar su incapacidad para darles el bienestar que tal vez merecieran. Don Celestino aceptó el consejo. Moderó sus gastos. Siempre elegante, dejó, sin embargo, de preocuparse por la ropa. Redobló su bondad con sus amigos, hizo obras de caridad, fundó tres escuelas en las inmediaciones de Bahía Blanca, donó un pabellón al policlínico del lugar.

La gente no cesaba de repetir que era un santo. Vivía sacrificándose por sus amigos enfermos o pobres. En un momento de su vida recogió a una mujer leprosa y desvalida, no tuvo miedo al contagio; después de muchas vicisitudes, obligado por el Instituto de Leprosos, tuvo que internarla, para que le hicieran un tratamiento.

Llegado el momento de su muerte, la gente acudía a su casa, sintiendo que perderían a un protector, una especie de padre o de consejero. Sobre su mesa de luz no faltaban las yemas ni los bombones ni los dulces ni los dátiles, para convidar a las visitas, que salían llorando, cargadas de dulces, de papeles de seda y de cintas. Modesto en su lecho de muerte, no quiso que lo agasajaran y llamó a un sacerdote, porque tenía urgencia en confesarse. La criada protestó diciendo que un santo no tenía pecados. El sacerdote acudió y, después de comer un bombón, un caramelo o unos dátiles, ceremoniosamente le dijo que se sentía honrado de confesar a un alma tan bondadosa y caritativa. Don Celestino protestó, y ordenó que cerraran todas las puertas de su cuarto, se incorporó, acercó su boca al oído del sacerdote para que no lo oyeran ni las estatuas, ni los retratos, ni las cortinas, que en esa casa ya eran como personas, y susurró:

—No, padre, mi alma no es bondadosa ni caritativa; mi alma es simplemente hipócrita. He vivido de simulacros desde que murió mi hermano. Estoy asombrado. No podría a ciencia cierta confesar mi

arrepentimiento, porque el horrorizarse de haber cometido un acto no significa a veces arrepentirse, sino verse de afuera. Ahora, sin embargo, que estoy en mi lecho de muerte, quiero confesarme de un horrible crimen que llevo en mi conciencia: maté a mi hermano. ¿Fue la codicia lo que me impulsó a cometer este crimen? Siempre traté de buscar alguna disculpa, sin hallarla, pero traté de redimirme, no por redimirme, sino para disimular. El dolor está en mi corazón como el carozo dentro del dátil reseco. No aproveché mi crimen. Ahora le pido la absolución, porque usted sabe que soy creyente y que voy a morir.

¿Vaciló el sacerdote? Lágrimas corrieron por sus mejillas. Las lágrimas que deseaba ver en las mejillas de don Celestino, a quien tanto quería. Pidió a Dios que lo iluminara y respondió:

—Podré darte la absolución, hijo mío, si haces pública tu confesión. No muestras bastantes signos de arrepentimiento. Recítame, como en la infancia, el acto de contrición, para que Dios te ilumine. ¿Lo recuerdas de memoria?

Don Celestino, sintiendo que le quedaban pocas horas de vida, rezó sin equivocarse, dio orden de dejar pasar a toda la gente, para que oyera su confesión. Las visitas y los sirvientes rodearon su cama. Exaltado por el relato del crimen, que cautivó la atención de la concurrencia, recobró el pulso y la respiración normales. Algún amigo lo aplaudió, muchos lo abrazaron, otros lo felicitaron al verlo beber, como los oradores, un vaso de agua.

El sacerdote, después de la ceremonia, lo absolvió. Los médicos no tardaron en darlo de alta.

La soga

A Antoñito López le gustaban los juegos peligrosos: subir por la escalera de mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender papeles en la chimenea. Esos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la soga, la soga vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la soga cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la soga; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca, colgada de un árbol, después un arnés para caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamanos, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia adelante, la soga se retorcía y se volvía con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la soga lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la soga, como quien llama a un perro, y la soga se le acercaba, a regañadientes, al principio, luego, poco a poco, obedientemente. Con tanta maestría Antoñito lanzaba la soga y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida, que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: «Toñito, no juegues con la soga».

La soga parecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión. El gato no se le acercaba y a veces, por las mañanas, entre sus nudos, se demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de echarla al aire; como los discóbolos o lanzadores de jabalinas, ya no necesitaba prestar atención

a sus movimientos: sola, se hubiera dicho, la soga saltaba de sus manos para lanzarse hacia adelante, para retorcerse mejor.

Si alguien le pedía:

—Toñito, préstame la soga.

El muchacho invariablemente contestaba:

—No.

A la soga ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.

Toñito quiso ahorcar un gato con la soga. La soga se rehusó. Era buena.

¿Una soga, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En los barcos, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes… Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua.

La bautizó con el nombre de Prímula. Cuando lanzaba la soga, a cada movimiento, decía: «Prímula, vamos. Prímula». Y Prímula obedecía.

Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución de colocarle la cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.

Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte, de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo Toñito, cuando lanzaba la soga. Aquella vez la soga volvió hacia atrás con la energía de siempre y Toñito no retrocedió. La cabeza de Prímula le golpeó en el pecho y le clavó la lengua a través de la blusa.

Así murió Toñito. Yo lo vi, tendido, con los ojos abiertos.

La soga, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo velaba.

Coral Fernández

A Rosie.

Se llamaba Coral Fernández; llevaba siempre la oreja izquierda cubierta con el pelo y la derecha descubierta. Era tan bonita que en el primer momento pensé que era tonta.

Nos conocimos en un almuerzo campestre, para celebrar la inauguración del Club del Ciclista, en Moreno. Debajo de un bosquecito de paraísos florecidos estaban dispuestas las mesas; había una tarima con la orquesta, y un tablado para bailar. Nos tocaron sillas contiguas, durante el almuerzo. No nos hablamos al principio, pero en seguida nos sentimos recíprocamente atraídos. Existe el amor a primera vista, sin duda. Debajo de la mesa algo rozó la pierna de Coral, algo que no era una pierna escandalosa, sino un gato. Coral se sobresaltó, los dos nos agachamos para ver qué había debajo de la mesa, y nos reímos. En un momento dado la saqué a bailar y me gustó su mano, y me gustó abrazarla, y me gustó su risa y su perfume. Ya declinaba el sol y todavía quedamos sentados en aquel sitio, tan seducidos estábamos el uno por el otro. Me acometió un pequeño mareo, un violento dolor de cabeza. Lo atribuí a una insolación, aunque apenas me había expuesto al sol. Ella humedeció su pañuelo en la jarra de agua y me refrescó la frente. Como soy regalón y ella cariñosa, con este acto empezó una intimidad. Al despedirnos le dije sinceramente que desde ese día en adelante un dolor de cabeza me traería el más agradable de los recuerdos: el de haberla conocido.

Teníamos los dos la misma táctica: no dejar ver el interés que sentíamos el uno por el otro. Durante un tiempo sólo nos vimos una vez por semana, en casa de amigos comunes. La casa tenía un jardín donde paseábamos apartados de la gente. Las reuniones se hacían los

domingos por la noche, con juegos de barajas, baile, música. No necesitábamos vernos más, para saber que nos entendíamos maravillosamente bien.

—Lástima que siempre me toque verte el día de mi dolor de cabeza —le dije una vez, para disimular la emoción, pues era de emoción que me dolía la cabeza y que me insolaba.

—Podríamos vernos cualquier otro día —dijo Coral, provocadora.

Tomamos la costumbre de encontrarnos diariamente en confiterías, en cinematógrafos, en plazas, en cualquier parte, hasta en lugares que no menciono. Enfermé y la dicha se oscureció. No era una enfermedad cualquiera la mía: tan pronto me dolía la cabeza, o me resfriaba, o me cubría de urticaria, o no podía enderezarme, o me ardían los ojos. Consulté a varios médicos, que me sometieron, en vano, a análisis de sangre, a radiografías. Los médicos se enojan con las enfermedades que no conocen. Mi enfermedad no tenía nombre. El médico aseguró que estaba sano. En el acto resolví que me casaría y que partiría, casado, a Córdoba. Sin embargo, por cuestiones de trabajo, durante veinte días estuvimos separados. Yo debí hacer un viaje al Brasil y mejoré notablemente de salud.

Volví cambiado, lleno de energía y de entusiasmo. Coral me lo reprochó en cierto modo.

—Parece que te hiciera bien alejarte de mí.

Volvimos a vernos todos los días, pero pronto mi salud decayó y Coral volvió a reprocharme el cambio favorable que se producía en mi ánimo cuando estaba lejos de ella. Estaba celosa; celosa de su ausencia. Nos peleamos como dos niños. Finalmente me fui, con un sobrinito, a veranear a Tandil, y dije a Coral que me internaba en un sanatorio de enfermedades nerviosas. Le escribí cartas, pero le oculté mi dirección; le di otra, para que me contestara. Mejoré sensiblemente, pero en los momentos en que tomaba la pluma para escribir a mi novia, las manos se me llenaban de eccema. Me curaba, me enfermaba, sucesivamente. Empezaban a arderme los ojos, ni bien recibía las cartas de Coral. Pedí al sobrinito que me las leyera. Tomaba la precaución de sentarme en la otra punta del cuarto, porque si estaba muy cerca de él cuando me las leía, sentía escozores en diversas partes del cuerpo, especialmente adentro del pabellón de los oídos. Mi amor

por Coral, sin embargo, no declinó. Le escribí cartas apasionadas, diciéndole que no la vería nunca más y que si me amaba realmente aceptaría que yo no le diera explicaciones. Ella redobló su amor por mí. En las cartas me aseguraba:

—He pensado toda la noche en vos, sin poder dormir.

Esa noche yo, quejándome de algún dolor extraño, tampoco dormía.

—No pienses en mí —le suplicaba.

—Entonces ¿cómo haré para vivir? Verte me hace tanto bien.

—Nuestro organismo no nos permite estar juntos —le dije, sintiendo los estragos de su presencia en un acceso de tos.

Telefónicamente le propuse que tuviéramos un hijo por inseminación artificial, después de casarnos por poder. La conversación telefónica fue breve, pero el trámite fue tan largo como penoso. Ninguna otra mujer hubiera aceptado la situación difícil en que yo la ponía frente a la sociedad. La aceptó con resignación. Nuestro hijo tenía que vivir. Veíamos ya su rostro en los más hermosos cuadros; el color de su pelo y de sus ojos, las virtudes que heredaría.

De vez en cuando, hago el sacrificio de escribir a Coral, tomando mil precauciones.

De lejos he visto a nuestro hijo salir de la escuela, pero no me acerqué a hablarle, por temor de que haya heredado el poder de la madre, que obró tan mal sobre mi organismo alérgico. Sé que tiene un retrato mío en la cabecera de la cama, y el cortaplumas de nácar de mi infancia, y que, como yo, se llama Norberto; que ha heredado de la madre el perfil y del padre la facilidad para el dibujo.

Livio Roca

Era alto, moreno y callado. Nunca lo vi reír ni darse prisa para nada. Sus ojos castaños nunca miraban de frente. Llevaba un pañuelito atado al cuello y un cigarrillo entre los labios. No tenía edad. Se llamaba Livio Roca, pero lo llamaban Sordeli, porque se hacía el sordo. Era haragán, pero en sus ratos de ocio (pues consideraba que no hacer nada no era haraganear) componía relojes que nunca devolvía a sus dueños. En cuanto podía, yo me escapaba para visitar a Livio Roca. Lo conocí durante las vacaciones, cuando íbamos a veranear a Cacharí, un día de enero. Yo tenía nueve años. Siempre fue el más pobre de la familia, el más infeliz, decían los parientes. Vivía en una casa que era como un vagón de tren. Amaba a Clemencia; era tal vez su único consuelo y el comentario del pueblo. La nariz de terciopelo, las orejas frías, el cuello curvo, el pelo corto y suave, la obediencia, todo era un motivo para amarla. Yo lo comprendía. De noche, cuando desensillaba, tardaba en despedirse de ella, como si el calor que se desprendía de su cuerpo sudado le diera vida y se la quitara cuando se alejaba. Le daba de beber para alargar más la despedida, aunque ella no tuviera sed. Tardó en hacerla entrar en el rancho, para que durmiera ahí, de noche, bajo un techo, en invierno. Tardó porque temía lo que después sucedió: la gente dijo que estaba loco, loco de remate. Tonga fue la primera que lo dijo. Tonga, con su cara amargada y sus ojos de alfiler se atrevió a criticarlo a él y a Clemencia. No se lo pudo perdonar jamás, ni ella a él. Yo también amaba a Clemencia, a mi modo.

En el cuarto de los cajones estaba la bata de seda de la abuela Indalecia Roca. Era una suerte de reliquia que yacía a los pies de una virgen pintada de verde, con el pie roto. De vez en cuando, Tonga y algunos otros miembros de la familia, o alguna visita, le ponían flores de mala muerte o ramitos de yerbas, que olían a menta, o bebidas dulces y de colores llamativos. Hubo épocas en que un cirio retorcido,

pintado de colores, temblaba con su llama moribunda al pie de la virgen; por eso la bata de seda recibió gotas de estearina grandes como botones, que más que ensuciarla la adornaban. El tiempo fue borrando estos ritos: las ceremonias se espaciaron. Tal vez por eso, Livio se atrevió a utilizar la bata para hacerle un sombrero a Clemencia. (Yo le ayudé a hacerlo.) Creo que de ahí provino su desavenencia con el resto de la familia. Tonga lo trató de degenerado y uno de sus cuñados, que era albañil, lo trató de borracho. Soportó los insultos sin defenderse. Los insultos lo ofendieron después de algunos días.

No recordaba su niñez sino en la desdicha. Durante nueve meses tuvo sarna, durante otros nueve, conjuntivitis, según me contaba mientras cosíamos el sombrero. Tal vez todo eso contribuyó a hacerle perder la confianza en cualquier clase de felicidad para el resto de su existencia. A los dieciocho años, cuando conoció a Malvina, su prima, y que se ennovió con ella, tal vez presintió el desastre en el momento de darle el anillo de compromiso. En vez de alegrarse se entristeció. Se habían criado juntos: desde el momento en que resolvió casarse con ella, supo que esa unión no prosperaría. Las amigas de Malvina, que eran numerosas, dedicaron el tiempo a bordarle sábanas, manteles, camisones, con iniciales, pero ellos nunca usaron esa ropa, tan amorosamente bordada. Malvina murió dos días antes del casamiento. La vistieron de novia y la pusieron en el ataúd con un ramo de azahares. El pobre Livio no podía mirarla, pero dentro de la oscuridad de sus manos, donde escondió sus ojos aquella noche en que la velaron, le ofreció su fidelidad con un anillo de oro. Nunca habló con ninguna otra mujer, ni siquiera con mis primas, que son feas; en las revistas no miró a las actrices. Muchas veces trataron de buscarle una novia. Las traían por las tardes y las sentaban en la sillita de mimbre: una era rubia y con anteojos, la llamaban la inglesita; otra era morocha, con el pelo trenzado y coqueta; otra, la más seria de todas, era una giganta, con cabeza de alfiler. Fue inútil. Amó por eso a Clemencia entrañablemente, porque las mujeres no contaban para él. Pero una noche, un tío de esos que no faltan, con una risa burlona en los labios, quiso castigarlo por el sacrilegio que había cometido con la bata de la abuela, y de un balazo mató a Clemencia. Mezcladas al relincho de Clemencia se oyeron las carcajadas del asesino.

Clavel

Clavel era blanco y castaño. Las puntas de sus patas eran castaño oscuro, los ojos vivos, el pelo enrulado. Lo conocí en Tandil, en una casa de campo donde fui en mi infancia a veranear con mis padres. Me esperaba moviendo la cola, en la puerta de mi cuarto, a la hora de la siesta. Después de cinco días de conocerme, me seguía por todas partes y me quería más que a sus amos. Sus modales eran extraños e incómodos, se abrazaba a mis piernas, o a mi espalda, arqueándose como un galgo, cuando yo estaba sentada en el suelo. La amistad que yo sentía por él no me permitía juzgarlo severamente. Que fuera mal educado, que me levantara la falda con el hocico, no lo disminuía en mi estima. *Un perro no puede conducirse como un hombre*, yo pensaba. *Hace cosas raras, cosas de perro*. Esas cosas de perro me perturbaban. Esas cosas de perro parecían más bien de hombres. Me repugnaba a veces. Yo le daba azúcar, pero lo mismo era que no se la diera.

La hija del casero tenía la misma edad que yo, la llamaban «La boba» y estaba confinada en el último cuarto del caserón, dedicada a remendar las medias de sus padres y hermanos, con un huevo verde de material plástico lleno de agujas, que me fascinaba.

—Tan chiquita y remendando —decía mi madre.

A ella también Clavel la quería; era natural porque hacía mucho tiempo que se conocían. ¡Pobre Clavel!, su vida de perro consistía en visitarla y en visitarme, por turno. Rara vez nos encontrábamos los tres juntos. Supongo que mis padres me llevaban a hacer excursiones en las horas que ella tenía libres para jugar y en las horas que yo estaba en la casa la mandarían a hacer compras.

Me despedí con pena de Clavel; con menos pena de Bobita. Al poco tiempo supe, de un modo indirecto, que el casero había asesinado de un balazo a Clavel. Cuando pregunté por qué, obtuve diversas respuestas: Clavel estaba rabioso; el casero estaba loco; Clavel había

mordido a la hija del casero. Conservo una fotografía de Clavel, pero no parece el mismo perro. Nadie lo enterró y algunas personas de la familia hablaron mal de él.

Albino Orma

Albino Orma era buen mozo y zurdo, pero manejaba bien la mano derecha.

Me dijo, un día, que manchando una hoja de papel con salpicaduras de tinta y doblándola por el medio cuando la tinta todavía estaba fresca, no sólo se podía (de acuerdo con la imagen que vería en esa mancha) sacar conclusiones sobre el estado psíquico de una persona, sino conocer también la fecha o la circunstancia de su muerte. Como a mí me interesaban las brujerías (él me aseguraba que se trataba de algo científico) acepté que hiciéramos la prueba. Nuestro idilio duró una semana. A veces yo no iba a las citas porque tenía que pasear con Irma. Salí un día con él, en bote, por el lago de Palermo. Nos acercamos a la isla prohibida y ahí nos bajamos. Después de besarme buscó en el bolsillo un papel y una lapicera fuente. Le retiró el capuchón a la lapicera y la sacudió sobre el papel hasta que se formó una gran mancha de tinta; luego dobló en dos el papel, lo oprimió con los dedos; cuando lo desdobló, vimos una figura extraña, que parecía un murciélago. Me explicó que la vida, a ejemplo de esa mancha, era simétrica y entre las primeras y las últimas experiencias había una relación estrecha. La vida era como esa mancha. Todo se repetía: si a los ocho años de haber nacido él había sufrido un accidente, ocho años antes de morir sufriría un accidente similar. Si a los nueve años de nacer el individuo había sido intensamente feliz, nueve años antes de morir volvería a ser intensamente feliz, por motivos parecidos. Si a los tres años probaba el gusto de la banana, tres años antes de morir descubriría, por ejemplo, el gusto parecido de la chirimoya. Si a los cinco años conocía a un Luis barbudo, cinco años antes de morir conocerían a un Juan o a un Carlos barbudo. Con el pretexto de averiguar la duración de mi vida le hice confidencias. Sobre la mancha como sobre un mapa anotaba los hechos más sobresalientes, siguiendo

los contornos de aquel dibujo monstruoso.

Comprobé que, en efecto, existía una simetría extraña, casi perfecta, entre mis primeras experiencias y las que consideró, en ese momento, mis últimas. Así fue como Albino descubrió mi traición y también mi muerte, que ocurriría pronto (por lo que me perdonó). Aquella etapa de mi vida correspondía, según sus cálculos, a mis seis años; el niño Juan que conocí en la plaza, correspondía a Albino Orma. Mientras las niñeras conversaban con íntima animación, nosotros, Juan y yo, escondidos detrás de los arbustos, jugábamos a juegos inocentemente obscenos. No recuerdo muy bien en qué consistían esos juegos, porque eran tan complicados que sólo un niño podría entenderlos. Devastados planetas oscilaban en mi memoria cuando viajábamos hasta la estratosfera en los columpios. Fornicar era una de las palabras más atrayentes en el libro de catecismo. Queríamos en la práctica descubrir su significado. Lo descubrimos. Juan era tan precoz como yo y me cubrió de oprobio cuando blandió su sexo como un palo contra mí. Soporté aquello con heroísmo, pero juré vengarme y lo hice en la primera oportunidad.

De una venganza a veces nace el afecto. Seis años era poco tiempo para vivir un amor tan apasionado como el nuestro. Albino se entristeció; yo en cambio sentí con más intensidad la alegría de mi vida, que empezaría a extinguirse.

La hija del frutero venía a casa, con el repartidor, y me hice amiga de ella. Jugamos en la plaza y me aparté de mi lascivo amiguito, haciéndole desprecios. El fin del amor de Juan estaba tan cerca de mi nacimiento, como el fin del amor de Albino de mi muerte.

Por pudor no relato los pormenores de mi experiencia con Albino Orma: concuerdan exactamente con los de Juan, el niño de la plaza. Con él también viajé hasta el cielo en los columpios, pues el amor nos vuelve a la infancia.

Anamnesis

Mi paciente tiene una idiosincrasia extravagante,
un organismo con memoria, una sensibilidad,
una presciencia infatigables.
Preparada desde la más tierna infancia para el contagio
absorbe gérmenes y contaminaciones
a velocidades incontrolables.
Mejor sería no hablarle de incestos.
Un rencor ancestral duerme, más bien, vela, en sus entrañas.
Séquitos de materias inalienables
cuyos orígenes oscuros se desconocen
hacen abortar sus mejores planes.
No puede abrir un cajón
para buscar un lápiz violeta.
¿Por qué violeta?
Dice que las palomas tienen algunas plumas de ese color sobre el pecho.
Si interrogo extrañado: —¿Violetas? Protesta:
—No. No son violetas.
Si insisto en preguntarle: —Entonces ¿por qué dice que son violetas?
Responde: —Son como si fueran violetas.
No puede tapar el pomo de la pasta de dientes,
ni recordar la fecha del cumpleaños
de una persona que ofende el olvido.
Cualquier pluma la mortifica severamente
salvo las del pavo real que colecciona
y guarda en una enorme caja de bombones.
El incumplimiento variado
de sucesivos suicidios

(saltos en el abismo, venenos, tajos en las venas, tiros en el abdomen)
modifican el esquema
interior de su esqueleto.
Quien no la oyó reír no conoce la emoción
de su fragilidad capilar.
Una aguja viajó por su cuerpo
durante muchas horas.
Antes de llegar al pecho se detuvo:
con un brillo helado
cambió de rumbo
y se clavó sobre la rosa artificial
que sostenía en ese momento
la mano delicada de mi paciente
creyendo que formaba parte de la mano.
Amó hasta el delirio una voz,
una mirada detrás de un vidrio, sin otros aditamentos,
una frase que una persona jamás llegó a decir
pero que tal vez habría pensado sin expresarla
con un leve suspiro pensando en otras cosas.
Teme la giba de la ancianidad,
el insomnio de la hipertensión
en los espejos de tres cuerpos.
Presiente
la incongruencia de los espasmos abdominales
el servilismo del riñón flotante
en la epidermis
de una fotografía de pasaporte,
que no fue aceptada en el departamento central de policía.
El pelo sufre las más extremas transformaciones:
de noche sobre la almohada
suena como la cuerda de un arpa.
Pasa del rosa al verde asomado a la ventana
del día, eléctrico,
estremece a quien lo toca.
He oído decir a mi paciente

que adopta voz de nena y a veces hasta de laucha para narrar su sensibilidad.

—Mi pelo tiene orejitas
tiene también ojos
(como la cola del pavo real).
Teme ver a una persona
que desea ver con ansias
en cambio se apresura a ver
a las que le son desagradables.
Como usted.
Un hombre que la mira mata a mi paciente.
Un perro que la sigue la esclaviza.
Un niño que la busca la obnubila.
Un durazno maduro la hipnotiza.
Una tumbergia en flor la vuelve loca.
Convendría no perturbarla.
Transcribo nuestro diálogo:
—Los médicos me nutren de enfermedades numerosas
para distraerme de las mías.
Los caramelos sirven para esos fines:
me convidan con microbios seleccionados
porque me creen golosa
y no quiero defraudarlos. Yo la interrumpo:
—¿Defraudar a quién?
¿A los caramelos o a los médicos?
A esta pregunta capciosa
invariablemente contesta:
—A los caramelos porque los médicos no existen.
Llego a una triste conclusión:
Mi paciente es mentirosa.
Mas ¿cómo desentrañar la verdad de la mentira?
Si existe una verdad.
Mejor sería no ofrecerle caramelos
sino comerlos en su presencia
para despertarle el apetito.
Mi paciente ama con el páncreas

con el plexo solar y con la médula.
Espera con la garganta y con las rodillas.
Teme con las recónditas venas.
Con el sexo promete
¿qué? nada que el sexo pueda dar.
Oye con los pies y las axilas
(aunque mienta diciendo que es con la boca).
Aborrece con las arterias y con el riñón derecho
(el izquierdo lo ha donado).
Arbitraria, muerde con los omoplatos,
operación difícil pero posible.
Ningún cromosoma es tan sutil,
ninguna fístula tan corrosiva,
ningún virus tan arcano
como su corazón,
único órgano perfectible del cuerpo.
Tuvo relaciones íntimas con tres estafilococos dorados
sobre almohadones de damasco amarillo.
De un examen de fondo de ojo
logré extraer sin modificaciones aparentes
el diminuto cairel de una araña
y un dije de plata minúsculo,
con una figura grabada que no descifro
ni pudo descifrar ninguno de mis colegas.
Irritadas amebas,
prestigiosos virus le anularon insustituibles años
que ningún médico por competente que sea le devolvió.
Los movimientos del colon
dibujaron graciosas figuras televisadas
en blanco y negro
parecidas al fondo del mar.
—En cada ser está el universo
—exclamó con indiferencia.
Sus excrementos olieron a jazmín
cosa que no es frecuente, aunque el jazmín
llegue a tener olor a excremento.

Masticó lentamente
en un cerebro ilusorio
los nombres propios que molestan la memoria
de cualquier ser humano
capaz de escribir una palabra
sobre un papel de seda.
Huyó del escorbuto y del carbunclo
con las alas que da el tiempo.
Huyó de la malaria
en sucesivas reencarnaciones
sin contar la viruela
la lepra y la fiebre amarilla
que buscó entre las rosas
de un jardín oriental
en las orillas crecientes
de la putrefacción.
Y todo eso para seguir viviendo,
muriendo, ignorando a veces
que la voluntad del alma es una sola.
Heredó la barriga de una ninfa de bronce
que sostenía una antorcha para iluminar el descanso antiguo de una escalera
los celos incontenibles de la cocinera
por toda voz telefónica
la aguda vista de la bordadora que hacía las veces de institutriz francesa
el remolino de la ceja derecha en un retrato del tatarabuelo
la afición por los caramelos ácidos del consabido portero
que le enseñó a jugar al truco a los cinco años
con naipes húmedos y bolitas de vidrio
la agilidad de la tía Clorinda que era capaz de treparse a una palmera para juntar huevos
de urraca o de paloma a la hora de la siesta.
Heredó y esto parece una utopía
el cutis de las magnolias
que en los floreros daban con su perfume

dolor de cabeza para el resto del día.
Heredó con toda reserva
el ímpetu avasallador de algunos
adornos encerrados en la vitrina de una sala:
un tigre de marfil rodeado por una serpiente
con flores perversas.
Heredó la belleza
¡quisiera saber de quién!
ella dice que la heredó de un plato sopero
donde en el fondo de la sopa de tapioca,
brillaba siempre Diana Cazadora.
De las consecutivas mañanas de primavera
la mentira.
De un gato la entrega aparente de sí misma
a cualquiera o a nadie.
De Narciso en un libro de mitología
amarse por sobre todas las cosas.
Heredó del lebrel
la elasticidad y la dulzura
el color de los dientes y de la lengua
y ese apetito incontenible
frente a cualquier plato de carne
condimentada.
Heredó el vaivén de la mecedora
y del columpio de la plaza
donde grabó en la madera del asiento sus iniciales.
De los sapos la voracidad sexual que dura tanto en apagarse
como las noches de Alcmena.
Aunque nunca trabajó en un circo de contorsionista
como era su vocación
sus articulaciones tan flojas
podían desmembrarse, lo he comprobado,
en pocos minutos,
sin instrumentos quirúrgicos
ni la habilidad técnica
que ya he olvidado

pero que inspiraba la admiración
de mis condiscípulos.

Clotilde Ifrán

Lloró todo el día por el traje de diablo que no le habían hecho. Faltaban tres días para Carnaval, la fecha de su cumpleaños. Su madre no tenía tiempo para ocuparse de esas cosas.

—Buscate una modista. Ya tenés nueve años. Sos bastante grande para ocuparte de tus cosas.

El canto de las chicharras, las flores de las catalpas con elocuencia señalaban el verano y el maravilloso misterio de las proximidades de Carnaval. Clemencia buscó la libreta vieja donde estaban anotados los números de teléfono. En la letra M encontró el número de una modista que había muerto hacía ocho años. Decía así: Clotilde Ifrán (la finada). Pensó: ¿Por qué no la voy a llamar? Sin vacilar marcó el número. La atendieron en el acto. Interrogó:

—¿Está Clotilde Ifrán?

La voz de Clotilde Ifrán respondió:

—Soy yo.

Con todos los pormenores de sus desventuras Clemencia explicó lo que le sucedía. Clotilde Ifrán con bondad la escuchó. Prometió buscar el género. Tenía las medidas de Clemencia. Recordó que no hacía un año le había hecho un vestido de fiesta. Iría a probarle el vestido al día siguiente, a la hora de la siesta.

Clemencia no dijo nada: era la pequeña venganza que utilizaba en contra de su madre por no haberse ocupado del traje de diablo. Durante las horas que esperó a Clotilde Ifrán, Clemencia no comió ni durmió. Cuando llegó Clotilde Ifrán se sentía envejecida. No había nadie en la casa. Se hubiera dicho que los relojes se habían detenido. Clotilde Ifrán desenvolvió el traje, sacó las tijeras y los alfileres de su cartera, se enjugó la frente y, arrodillada frente al espejo, le probó el traje de diablo, que olía a aceite de ricino. Le quedaba muy bien, salvo los cuernos del gorro y las costuras del pantalón que en cinco minutos

se podían corregir con unas puntadas.

—¿Cuántas diabluras harás? —musitó la modista con una sonrisa distraída.

Clemencia sintió una gran simpatía por Clotilde Ifrán y se echó en sus brazos.

—Te llevaría conmigo a mi casa. Tengo bombones y una careta preciosa —exclamó con ternura—, pero tengo miedo que tu mamá no te dé permiso.

—Tengo aquí la plata para pagarle la hechura —dijo Clemencia abriendo un monedero de material plástico.

—Es mi regalo de cumpleaños —respondió Clotilde Ifrán, al despedirse. Una luz oscura resplandeció en sus ojos enormes.

—Quiero irme con vos ahora mismo —protestó Clemencia—. No me dejes.

—Vamos —dijo Clotilde.

Envolvieron el traje de diablo en un papel de diario para llevarlo y dejaron la valija con el cepillo de dientes y el camisón.

Las dos salieron tomadas de la mano.

Malva

Era preciosa, pero de improviso se volvía fea. Sus enormes ojos, sin perder el brillo afiebrado, podían achicarse; su boca sin labios también. La recuerdo en un casamiento rodeada de flores el día que la conocí. ¡Pobre Malva López! Como en las cabinas de transmisiones, en las paredes de su dormitorio había corcho; como en las ciudades muy frías, géneros rellenos de guata; como en los cuartos de juguetes para niños, colores celestes por todas partes. De igual modo los picaflores instintivamente hacen sus nidos con el algodón del palo borracho, que aísla los ruidos, con flores de tilo que son sedantes, con pétalos de jazmines del cielo que son celestes. Yo sé que tomaba en lugar de té agua de azahar, y en lugar de aspirina Sedobrol, que ya pasó de moda. No parecía sin embargo nerviosa.

Cuando pienso en esta historia creo que soñé, pero la prueba de que no sueño está en los comentarios y chismes que oí a mi alrededor. La primera vez que Malva mostró su desmedido grado de impaciencia fue en la escuela, cuando tuvo que hacer un trámite para su hija. Media hora esperó que la atendieran en el patio de la escuela, luego otra media hora en la secretaría. Oír canciones folklóricas y zapateos en los pisos altos del establecimiento no bastó para tranquilizarla. Durante ese lapso su impaciencia creció y la desfiguró. En el momento en que rompió con los dientes uno de sus guantes, se le cortó la respiración. Lo sé por una de las maestras de tercer grado que la vio. Cuando quedó sola —que esperara ese momento prueba que se dominaba un poco— se comió el dedo meñique de la mano izquierda. ¿Por qué el meñique y no el pulgar o el índice? ¿Por qué el meñique? ¡Debía de ser tan incómodo! Felizmente los guantes no estaban del todo rotos y pudo esconder aquel día adentro del guante la mano ignominiosa. Dicen que Malva no sabía contenerse. Nada más falso. ¿No fue acaso por obra de su voluntad que contuvo la sangre de la herida que

naturalmente hubiera corrido a borbotones revelando su oprobio? Los yoguis, los espiritistas, sólo ellos pueden hacer estas cosas.

El segundo episodio ocurrió en un taxímetro, que la conducía a Villa Urquiza, a visitar a una señora enferma. En el paso a nivel de Belgrano R. bajaron las barreras en el preciso momento en que iba a pasar. La demora fue interminable. Primero pasó un tren que cambió de vía, después una locomotora que retrocediendo y adelantando maniobró como un juguete, durante más de un cuarto de hora; después un tren de carga con fardos de avena y animales; después un raudo y vano tren eléctrico. En el ínterin Malva trataba de distraerse con unas plantas que vendían en un vivero, emplazado en los bordes de las vías. Reconoció los nombres de algunas flores y de algunas enredaderas. En un carrito estacionado junto al automóvil quiso comprar unas naranjas; se las pusieron en una bolsita de papel agujereado y, sin darle tiempo a subir al automóvil, cayeron y rodaron. Comenzó a crecer su impaciencia de manera alarmante. Recogió sin embargo las naranjas, una por una, para distraerse, pero no tuvo tiempo de llegar al automóvil; agachada, recogiendo la última naranja, se comió la rodilla hasta el hueso. Como la vez anterior no brotó sangre, como lo requería el caso. Subió al automóvil con la naranja en la mano. La falda felizmente le cubría la rodilla y de ese modo ocultó la herida, que era horrible.

El tercer episodio fue en la fábrica de alpargatas de la calle Moreno. Como las alpargatas iban a subir de precio, le convenía llevar por lo menos una docena. Después de elegir las del color y la forma que le gustaban, las pagó para apurar el trámite. El vendedor salió en busca de los doce pares de alpargatas. Cada vez que volvía era para treparse a una escalera de mano y hurgar en las estanterías. Malva creía que ya le entregaban las alpargatas restantes, pero el hombre con rapidez desaparecía de nuevo. Malva empezó a impacientarse. Ella misma, por su cuenta, empezó a probarse las alpargatas que sacaba de las cajas y que no correspondían al número que buscaba. De tanto ponérselas y quitárselas se le corrió un punto de la media *Circe*, el último par que le quedaba de un precioso color de zanahoria. En cuclillas siguió probándose, hasta que la portera del local, armada de una escoba, la barrió creyendo que era una sombra un poco más abultada que las

otras. En ese momento Malva se mordió el hombro; era difícil pero en ciertos momentos, cualquiera hace una cosa difícil. El mordisco llegó, como en las ocasiones anteriores, hasta el hueso, y atravesó los tendones con suma facilidad.

A partir de ese día la gente comenzó a comentar malignamente la mano estropeada de Malva. Nadie pudo ver ni la rodilla, ni el hombro, ni otras partes magulladas, siempre cubiertas; pero la mano, aun con el guante, no lograba disimular la falta del dedo. Dijeron que en épocas anteriores a su casamiento, Malva, con serias dificultades económicas, había trabajado en una fábrica de embutidos y que ahí las máquinas le habían amputado un dedo. Mentiras todas, pues Malva jamás había carecido de medios para vivir holgadamente. También dijeron que en un picnic, a la hora de la siesta, un mono le había comido el dedo, creyendo que era un ejemplar de la bananita llamada *dedito de oro*. Malva nunca probó una banana, jamás fue a un picnic y menos en Brasil, donde hay tantos insectos.

El mundo es perverso, pero Malva ignoraba lo que decían de ella. Esto fue una suerte, pues bastante desdichada era ya con lo que le sucedía. Sin poderlo remediar, fue destruyendo, en sucesivos momentos de locura, las partes más difíciles de alcanzar, de su carne. Por un ascensor demorado en algún piso, por un teléfono público que se tragaba las monedas, por un trámite demasiado largo en el Departamento Central de Policía, por una cola interminable formada en queserías, donde se encaprichaba en comprar personalmente queso Parmesano, por la conversación de una mujer charlatana, por la incompetencia de una vendedora que se equivocaba de mercadería y explicaba por qué se equivocaba, sin traer nunca la mercadería, quedaban pocas partes del cuerpo de Malva sin mordiscos que llegaran al hueso. Ella, tan aficionada a vestirse con trajes de baño o de baile, rehuía los veraneos y los bailes, porque no podía exhibir su piel.

En los últimos tiempos en que mis amigos la vieron no necesitaba de casi nada para impacientarse. La última vez fue por un pucho encendido, que el marido tiró sobre la alfombra, recién traída de la tintorería. El espectáculo resultó sorprendente. Yo no sabía que Malva tuviera tanta elasticidad en el cuerpo. Hubiera podido trabajar de contorsionista en un circo. Se arqueó como una víbora, y echando la

cabeza hacia atrás, se mordió el talón, hasta arrancárselo. Felizmente llevaba puesta una culotte negra, de otro modo el espectáculo hubiera sido indecoroso. Había gente: el ministro de educación y una pianista italiana, a la elegante luz de las velas. Algunas personas estúpidas aplaudieron. El marido de Malva la arrastró, no sé dónde, fuera de la sala. Una hora después apareció solo y anunció que su mujer se había sentido mal y que se había acostado. Al alejarse, poniéndose bufandas, sombreros y abrigos, las visitas murmuraron algunos lugares comunes: «Hay que nacer acróbata», «Hay que empezar desde la infancia», «No se pueden hacer esas cosas de un día para el otro», «Hay que dar tiempo al tiempo», «¿Se acuerdan de Claudia, cuando se desnudó?», «Y Roberto que perdió el brazo izquierdo», «Caramba, caramba».

Al día siguiente me anunciaron la muerte de Malva. Fui al velorio. Le habían cubierto la cara con un velo espeso. Supe que no habían tocado ningún objeto de su cuarto, para que yo eligiera, en memoria de ella, el que más me gustaba. Me hicieron pasar. En el suelo quedaban aún las marcas de pasos mojados, sobre la madera del piso, que comunicaba con el cuarto de baño. Las miré atentamente. No eran improntas de pies humanos. Parecía que un perro o un lobo hubiera rondado por ahí. Sobre su mesa de vestir miré el peine y el cepillo con restos de cabellos. Pero, qué digo. No eran cabellos; nada de humanos tenían esos pelos cortos, duros, negros, con las puntas rojizas. Al pie de su cama encontré tres huesos, realmente preciosos, de forma caprichosa. Reconocí el buen gusto de Malva, que descubría la belleza en todas partes. Pregunté a su marido para qué Malva coleccionaba esos huesos, aunque bien sabía que eran adornos. Me respondió que los usaba para afilar sus dientes. «Era tan excéntrica» agregó con risa de lobo. Entonces recordé la risa contagiosa de Malva. Una risa extraña, aguda, intempestiva, tal vez contagiosa. A veces yo misma me sorprendo riendo así.

No creo que nadie la quisiera mucho; a mí se me cayeron las lágrimas. ¿Acaso uno quiere a las personas por sus cualidades morales? El cariño es un misterio.

Volví junto al cajón, que habían dejado solo, y arranqué el velo que la cubría, para verla por última vez. Debajo del velo, que temblaba a la luz de los cirios, no hallé nada, sino el horrible encaje tieso y

blanco, destinado a adornar a los muertos.

Nunca sabré si Malva murió, si se destruyó íntegramente a mordiscos, si está encerrada en algún lugar de la ciudad o en selvas de Brasil, donde a veces sueño que se ha perdido, después de huir en un barco. Esta ciudad no era para ella. Que terminara tan pronto de comer su propio cuerpo era humanamente imposible. Yo creo que aún le quedaban muchos dedos, una rodilla, un hombro, la nuca, las pantorrillas, todos sitios alcanzables para la boca de una contorsionista como ella. No ha muerto, pensé, y esta sospecha me pareció más horrible que la certidumbre de su muerte.

Fidelidad

Nadie sabía que éramos amigos. Nadie oyó los diálogos, ni vio las miradas que nos sirvieron de vínculo. Nadie sabía que año tras año nos citábamos, a mediados de la primavera, en la glorieta silvestre de las barrancas que daban al río, y que estas entrevistas duraban hasta el fin del otoño, y que año tras año, como sucede en los cuentos y en la vida real, hablábamos de las mismas interminables, íntimas cosas. No faltábamos jamás a las citas. Yo acudía a veces con un sombrero de paja sucio, cuyas alas pintaban sombras en mi cara ovalada; ella, con un reflejo alado en sus ojos parpadeantes. No sé bien de qué hablábamos, pero me aventuro a evocarlo: yo, de un anzuelo con carne cruda en la punta del hilo de una caña de pescar; ella, de un hormiguero importante, con niveles y edificaciones sólidas; yo, de una estatua de terracota y de un avión, y del avión a chorro; ella, de las semillas que hay en la basura; yo, de las fornicaciones debajo de los puentes; ella, de los gusanos, de las almendras, de las flores violetas de los paraísos, del estiércol dorado; yo, de los zafiros, de las esmeraldas, de los rubíes del reloj. La muerte no nos separaba. La muerte no interrumpía el coloquio inalterable de nuestras voces. Sin embargo el tiempo pasa, suele pasar a veces.

—No me amas bastante —yo le decía—. A veces tengo que esperarte.

—¿Qué es amar? —me preguntaba.

—Amar es una cosa siempre diferente —le respondía.

—¿Pero qué sabor tiene? ¿Qué hábitos?

—Sabe a miel, a lluvia, a polvo, a barro, cuando llueve. Sus hábitos son múltiples, tan maravillosos como horribles a veces.

—¿De qué te servirá?

—De nada.

—¿Para qué quieres que te ame, entonces?

—Para que podamos hablar.

—¿No hablamos?

—No hacemos otra cosa.

—¿Entonces, te amo?

—Me amas, sin duda me amas.

Cuando llegábamos a proferir estas últimas frases, la noche invariablemente caía y el sueño nos tumbaba en nuestros lechos. A veces soñábamos el uno con el otro. No soñábamos con otras cosas. El sueño no nos separaba, tampoco nos separaba la muerte, ni el trabajo, ni las distracciones, ni la crueldad, ni la familia. Sin embargo el tiempo pasaba y como suele acontecer pasaba junto a la felicidad, rozándola, carcomiéndola como si no hubiera existido. El sombrero de paja cada vez más sucio, amarillento como las hojas encendidas de una fogata, se rompía; la glorieta se resquebrajó en sucesivas tormentas. Yo cambié de vestiduras y de costumbres. Casi podría decirse, de cuerpo. La ingratitud no es necesariamente pura.

Distraído, ya borracho, acudía al Night Club y acariciaba con la punta de los dedos y de las miradas las alas de la amada ausente convertidas en otras alas, los ojos convertidos en otros ojos. ¿Se trataba de un ángel? Una descripción minuciosa nos ayudaría tal vez a descubrirlo. Unos pequeños espejitos en forma de rombos o de triángulos pegados a un tul azul eléctrico relumbraban en las noches; sobre esas capas consecutivas de tul se hallaba un corselete verdoso de terciopelo, cuya suavidad se asemejaba a los pétalos de las rosas; un acerado relámpago de lentejuelas repetidas al infinito, irisaban el contorno del ruedo de esa falda que se plegaba y se desplegaba al viento como dentro del agua las aletas de algunos peces, o algunas plumas de la cola, en abanico, del pavo real. Se trataba del vestido de una mujer, y como ese vestido revestía un cuerpo creía que me había enamorado del cuerpo.

Todo el mundo oyó las palabras que nos decíamos (sólo la infancia mantiene secretos inviolados). Para besarnos, a veces nos demorábamos en los zaguanes, en los corredores, en los ascensores, para ocultar los proyectos que nos decíamos al oído. Todo el mundo sabía que éramos amantes y que nos encerrábamos en los cuartos de una casa amarilla, con las persianas cerradas, para escondernos.

—No me amas bastante —yo le decía—. A veces tengo que esperarte, no compartes mi ansiedad.

—¿Qué es amar?

—No me lo preguntes, el mundo está lleno de trampas. Amar es sufrir, pero también es la felicidad (o se le parece).

—¿Para qué quieres que te ame si amar es sufrir y la felicidad es ilusoria?

—Para que hablemos.

—¿No estamos hablando?

—Sí.

—Entonces, te amo.

Y dejaron de hablar. El vestido estaba sucio, roto, no brillaba en la noche. ¿Dónde estaban sus alas, sus espejitos?

—Un día me olvidaste.

—Nunca te olvidé. Amé tu recuerdo en un vestido —dijeron en la glorieta las dos voces que nadie oyó.

El chasco

Yo fui acompañada por una señora. Estaba enteramente nerviosa hasta que llegamos. Tres horas duró el viaje, en automóvil, por caminos de tierra. Había barquinazos y un pantano donde casi nos quedamos a pasar la noche.

Llegamos con el último rayo de sol.

En un conventillo, en un patio, estaba el cuerpo; lo habían colocado en un sillón; no era un sillón, no era una mesa, no era una cama; era una especie de cama turca. Yo la miré y me di cuenta de que no era Eleodora… por el pelo, por la frente, por las manos que las tiene tan bonitas. Ahora usted sabe que muchos muertos cambian; no parecen la misma persona.

Por momentos me sentía muy decaída. ¿A usted no le pasa a veces? Yo me sentía que no era yo. Yo era otra persona. Tuve que tomar algo en el hotel de enfrente. No sé explicarme. En el pueblo de Chascomús, en un conventillo, en un corralón más que un conventillo, ahí, en una especie no digo de cama, en una especie de diván turco, estaba el cuerpo. Yo temblaba. Lo destaparon y al destaparlo me di cuenta de que no era Eleodora. Tenía un traje azul, tipo camisa, pero reconocí que no era ella, por el pelo, por las manos. No eran las manos de Eleodora, porque Eleodora tiene unas manos con anillos muy finos. En seguida la taparon con unos trapos viejos, con una lona. Un detalle desagradable: había muchas moscas. Había dos de la policía, gente de allí. Había un padre, un cura para darle ¿cómo se dice?, la bendición que se les da a los ahogados. Cuando me mostraron el cuerpo, no podía creer. Estaba un poco pálida y dije «Oh, Eleodora», pero después me di cuenta de que no era ella. Buscaban a alguien que conociera el cuerpo. Eran exactamente las dos menos diez de la mañana; a esa hora hace frío aunque sea verano. Me cubrí con un poncho las rodillas, porque en las rodillas es donde se tiene frío. Haría tres o cuatro horas

que la habían sacado de la laguna de Chascomús. El cadáver no estaba descompuesto. Estaba mojado, eso sí, como un alga; estaba rodeado de agua, de charquitos de agua.

Era flaca, más bien flaca, de treinta años, pómulos hundidos por la desesperación de los ahogados. Se me borraron muchas cosas, ahora me acuerdo; había paisanos impresionados. Entre ellos hablaban. Había un médico, sí, un doctor que tomaba los datos. Y me preguntaron varias veces, muchas cosas. Decían, allí, todos, que la conocían: que era una Eleodora Albert, una borracha que no sabía lo que decía. Trabajaba de cocinera, en una casa. La habían visto de noche a esta Eleodora Albert en un café, en una taberna más bien, en un almacén, usted sabe, donde los hombres se emborrachan con grapa.

Yo la sentí mucho, créame. Con decirle que la lloré por teléfono, antes de saber que no era ella. Fue un chasco.

Parece que ahí en Chascomús había una mujer, ¿cómo explicarle? Una mujer de mala vida, una loca, una mujer cansada de la vida. A esa mujer le gustaba ir a la laguna. Como quien se tira desde un balcón, se tiró a la laguna, porque no sabía nadar. En cambio Eleodora sabía nadar muy bien y por eso iría a la laguna. Ahora está la diferencia de clase, se nota en seguida que no era de nuestra clase. Yo lo noto en seguida en las personas muertas. Por las manos, por la cara, por más que Eleodora está en malas condiciones: olor desagradable, pelo sucio, no se lava los dientes, mal vestida. Se ve que es fina cuando se arregla. Le juro por Dios que no se baña hace un año, me lo dijo últimamente. Aunque siempre tiene los ojos brillosos como de terciopelo y el pelo bonito, castaño.

Cuando estuvo en el colegio de La Esperanza, en la calle Viamonte 318, ella estaba con los Ositos. ¿No conoce los Ositos? Los Ositos eran los chiquitos huérfanos. Ella era la educadora de estos chicos, que llamaba los Ositos. La llamaban de sobrenombre o de seudónimo Ella.

«Ella, Ella», la llamaban los chicos en un gran patio. Los llevaba todos los domingos a misa a los Ositos. Y la compañera de ella era Herminia Panseco. Voy a decirle la verdad. ¿Sabe lo que hacían? Repujados. Tengo verdaderos adornos hechos por Eleodora Albert. Ahora le voy a contar algo interesante. Antes de que se fuera a Chascomús, me vino a ver un chico, uno de los Ositos, que era bizco

pero bueno, me dijo que la encontró tirada, completamente, en Leandro Alem. La ayudó a levantarse, con dificultad, porque es flaquito y la llevó a su departamento y lloró porque era su educadora. «A nosotros, los Ositos, Ella nos enseñó el bien y la encontramos perdida» me dijo. El chico lloraba, le aseguro. Con decirle que se le manchó la camisa. Ahora está empleado: fue Osito de ella. Eleodora, con un delantal blanco, enseñaba religión muy seriamente, clase de dibujo también. Ella no sabía dibujar.

En el colegio no tenían baño. Era impresionante. ¿Por qué, yo digo, Eleodora Albert, tan religiosa, tan refinada, vivía tan mal? Entonces fue cuando Herminia Panseco la dejó para irse a Córdoba. Despachó a los chicos y tocó las campanas, y me llamó y me besó. Quería que quedara con ella en esa casa, con ese Cristo, figúrese. No dormí con ella. Le puedo llevar chicos que le pueden contar lo que yo le cuento. Existe un colegio y la puerta del colegio La Esperanza todavía esta en la calle Viamonte 318.

Siempre que la encuentro a Eleodora, ahora la encuentro lastimada. No es que la golpeen. Es una cosa rara.

«¿El estado de ella?» pregunté. «Es el último de una mujer» me dijeron. Era como una hermana de Caridad. Yo conozco a las hermanas de Caridad.

El amor de ella era la de Panseco. Ahora ella quiso vivir conmigo. Yo me reí a carcajadas. Le juro que Eleodora era todo para mí. Cuando alguien hace algo por ella se acuerda. Tenía mujeres y varones, pero Herminia no le daba las mujeres para las clases de dibujo. Porque usted sabe que hay mujeres que se enamoran de chicas chicas, chicas de conventillo, pero monas. Lo disimulaba bien. Eran como beatas, pero yo me di cuenta.

Era buena, muy buena. Los chicos le tenían terror. No les pegaba en el sentido de pegarles; les gritaba. Como educadora, no tiene mucho dominio. La adoraban, le temblaban. ¡Que ojalá mis sobrinas tuvieran una gobernanta así! Sacaba a los chicos a tomar sol y aire en colectivo. ¿Y quiere que le diga la verdad? Me hacía hacer ejercicios a mí también. Era una maravilla.

Ella era como la leyenda de los Ositos. Es un cuento, un cuento de chicos.

«Pobre Ella» dicen los chicos todavía.

Después, tuve la noticia que la encontraron viva, más allá de Sevigné, en muy malas condiciones. Lastimada, herida no, lastimada, con la ropa destrozada, rota, y que la recogió el Ejército de Salvación.

Yo la sentí mucho, créame. Con decirle que la lloré por teléfono, antes de saber que no era ella. Fue un chasco.

Mi amada

Tenía los ojos verdes y alargados.

Soy dibujante y por eso tal vez pienso detalladamente en el cuerpo de Verónica, aunque admire sus excelencias espirituales y la ame profundamente. No debía sin embargo amarla: fui traicionado, abandonado por ella, pero si pienso por un instante sólo en su cabellera, tengo que amarla y olvidar el reiterado mal que me hizo.

La cabellera es tan inmemorial en el amor, tan cantada como la luna en el cielo para los poetas. Sirvió de don y de castigo. Berenice la ofreció a Venus, Santa María Magdalena secó los pies perfumados de Jesús con ella, ¿por ella no fueron arrastradas a la muerte Santa Catalina, Desdémona, la mujer de Barba Azul? ¿La reina Filomena no la extendió como una alfombra para que el rey se arrodillara frente a ella la noche de sus bodas? Y decía otros disparates por ese estilo.

Fue lo primero que conocí de Verónica y algo que no llego nunca a conocer del todo. Si quisiera decir de qué color es, no podría: no por las tinturas (mezcla de manzanilla y de agua oxigenada) que después supe que usaba, sino por la calidad de los reflejos que se infiltran en ella como en los caireles de las antiguas arañas, que llevan los colores del arco iris. Desatada, caída sobre los hombros parece un manto cuyo ornamento principal es, en las puntas, el fleco, que podría servirle de flequillo; a veces es una enredadera torturada y sinuosa; a veces una cortina fresca que juega con el viento o que me ampara; a veces una carpa donde se esconde y donde no me deja entrar. Me sirvió de pañuelo, de almohada, de velo, de tapiz, de venda, de vestidura, de cubrecama, de adorno. Fue lo primero que conocí de su cuerpo. Ciertamente la toqué antes que a sus manos sobre la arena húmeda como si hubiera sido una planta junto a los tamariscos. Ella tenía sueño aquella mañana (lo supe después), y detrás de sus anteojos de sol, yo no podía saber que sus párpados estaban cerrados. Sabía en

cambio que su cabellera enmarañada y fina se estremecía cuando el viento sopló sobre mi boca. Me buscaba sin que ella lo sintiera. La respiré, la mordí, la besé contra la arena. Desde aquel día fue mi cómplice, mi partidaria, aun cuando nos peleamos.

Estábamos en una de esas playas cuya arena es como el fondo de algunos bajorrelieves griegos donde no cabe ninguna otra figura ni adversa ni amiga. No advertíamos la promiscuidad de nuestros cuerpos, bajo el sol que nos estremecía. Apoyé clandestinamente mi cabeza sobre su cabellera (que había extendido sobre una toalla), para soñar que era mía. La toalla era celeste, con grandes flores de relieve y con un fleco impecable que se mezclaba con las puntas del pelo: era una suerte de continuación del cielo. Pero alguien a su lado le hablaba y al mirar el dibujo de las sombras sobre la toalla entreví lo que significaba el sonido de su voz contestando amorosamente a otra persona que la conocía, que conocía su nombre, su edad y tal vez los secretos más íntimos de su vida. No me dolió. Me indicaba sin embargo la presencia de otro cuerpo que la amaba. Antes que existiera mi amor, ya existía esa entrega total de mi ser. Antes que existiera nuestro vínculo, existió mi confianza ciega, incondicional, resuelta. Se volvió y me miró fulminándome con la mirada. El movimiento de uno de mis pies impacientes llenó de arena su pelo. Tuve que alejarme, arrancarme, separarme.

El mundo moderno con sus hacinadas playas permite la originalidad de estos encuentros. A veces quisiera haber vivido en otras épocas, pero en este episodio fui un privilegiado.

La cabellera de Isolda, la de Julieta, la de Melisandra, que bajaba por la ventana al encuentro de su amante, ninguna puede compararse con la de Verónica.

Me abrazaba sobre los sitios donde se había acostado; buscaba el hueco donde se apoyaba mi cabeza para susurrar a mi oído *aquí estoy, bésame*.

Durante mucho tiempo conocí sus estados de ánimo por su cabellera, cosa que la perturbaba. Menos informativo es un termómetro. Era lacia y un poco más oscura cuando estaba triste, también lacia (de un modo inconfundible) cuando había hecho el amor; era lacia también cuando no se preocupaba en parecer más

bonita o más seductora. Era ondulada cuando estaba en la naturaleza, dentro de la naturaleza como dentro de un huevo que no quería romper para salir; era ondulada también cuando se enfurecía por motivos injustos; enrulaba entonces en uno de sus dedos un mechón y lo martirizaba hasta cansarse de él; era ondulada también cuando se despertaba después de haber dormido en posturas desesperadas sobre la almohada.

Muchas mujeres usan peluca para fingir que tienen más pelo, pero ella no necesitaba ese agregado. Sobre su cabeza planea la cabellera como una aureola de santa, que no participa de sus vicios. Gracia divina que es de ella pero sin embargo no del todo suya: está unida a ella, pero separada por no sé qué mágica sombra del nacimiento.

¡Cómo habría yo guardado las cintas que amorosamente trenzaron (conviviendo con ella) su cabellera de niña! ¡Cómo habría yo guardado las puntas cortadas de pelo, que cayeron en los pisos de las peluquerías o de su casa, cuando se lo recortaba la madre, la tía o la sirvienta, para jugar a las peinadoras, o para tratar de arreglarla mejor en un día de fiesta! ¡No lo puedo saber! ¿Cómo podría comprender que yo amé (aparentemente) una parte de ella más que a ella misma?

En el hotel La Madreperla, sentada en una mecedora, se secaba el pelo con una pantalla. Su vida se resumía en verano a secar y mojar, mojar y secar, el pelo que envolvía con numerosas horquillas; no me importaba su holgazanería. El verano es para eso. Su tarea de dactilógrafa la cumplía estrictamente cuando terminaban las vacaciones. «Nunca me divierto» me decía; «No me gustan las fiestas. No parezco una chica moderna». Agregaba suspirando: «Soy anticuada. No me pinto los ojos, no fumo ni bailo rock and roll. A veces me da vergüenza».

Fui feliz con ella hasta el día en que le regalé el peine perfumado. Un peine de ámbar que usaba con insistencia voluptuosa. En vano la visitaba y la esperaba. Siempre en el momento de besarla blandía como un arma el peine perfumado y se peinaba nerviosamente, ignorando mi presencia. Nunca supimos cómo se le formaban aquellos interminables nuditos en el pelo, que había que desenredar.

—Verónica, un día acabaré por ahorcarte con tu propio pelo —le dije—. Dame el peine.

—El peine es mío. Podés hacer lo que quieras conmigo, pero no con el peine —me contestó, tendiéndome un largo mechón tentador.

—Sería fácil —exclamé.

—Ya lo creo —me dijo.

Tomé en mis manos su cabellera que dividí rápidamente en dos, le crucé las dos partes debajo de su mentón y las anudé alrededor de su cuello con fuerza. Su cara se puso roja, saltaron las venas de su frente, puso en blanco los ojos, sacó un poco la lengua.

—Esta es tu obra —le dije.

Pero no me oyó. Se había desvanecido. Su mano no soltó el peine perfumado. No logré estrangularla, gracias a la suavidad de su pelo, cuyo nudo se deshacía para defenderla o para contrariarme, o para salvarme de un crimen.

Ahora, Verónica rehúsa verme. A veces me llama por teléfono.

Amancio Luna, el sacerdote

Tenía un triángulo verde en el iris castaño de uno de los ojos, el pelo oscuro y lacio, las mejillas hundidas, los pómulos salientes, la boca violeta, como una cicatriz. Lo vi una vez en mi vida, cuando yo tenía ocho años, pero nunca pude olvidarlo. Durante un veraneo, tuve una otitis infecciosa; mi madre me llevó a verlo al monasterio. Hacía mucho tiempo que yo sufría de dolores de cabeza cuyas causas ningún médico supo descubrir y yo sabía que me llevaban al monasterio como a otro consultorio. Esperamos a Amancio Luna en un enorme patio lleno de sol; los canteros tenían piedritas bien cuidadas y una preciosa profusión de naranjos. Para endulzar mi sufrimiento mi madre me regaló aquel día un paquete de caramelos. Cuando apareció Amancio Luna, con su hábito oscuro y su rostro grave, me inquieté. Luna se caló las gafas. Ceremoniosamente nos hizo pasar a su celda; me quitó el paquete de caramelos y el abrigo. Después de mirarme la oreja, salió al patio a buscar algo y volvió. Volvió con una piedrita que me aplicó a la oreja. Me pareció al principio que la piedrita me quemaba; luego sentí un bienestar extraño.

—¿No te duele? —inquirió el sacerdote.

Sacudí la cabeza. Mi madre tímidamente le preguntó:

—¿Cura con piedritas?

En efecto, era un cura con piedritas, pero advertí después que mi madre le preguntaba si curaba con piedritas las enfermedades. El sacerdote tardó en contestar, porque buscaba en mi oreja algún lugar que seguramente era la clave, el álgido punto donde actuaría mejor el calor milagroso de la piedra. Hábilmente colocó la piedra sobre el pabellón de mi oreja, luego puso mi mano en el sitio donde estaba la suya para que yo misma sostuviera la piedra. Se acercó a un mueble, abrió un largo cajón lleno de piedritas y las señaló:

—Estoy en este monasterio gracias a estos objetos aparentemente

insignificantes —dijo con lentitud—. Cuando yo tenía la edad de esta niña —prosiguió—, jugaba con las piedritas del jardín. El jardín estaba aquí emplazado y rodeaba mi casa natal. Yo no quería salir del jardín, porque ahí me entretenía más que en ninguna otra parte, y con razón. Una vez descubrí que en cada piedra Dios me mandaba un mensaje divino.

Entre el pulgar y el índice el sacerdote tomó una piedra y, haciéndola brillar en el aire, la mostró.

—¿Qué ve usted acá? —preguntó a mi madre—. Un monasterio, ¿verdad? ¿Reconoce la fachada? Es éste. Estaba en esta piedra, antes de que yo lo hubiera hecho construir.

Mi madre suspiró elocuentemente.

—¿Y su casa, la casa donde nació? —preguntó mi madre.

—No pude conservarla. Resultaba costoso mantener los dos edificios. La hice demoler.

—Qué pena —exclamó mi madre—, era tan linda. Yo la veía siempre cuando iba a la escuela. Me detenía a mirar los leones de piedra del portón y el aljibe con el brocal de mármol.

El sacerdote hizo un ademán como de espantar una mosca y prosiguió con sus preguntas:

—¿Y acá? —dijo, tomando otra piedra, como si fuera un bombón de chocolate.

—Veo a la Virgen con el Niño —susurró mi madre, que se sonrojó vivamente.

—Muy bien, mi hijita. ¿Y acá? —dijo el sacerdote tomando otra piedra entre los dedos.

—Una santa.

—¿Cuál? Fíjese bien.

—Santa Clara.

—No, mi hijita, Santa Clara no lleva una corona de rosas, lleva en su mano una linterna. Reflexione un poco. Nuestra Patrona.

—Sí, sí —dijo mi madre—. Santa Rosa de Lima.

—¿Y acá? —dijo el sacerdote tomando otra piedra entre sus dedos.

—Un niño.

—¿Qué niño? Vamos, mi hijita.

—El Niño Jesús.

—Naturalmente. ¿Cómo no había usted de reconocerlo? Mire —agregó, señalando con el índice los detalles de su cabellera—. No le faltan ni los rulitos.

Mi madre exclamaba con júbilo:

—Qué maravilla, pero qué maravilla.

Ya no me dolía el oído y retiré la piedrita del lugar en donde la había colocado el sacerdote, pero me ordenó sostenerla de nuevo hasta que la piedra se enfriara y con un ademán severo me la aplicó otra vez sobre la oreja. Grité porque sentí el ángulo de la piedra. El padre prior acudió para ver qué sucedía. Entreabrió la puerta, chistó, colocó el índice sobre su boca y, al vernos, abrió los ojos desmesuradamente. En verdad la piedra parecía mágica o más bien diabólica pues tardó muchísimo en perder ese calor sedante que tenía y que, pasado mi dolor, me abrumaba.

Mientras tanto mi madre contemplaba la colección de piedritas que el sacerdote le enseñaba. A la caída del sol salimos del monasterio. Cinco pares de ojos en la puerta nos espiaron. Felices, yo de no sentir más dolores en el oído y mi madre de haber logrado que alguien me sanara, entonamos una canción y volvimos a casa.

Fue a principios del otoño cuando mi madre, por una tía, recibió la noticia de que a Amancio Luna le habían quitado los hábitos. Lo acusaban de practicar brujerías con personas enfermas, que iban al monasterio a visitarlo. Mi madre tuvo remordimientos, porque pensó que tal vez nos habíamos demorado demasiado en la celda el día de nuestra visita. Hablaba con sus amigas de la aparición del prior y de los ojos que nos espiaban a la salida. Era probable, argüía, que hubiéramos despertado sospechas, pues yo llevaba la cabeza vendada y con mis quejidos atraje la atención de algunas personas, cuando esperábamos, en el patio, la llegada del sacerdote. ¿Pero acaso no hacía tiempo que los métodos curativos de Amancio Luna se conocían y se respetaban? ¿En qué momento todo eso dejó de parecer natural y se convirtió en sacrílego? Nunca lo sabríamos, pero mi madre, que era muy escrupulosa, pensó que todo se había desencadenado aquella tarde.

Poco después leímos en los diarios que Amancio Luna había muerto. Según dijeron, en su mano encontraron una piedrita que llevaba,

estampado, su rostro, con lágrimas. No faltó quien atacara a la Iglesia por no canonizarlo, pues parientes de Luna sostenían que la piedra, todos los años, en la fecha de su muerte, emitía verdaderas lágrimas.

La muñeca

Todo el mundo dice: *Yo tal cosa, yo tal otra*, salvo yo que preferiría no ser yo. Soy adivina. Sospecho a veces que no adivino el porvenir, sino que lo provoco. En Las Ortigas comencé mi aprendizaje. Tengo un consultorio en La Magdalena. Nubes de polvo, la policía, mis clientes me asedian.

De acuerdo con la pericia de los médicos, mis documentos de identidad consignan que tengo veintinueve años. Mi madre murió el día de mi nacimiento, así me lo aseguran. Me dijeron, lo que prefiero ahora recordar, que alguien me recogió una noche de enero, en los potreros de Las Ortigas. A lo largo de mi vida, los informes que me dieron sobre mi nacimiento fueron dispares. No tengo motivos para creer en unos más que en otros. Sin embargo, prefiero imaginar mi nacimiento en esos potreros, donde hay una laguna con sauces, y no en la entrada del galpón, con techo de zinc, donde almacenan maíz y lana. La laguna tiene muchos pájaros y un lecho de arena blanca; los sauces proyectan sombras temblorosas, que buscan las majadas y algunos caballos parecidos a Eriberto Soto. El galpón está lleno de gatos y de pieles de ovejas. De noche los gatos ululan y saltan sobre la balanza. Hay pulgas, muchas pulgas, y hormigas coloradas.

En alguna versión de mi nacimiento, mi madre era polaca y vestía un traje nuevo, y calzaba un par de zapatos de charol negro; en otra versión, era italiana y llevaba un vestido raído y un atado de leña; en otra, era simplemente una colegiala que llevaba debajo del brazo un cuaderno y dos libros (uno de geografía y otro de historia); en otra, era una gitana mugrienta, que llevaba en un bolsillo de su falda roja barajas españolas y monedas de oro. No faltó quien me regalara una fotografía apócrifa de mi madre. Esta imagen exaltó por un tiempo mi sentimiento filial. Coloqué la fotografía sobre la cabecera de mi cama y le dediqué durante muchos días oraciones. Después, supe que la

fotografía era la de una actriz de cinematógrafo y que alguien la había recortado de una vieja revista para alegrarme o para mortificarme. La conservo con un ramo de flores viejas.

Durante toda mi infancia, que me pareció muy larga, la gente para entretenerme solía contarme la historia de mi nacimiento. La señorita Domicia amenizaba su relato con dibujos de copas y de casas en un cuaderno cuadriculado. En el momento en que se quitaba los lentes, para limpiarlos con un pañuelo blanco, invariablemente me hablaba de la laguna donde se agrupan los sauces y los pájaros que pueblan las madrugadas. Mis párpados, por donde entraba el sueño, se cerraban. La señorita Domicia era metódica. Durante los dos años que viví con ella, antes que sobreviniera la riña, que luego relataré, entraba y salía a las mismas horas de mi cuarto. Me contaba con las mismas palabras el mismo cuento. Llevaba en su cintura un manojo de llaves, que me fascinaba. Su pelo oscuro era seco, liso y largo; lo llevaba siempre trenzado y colocado en roscas, de cada lado de la cabeza. La señorita Domicia era una suerte de ama de llaves, aborrecida por la servidumbre. Durante su estadía, la casa estuvo fresca, limpia, ordenada; así lo aseguraba el señor Ildefonso, que la temía un poco. Los juegos de sábanas con vainillas, según sus apreciaciones, no estaban mezclados, como en otras épocas, con los manteles bordados y las servilletas. Los cubrecamas no estaban rotos ni manchados con café o con hierro. La señorita Domicia era el ángel guardián de las alacenas, de la despensa. Con tintineo de llaves abría las enormes puertas de los muebles donde almacenaban jabón, conservas, vinos, frutas secas, té, café, galletitas, dulces; donde guardaban la ropa blanca cubierta de encajes, de bordados y de vainillas.

La señorita Domicia no me quería: me lavaba las manos en agua hirviendo; me ponía las medias torciendo mis dedos; me pasaba un pañuelo, aplastando mi nariz, hasta hacer saltar mis lágrimas. Si la menciono, en primer término, es porque descubrió mi don de adivinación. Recuerdo, como si fuera hoy, un día lluvioso de enero. No nos permitían salir al patio techado, para jugar. Detrás de los vidrios de la sala, mirábamos los follajes de los árboles movidos por el viento. Súbitamente, en medio de mis juegos, anuncié la llegada del ingeniero Kaminsky.

El señor Kaminsky había visitado una sola vez la estancia. Su nombre y su estatura me habían impresionado vivamente. Con minuciosas mímicas describí su llegada, que tuvo lugar unas horas después. La señorita Domicia, con sus manos duras y secas, levantó el pelo húmedo de mi frente, con sus ojos de araña miró mis ojos, y me dijo: «Bandida, serás una bruja». ¿Qué quería decir «bruja»? Presentí que me decía algo horrible. Bruscamente aparté sus manos de mi frente. Insistió en peinarme y yo en evitar, a manotones y chillidos, el contacto de sus manos. ¿Cuánto tiempo duró la riña? No sé. Me pareció que ocupaba, que ocuparía toda mi vida. Concluimos encerradas en el cuarto de baño. Me había lastimado. La señorita Domicia mojó mi cabeza y mis párpados con agua fría, me puso en penitencia. Juró que no volvería a tocarme, promesa que cumplió estrictamente. En repetidas ocasiones dijo que hubiera sido mejor para todo el mundo que la vieja de Las Rosas me guardara y que mi presencia en la estancia molestaba a los mayores y pervertía a los menores. Yo trataba de no oír sus palabras y de no mirar su cara, que me parecía encarnar la del demonio. Por una aberración, a mi juicio vergonzosa, contrariando la enseñanza que me habían dado, imaginaba que el demonio pertenecía al sexo femenino y no al masculino (como su traje lo indicaba en las láminas donde lo había visto, como un murciélago, con una capa negra en forma de alas).

La vieja de Las Rosas —así la llamaban a Lucía Almeira porque vivía en el puesto de Las Rosas— me recogió, según me aseguraron, la noche de mi nacimiento y me guardó en su casa hasta que cumplí tres años. Tal vez confunda mis recuerdos con los cuentos que tuve que oír. No lo sé. Un cuarto con piso de tierra, un perro ovejero y cinco gallinas con pollitos se hospedaban conmigo en la casa de Lucía Almeira.

Lucía era delgada, arrugada y morena. Nunca la vi sentada. Siempre se movía de un lado a otro de la habitación. Era tan pobre que sus zapatos no tenían suelas. ¿Por qué me recogió? ¿Con qué me alimentó? Nunca se supo. Algunas personas dijeron que tenía el proyecto de criarme para hacerme trabajar en el circo del pueblo;

otras dijeron que amaba con locura a los niños y que al recogerme realizaba uno de sus sueños. En sus manos, arrugadas y negras, recuerdo los trocitos de pan que me daba, recuerdo también la estera que bajaba sobre la abertura de la ventana para hacerme dormir y la chatura de su pecho donde oía latir su corazón.

Aquellos días silenciosos en que mi memoria vislumbra apenas algunos ínfimos detalles del mundo que me circunda, Lucía Almeira me cuidaba celosamente; todas las referencias coinciden con este hecho. Me llevaba a la casa de los Rivas, tres veces por semana, cuando iba a lavar. Mientras ella lavaba, yo me entretenía con viejos trapos rotos, con piñas, con gatos (hasta que uno de ellos me arañó desagradablemente). Jugando con los niños de la casa, aprendí a caminar. Se acostumbraron tanto a verme que al anochecer, cuando Lucía se despedía y me cargaba en sus brazos para llevarme, algunos de ellos lloraban.

Lucía Almeira consintió en dejarme pasar una noche, la noche de Navidad, en la casa de los Rivas. Volvió a dejarme en otras oportunidades, cuando los niños de la estancia se lo pedían. Poco a poco se acostumbró a aquello que parecía imposible, a separarse de mí. Tal vez la enfermedad que más tarde iba a causar su muerte, estaba debilitándola hasta el punto de quitarle el deseo de guardarme y de cuidarme como a una hija. Tal vez el entusiasmo de Esperanza por mí, despertó sus celos. En una oportunidad, no volvió a buscarme. Después de un conciliábulo prolongado, el señor Ildefonso la convenció de que era mejor que me dejara para siempre en la estancia.

A Esperanza le gustaba mi compañía. El señor Ildefonso pensó que mi estadía en la casa haría olvidar a su hija el perro cachorro del cual no se separaba. En lugar de jugar con el perro, Esperanza jugaría conmigo.

Esperanza olvidó al perro y yo olvidé a Lucía.

No recuerdo cuándo llegué a esa casa amarilla. La conozco desde siempre. Esperanza me mostró sus rincones más secretos: el altillo y el cuarto de las ratas, como llamábamos a una suerte de celda oscura, donde apilaban las botellas y las bolsas vacías. La casa tenía un patio

cerrado y un aljibe, un corredor con baldosas azules y una puerta de entrada ojival, con vidrios de diseños blancos, como de encaje. Los árboles que la rodeaban, casi todos eucaliptos y casuarinas, eran muy altos y muy enmarañados.

Esperanza y yo teníamos la misma estatura, la misma edad. Cuando corríamos carreras siempre me ganaba, porque lograba hacer alguna rapidísima trampa; cuando nos trepábamos a los árboles sostenía que la rama final de mi ascensión estaba muy por debajo de la de ella, aunque la mía se encontrara mucho más arriba.

Los brazos de Esperanza estaban cubiertos de pecas. Ella era rápida y alegre; cuando gritaba se le marcaban las venas del cuello y se ponía muy colorada. Le gustaba arañar. Las marcas de sus uñas quedaban por muchos días grabadas en la piel con trazos violetas. Muchas veces pensé que pertenecía a la familia de los felinos y que por ese motivo su perro preferido, al verse libre de ella, se alegró tanto. Nunca pude quererla. Me gustaban los varones y, por brutos y antipáticos que fueran, me parecían superiores a las mujeres.

Mi dormitorio estaba situado en el ala de la casa que miraba al frente. Dormía con una niñera que me despertaba para preguntarme si había rezado el Padre Nuestro, si tenía miedo, si dormía. Sólo de noche me cuidaba.

Frente a mi puerta, separados por el patio, estaba la pieza de los varones, que antes de ir a acostarse, para asustarnos, golpeaban el vidrio de nuestras ventanas e imitaban el grito de las lechuzas. Muchas veces lloré de miedo, mientras Elsa, la niñera, frente al espejo, se untaba la cara con crema y enrulaba su pelo en papelitos. Muchas veces ahogué mi llanto en la almohada mientras la veía cerrar los postigos, después de haberlos entreabierto un poco para mirar afuera.

Para mí, las noches de tormenta eran las únicas noches tranquilas. Me parecía que la casa, como el Arca de Noé, flotaba sobre el agua y que nadie vendría a perturbar el sueño de su tripulación, formada de hombres malos y de animales buenos. Había perdonado al gato su arañazo, pero no perdonaba a Esperanza ni a la señorita Domicia sus tortuosas maldades.

Desde aquel día en que había anunciado la llegada del señor Kaminsky, algunas personas me trataron con más respeto. Comencé muy pronto a pronosticar el tiempo, a anunciar desde temprano si llegarían o no llegarían cartas, si los conejos morirían. El señor Ildefonso un día que salió para la feria me preguntó si los novillos se venderían bien. Contesté sin vacilar lo que probó después ser la verdad.

El señor Ildefonso era corpulento, tenía el pelo muy negro y abultado, sus ojos verdes brillaban con una extraordinaria vivacidad; usaba un sombrero de paja rojizo, con la copa perforada de agujeritos; sujetaba este sombrero debajo del mentón, con una tira de cuero sobado. Hablaba con énfasis, pronunciando como una amenaza las sílabas finales de cada palabra. Llevaba siempre un pañuelo anudado al cuello, y un alfiler de corbata, con una perlita engarzada en oro. Todo en su persona indicaba que era ordenado, pulcro y dominante. Muchas veces oí hablar de él en términos respetuosos; mucho más respetuosos que los que oí a propósito de su mujer, Celina, cuyos actos de caridad mal distribuida le granjearon ciertos resentimientos, inolvidables entre la gente del lugar. La señora Celina era lejana para mí, como un retrato. Su salud precaria la obligaba a levantarse tarde, a salir fugazmente, con sombrillas, a dormir largas siestas y a acostarse temprano. Vestida siempre de blanco, con faldas largas, parecía muy alta. A veces cubría la parte superior de su cara con un velo azul; esos días, su boca, cuya sonrisa era dulce, ocupaba toda mi atención. La señora Celina me permitía aproximarme a ella sin temor. Siempre llevaba puestos guantes grises y sólo se los sacaba para cerrar la sombrilla. Después de cerrar la sombrilla, enderezaba entre sus dedos la piedra azul de su anillo y pasaba sus manos desnudas por su frente, como si las manos y la frente no fueran de ella. Besaba distraídamente uno por uno a sus hijos, a mí entre ellos, no sin repugnancia. Horacio, que era siempre el último, recibía el beso más largo, más silencioso. Nunca supe si esa demora era intencionalmente dirigida a Horacio o si formaba parte de la distracción que volvía mecánicamente del último beso a un beso más largo. Yo siempre observaba, paralizada, aquel beso, cuyo ademán quedó tan grabado en mi memoria. Me parecía que una voluptuosidad secreta organizaba siempre ese momento: era la

mañana con sol y frutas, era la caída de la noche con pasto cubierto de rocío.

Celina Rosas encarnaba para mí todos los dones de la dulzura y del refinamiento. Su cuarto, con las persianas casi siempre cerradas, era una suerte de altar vedado para el resto de los mortales. Yo solía entrever, al pasar frente a la puerta a veces entreabierta de su cuarto, los cortinados floreados y la cama de bronce, misteriosa, donde dormía. Me parecía que su vida no estaba en contacto con las otras.

Esperanza y yo comíamos en la antecocina; Juan Alberto, Luis y Horacio comían en el comedor. Después de las comidas, mientras servían el café, jugábamos en el patio a los vigilantes y ladrones, al Martín Pescador y a las esquinitas.

En una de sus lánguidas sobremesas, en que el señor Ildefonso fumaba su cigarro y la señora Celina distraídamente miraba la ventana, con la mano apoyada en una de sus mejillas, una escena me reveló la falsedad de la calma que reinaba en esa casa.

La ausencia de la señora Celina no parecía entristecer a Horacio. Me asombraba que aquellos largos besos matinales y nocturnos no hubieran dejado más nostalgia en su corazón. Horacio, con un cuchillito y con su perro Dardo, solía emprender excursiones por las mañanas. Apenas me miraba, y si lo hacía, era para exigirme o para reprocharme algo. Su actitud, en cierto modo parecida a la de Juan Alberto y a la de Esperanza, no me ofendía tanto. Yo lo admiraba. Después de muchos subterfugios conseguí vestirme de un modo que me trajo suerte. La vestimenta consistía sólo en una bombacha, una camisa de lino y unas botas de goma, que me habían regalado. Aproveché un día de carnaval, en que nos disfrazamos, para adoptar esa vestimenta de varón, más conspicua que la de Esperanza, que usaba una jardinera. Horacio empezó a tratarme como a un amigo. Tratarme como a un amigo era, a veces, maltratarme mucho. A menudo me invitaba a salir a caballo. Cuando le venían ganas de orinar, lo hacía delante de mí, sin esconderse, mientras mirábamos los caminitos de hormigas. Teníamos diálogos que no nos hubiéramos atrevido a tener delante de otras personas. Dos o tres veces nos

bañamos en el tanque australiano, sin que nadie lo supiera. Para parecer más viril yo me desvestía hasta la cintura. A la hora de la siesta me escapaba a su dormitorio para contarles, a él y a sus hermanos, las conversaciones que había oído en la cocina y para describirles las cosas que hacía Elsa de noche, frente al espejo, antes de acostarse. Nunca pensé que aquella intimidad con Horacio pudiera costarme tan cara.

Juan Alberto decía que los perros eran como las personas; en cuanto uno de ellos estaba maltrecho, todos los otros se precipitaban sobre él, para ultimarlo. Luis decía que los perros eran mucho mejor que los hombres; que los hombres eran como los monos, que se imitan los unos a los otros. Horacio decía que a cada hombre le corresponde parecerse a un animal, o que a cada animal le corresponde parecerse a un hombre y que era ridículo comparar los monos con los perros. La señorita Domicia parecía un camello; Elsa parecía un conejo; el señor Ildefonso, de perfil, un búfalo; el ingeniero Kaminsky, un burro. Esperanza se indignó, y después de algunas protestas en favor de sus padres dijo que los hombres se parecían todos a las lechuzas, porque chistaban de noche a la gente, para que se callara. Yo dije lo único que se me ocurrió: que los hombres se parecían a las chicharras y no supe decir por qué. Luego, cuando nadie me oyó, en medio de la gritería, dije que se parecían a las chicharras porque hacían mucho ruido.

El tedio que sentía frente a Esperanza prolongaba el tiempo. Muchas veces creía que estaba a punto de desmayarme, cuando Mademoiselle Gabrielle nos llevaba a su lugar predilecto, bajo los árboles, a darnos clase. Allí, en las sombras de un tilo, abría una bolsa tejida y sacaba, entre ovillos de lana, tiras de género, galletitas y piolines, un libro roto. Todo el mundo sabía que Mademoiselle Gabrielle era desordenada: donde ella pasaba quedaban hilachas, géneros, lana, trocitos de galletitas. Cuando nos reprendía porque dejábamos algo tirado, se ruborizaba sintiendo que nada la autorizaba a exigir de los otros lo que ella no cumplía. Era buena, era rubia, era pálida, tenía

bigotes. Me enseñó a leer; me enseñó algunos rudimentos de francés y de matemáticas; me enseñó también algunas fábulas, que me obligaba a recitar para el cumpleaños de la señora Celina.

Mademoiselle Gabrielle nos hacía leer, por turno, en alta voz, las páginas de un libro con ilustraciones, que ella misma había coloreado. Los días en que me tocaba soportar estas lecturas eran maléficos para mí. Siempre sucedía algún percance, que surgía directamente de mi malhumor o de mi disconformidad. En uno de esos días rompí deliberadamente la agenda de Juan Alberto, que ya se creía grande y digno de ser respetado, porque tenía una agenda. En esas hojas minúsculas había leído las ridículas anotaciones: *22 de enero, compré cinco atados de cigarrillos y una raqueta; 23 de enero, bebí una caña; 24 de enero, Luisita me miró cuando pasé frente a su puerta; 25 de enero, es horrible la extracción de una muela*.

Cuando supo que le había roto la agenda no dijo nada, pero en el fondo de sus ojos adiviné sus intenciones: pensaba esperar la oportunidad y vengarse de un modo bajo. Durante todo el día traté de ser amable con él, de darle la razón en todo, pero sabía que cuanto hiciera para evitar su venganza la precipitaría.

Juan Alberto tenía once años. Creo que es la edad en que los varones son más crueles; las mujeres comienzan a serlo mucho más temprano, a los nueve o a los ocho, edades que yo no había cumplido.

Esperábamos la llegada de la señora Celina. Un telegrama la anunció. Yo no me había atrevido a decir que ella volvería, como lo había previsto mucho antes que llegara el telegrama. Desde temprano empezaron a encerar los pisos. Mademoiselle Gabrielle, Esperanza y yo fuimos a buscar flores y duraznos a la quinta. En un platito de porcelana azul pusimos los duraznos y en un bol de cristal las flores más bonitas. Aprovechamos la ocasión para comer duraznos, nueces y dos o tres barras de chocolate, de las tabletas que Mademoiselle Gabrielle consiguió para hacer unos postres que tenían mucho éxito.

Aquellos días excepcionales, en que podía comer fuera de las horas de las comidas, se hubiera dicho que cualquier alimento me gustaba con locura; diríase que contenía esencias que me embriagaban, pues al

probarlas reía sin poder contenerme, con una risa nerviosa. La alegría de volver a ver a la señora Celina se manifestaba en distracciones múltiples, en platos de comida y en flores que elegía Mademoiselle Gabrielle.

A quien me quiso oír describí una muñeca que imaginé con rulos castaños, ojos azules, un sombrero de paja y un vestido de organdí celeste. Decía papá y mamá continuamente.

A la hora de la siesta aproveché el estado de perturbación que atravesaba la casa para escaparme con Horacio. Sin sombrero cruzamos el sol de la tarde y llegamos al tanque australiano con la intención de bañarnos. Horacio se quitó las alpargatas, la bombacha y la camisa; yo hice otro tanto, pero conservé mis alpargatas y un pañuelo que me até como vincha alrededor de la cabeza. Nos trepamos a la chapa de zinc para deleitarnos frente al agua sucia antes de zambullirnos, cuando Horacio me anunció que había visto una víbora y que iba a matarla. De un salto bajó a tierra y yo me dejé caer detrás de él. La víbora se deslizó y desapareció en la maleza. La buscamos arrodillados. Desde hacía tiempo Horacio buscaba una víbora de coral, para guardarla en una botella: la de esa tarde era la primera víbora de coral que había encontrado. Las había visto en las láminas de los libros. Orinamos, yo en cuclillas, sobre un declive y Horacio de pie, junto a mí; luego, acurrucados entre los pastizales, en la misma postura, pues Horacio pretendía que eso atraía a los reptiles, esperábamos recuperar la víbora cuando oímos una voz que nos señalaba: «Aquí están». Nos dimos vuelta. Junto a nosotros estaba Juan Alberto; un poco más lejos, debajo de un paraguas negro, la señorita Domicia. Inmóviles, sin darnos cuenta de lo que sucedía, nos miramos. Juan Alberto nos señaló con el dedo y dijo: «Siempre están haciendo lo mismo». La señorita Domicia, cuya cara estaba escondida por la tela del paraguas dio una suerte de gruñido y se volvió diciéndole a Juan Alberto que la siguiera. La soledad y el calor volvieron a abrazarnos. Horacio se encogió de hombros y volvió a buscar su víbora. Yo me vestí viendo las nubes oscuras y amenazantes del cielo. Sin hablar a Horacio volví corriendo a la casa; entré en mi cuarto y me tiré en la cama. ¡No podía pensar en la muñeca!

Una gran tormenta estaba preparándose. Me sentí aliviada al oír los primeros truenos. *Tal vez sobrevendrá el diluvio y me salvaré de mi vergüenza*, pensé. Oí muchas corridas en el patio, luego la lluvia y las persianas que se golpeaban. Oí las campanas de las cuatro, oí el ruido de las tazas y de las cucharas, que anunciaban la hora del té. No me atreví a salir de mi cuarto. Después de un tiempo, que parecía comunicarme con la eternidad, Mademoiselle Gabrielle vino a buscarme. La miré aterrorizada. Pronto advertí que no estaba disgustada conmigo y me levanté de la cama para seguirla, después de peinarme y de vestirme lo más pronto que pude. En la antecocina Esperanza estaba sentada frente a la mesa. Sin hablarle me senté y para tranquilizarme imaginé que había soñado la escena de la tarde. Faltaban unas pocas horas para que llegara la señora Celina. En un break irían a buscarla el señor Ildefonso, Juan Alberto y Luis. Bebí el té con sumisión. Cuando terminamos de tomar el té, al cruzar el patio, oí que hablaban de Horacio y que al nombrarlo me nombraban. El cuento había pasado de boca en boca, llegaría a los oídos de la señora Celina, que dejaría de protegerme con su distante sonrisa.

—Tendremos que decírselo —decía la señorita Domicia.

—¿Y va a atreverse? —contestaba doña Saturna.

—No podría descansar si no lo hiciera. Tendría un cargo de conciencia.

—¿Y quién cargará con los vidrios rotos? —dijo Saturna.

—No sé. Ni me importa —dijo Domicia—. Esto les enseñará a no recoger lo ajeno. Bastantes hijos tienen para no buscar otros. Yo me lavo las manos.

El ruido de un carruaje, en medio de la lluvia, interrumpió el diálogo. El break se detuvo frente a la entrada del patio de la casa. El señor Ildefonso, con las gafas puestas y el paraguas abierto, se dispuso a saludar a su mujer. Esperanza corrió para llegar antes que nadie a los brazos de su madre. Juan Alberto y Luis salieron golpeando las puertas. Horacio llegó el último. Yo me quedé mirando, detrás de una columna, lo que pensaba que era el comienzo de una tragedia. Todos bajaban del coche las cajas de cartón, los paquetes y las valijas que la viajera traía, mientras ella pisaba los estribos, envuelta en su capa de

goma verde. La señora Celina miró la casa de arriba abajo, como si la viera por primera vez. Besó a sus hijos, interrumpiéndose para sacarse un guante, alisarse el pelo o sacudir la capa de goma, cubierta de gotas de agua.

Al besar a Horacio me vio detrás de la columna y me llamó. Lentamente me aproximé a ella, a recibir su beso. Puso entre mis manos una caja de cartón, pidiéndome que la abriera para ver lo que había adentro. Asombrada de no provocar la repulsión que esperaba, abrí la caja y encontré la muñeca con rulos castaños, ojos azules, un sombrero de paja y un vestido celeste de organdí. La sacudí. La muñeca dijo papá, mamá, con un quejido muy suave. Me aconsejaron que la sacara de la caja arrancando algunas cintas que la tenían presa. Porque no me atrevía a hacerlo, la señora Celina la arrancó ella misma de su prisión.

—Bruja —me dijo la señora Celina.

—*Sorcière* —me dijo Mademoiselle Gabrielle.

Las dos reconocieron la muñeca descripta por mí.

Así me consagraron al arte difícil de la adivinación.

Los grifos

Tengo un fanal en miniatura con grifos que dejan caer gotas sobre una superficie de agua, del tamaño de una hostia. Los oigo de noche a la hora de las comidas y al alba cuando no puedo dormir. Con una llave especial se gradúa la altura de los grifos y la rapidez de las gotas. Esto es muy conveniente, porque resultaría a veces monótono, ya que se trata de una suerte de música, que mantuvieran siempre el mismo ritmo. Gracias a un recipiente emplazado debajo del fanal, si no olvida uno la precaución de llenarlo cuando se evapora el agua, los grifos funcionan continuamente.

A veces, durante las comidas, cuando una de las puertas está cerrada o hay música en otros pisos de la casa, Borges pregunta:

—¿Qué pasa? No se oye…

Nos miramos en silencio, para escuchar mejor a través de la puerta cerrada o de la música, y sabemos, sin nombrarlas, que esperamos el repicar de las gotas. Alguien dijo una vez:

—¿Por qué no llaman al plomero?

La pregunta resultó inadecuada. ¿Acaso pensaba que faltaba un cuerito a la canilla? Con odio miramos a nuestra interlocutora. ¡Si había oído el repiqueteo, por lo menos que lo apreciara! Desdeñaba el fanal, las gotas de agua que caían; ¡ella que tocaba en el piano tantas músicas que pretendían parecerse al agua! Chopin, Liszt, Ravel, Debussy.

Es cierto que a veces apenas se oye el murmullo de las gotas, y el visitante desprevenido pondrá su atención en otras cosas menos importantes como el diálogo, el monólogo, la música de algún disco, o el placer que otorga la alimentación compartida. Hay pocas probabilidades de que las oigan, aunque Marta y Rodolfo dejen las puertas abiertas a propósito. Sin embargo, un día que vino Norah a nuestra casa, estoy segura de que las oyó. No dijo nada. Pero de pronto

se callaba como si en el comedor hubiera entrado una mariposa amarilla en busca de la luz. Es claro que Borges le habría dicho:

—Escuchalas, pero no las nombres.

Si no fuera por este fanal ¿quién sabría que yo he viajado, que llegué a los confines del Tibet, que llegué a regiones desconocidas? Ni lo creería yo misma, porque los viajes parecen sueños.

Este fanal es el recuerdo más duradero que conservo de un paraje del Oriente, a donde no pude llegar, a donde probablemente nadie pudo llegar, pero cuyos sonidos musicales llegaron a mi oído aguzado por la curiosidad y el cansancio. Imaginé jardines recorridos por laberintos. Los secretos de ese paraje me fueron revelados lentamente con una suma infinita de dudas, de fechas y de datos vagos que nunca coincidían del todo los unos con los otros, por los moradores de la región, que ni siquiera tienen nombres, y que viven en las inmediaciones del lugar donde se refugian los pájaros y los perros que huyen, como de una catarata, del sonido penetrante de aquellas gotas que caen sin cesar de los grifos, cuyo número y formas todavía no han sido revelados. Lo más extraño de todo es que esos mismos pájaros cantan la melodía de los grifos y que los perros, no menos asombrosos, las aúllan en noches de luna; que las piedras mismas y algunas rocas llevan esculpidas con nitidez a veces la forma de una gota, que nunca se confunde con la forma de una lágrima.

Me hablaron también de un árbol con hojas peludas llamado grifoforme, que suda interminables gotas por los pelos de las hojas.

Compré tarjetas postales, mapas, planos de la zona, pero en ninguno figura el lugar. Recordé los húmedos y cálidos jardines de Tívoli donde me desmayé, en el *Viale delle Cento Fontane*. ¡Qué diminutos me parecían! ¿Sería éste, como aquéllos, un sitio de placer? Pensé en Horacio, en Propercio, en Catulo. No, no podía compararse un sitio con otro. Y acaso ¿sería un jardín?

¿Dónde estará emplazado el Templo de los Grifos? No tengo motivos para llamarlo templo, sino por el respeto religioso que me infunde el rito de los grifos, que tampoco sé si puede llamarse rito.

Este templo que se erige ahora en mi imaginación podría ser una torre, un teatro, un enorme galpón, un circo, una suerte de palomar, o bien una gruta artificial o natural, tallada en la piedra, más

previsiblemente, al pie de una cascada, una glorieta tejida con seleccionadas hojas de árboles. Cualquiera de estas construcciones artificiales o naturales, ¿dónde estará situada? ¿Forma una ciudad? ¿Estará en el interior de un bosque? ¿O en un oasis rodeado de palmeras? ¿O bien en la cima de una montaña o en una hondonada, lejos del sol, por donde apenas se entrevén las estrellas? ¿O en un simple jardín?

Lo único seguro, o lo que más se aproxima a la seguridad, es que el lugar se encuentra en China, lindando con Mongolia, y que los siglos que han transcurrido entre sus muros, suponiendo que hubiera murallas, son infinitos. Nunca se supo cómo se construyó, suponiendo que se hubiera construido, un edificio con una acústica tan perfecta, ni cómo se formó, suponiendo que fuera natural, aquel conjunto de grifos que eternamente dejan caer sus gotas, ni cuáles fueron los primeros ritos ni de dónde provienen.

A mis preguntas las contestaron con dificultad y con desconfianza, con un dedo índice sobre los labios, para cada palabra pronunciada; alguien afirmó que el agua venía de los deshielos; alguien, que era agua de rocío; otro, de sudor de obreros; otro, de pensadores; otro me dijo que era de lágrimas.

Oí tantos detalles falaces sobre el misterio del agua que alimenta los grifos, que me descorazoné y no traté de indagar su esencia, la que se volvía cada vez más vaga, a través de explicaciones secretas, contradictorias y minuciosas. Me limité a escuchar lo que me decían. Me dijeron que a través del tiempo, de cada sonido había brotado una palabra y que el número de palabras que habían emitido los grifos era incalculable, puesto que el ritmo modificaba esas palabras. Me dijeron también que en toda gota había una cara con la boca abierta, de hombre o de bestia; que predecía el tiempo y los misterios del porvenir. (Esto le pareció absurdo a Borges, porque le recordaba grotescos dibujos animados.)

Tal vez no me atreva ni siquiera a veces a recordarlo porque me da miedo, y si no fuera por el fanal creería que lo he soñado. Vislumbro en mi memoria, bajo un sombrerito de paja, a una criatura que llega a aquel sitio con un canasto que parece lleno de frutos, para la venta. Esta criatura se acerca y con los labios entreabiertos, muestra los

dientes que son perfectos, reproduce, golpeándose el paladar con la lengua, llenándose la boca de globitos de saliva, los sonidos aquellos, traídos por el viento, de las regiones de los grifos. Si los pájaros cantaban la melodía y los perros aullaban ¿por qué no lo haría una criatura? Le pregunté más con los ojos, apenas con palabras —¡desconozco el idioma!— el significado de tales sonidos. Cambia de melodía y de ritmo; se echa de bruces al suelo, como si yo hubiera comprendido y me deja en la mano derecha un fanal. Temiendo que se me caiga al suelo, toma mi mano izquierda y la coloca debajo del fanal para que lo sostenga con las dos manos.

Durante unos segundos oigo el rumor de la paja dorada del sombrerito, que se va alejando.

La divina

La llamaban la Divina. Tenía las cejas negras e hirsutas, tan gruesas y prominentes que el resto de la cara pasaba inadvertido. Se hubiera dicho que no tenía nariz, ni boca, ni mejillas, ni dientes (que eran bastante feos), ni pelo, ni ojos: tenía solamente cejas. Algunas personas decían que en la oscuridad cada uno de los pelos, que parecían de bicho quemador, era luminoso como los ojos de los gatos, pero nunca pude averiguar si esto sucedía realmente o si era una ilusión de quienes la admiraban.

Fui a consultarla porque me debatía en un amor sin esperanza. Irma Riensi vivía en la calle Lima al 2000, en una casa oscura y húmeda, llena de ramilletes de flores teñidas, de estatuitas de porcelana y de abanicos. En el pasillo, un piano me reflejó tristemente. Yo llevaba una carta de presentación de mi prima Lucía; la adivina, como tenía en ese momento mucha clientela en su cuarto y quería atenderme bien, me hizo pasar al baño, a esperarla. Después me atendió en el mismo cuarto de baño, según me dijo, para que nadie nos molestara. Me arrimó una silla, que trajo del dormitorio, y ella se sentó en el borde de la bañera. En una palangana llena de espuma nadaban globos de género rosado y de un grifo colgaba un corpiño negro. De la ducha caían gotas que resonaban con extraño sonido. Su olor a dentífrico me hizo pensar que olía a algo peor. Leyó mis manos hábilmente, pues lo que ella no adivinaba me lo hacía decir a mí. Al fin exclamó, moviendo las cejas:

—La veo asociada al agua.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Es malo o bueno?

—Un viaje, veo un viaje. El barco no naufraga, pero a usted algo le pasa. Una aventura.

—¿Algo inesperado? ¿Me enamoraré? —insistí, para que me explicara más claramente lo que veía; se negó a hacerlo.

—Hay signos confusos —me dijo—. Y hoy estoy cansada para descifrarlos.

Me enojé con ella. Suspiró y, para conmoverme, me contó su vida. Desde niña la ponían en penitencia por culpa de su maldita vocación.

—¿Qué me pasará hoy, Irma? —le preguntaba una hermana mayor.

—Te plantará tu novio.

Penitencia por la respuesta.

—¿Qué me pasará hoy, Irma? —preguntaba la madre.

—Papá te mandará a freír papas a otra parte.

Penitencia por la respuesta.

Si llegaba de visita alguna amiga de su madre, también le preguntaba a la pobre:

—¿Qué me va a suceder, Irma?

Una vez, a una amiga de su madre, que era muy coqueta, le contestó:

—Se va a quedar calva y la crema para las arrugas le va a traer eccema.

Su madre la dejó sin postre ese día, pero la calvicie pronosticada llegó inexorablemente y el eccema también, por lo que dejaron de ponerla en penitencia y aun llegaron a respetarla un poco.

A los veinte años abrió un consultorio; la clientela acudía de todas partes. Como provisionalmente se había instalado en los fondos de un almacén, estaba bastante protegida de la persecución policial. Su cuarto era una suerte de depósito lleno de latas de aceite y de bolsas de yerba; nadie sospechaba que allí se ocultaba el consultorio de una adivina. Irma se enriqueció rápidamente. Cuando cumplió treinta años, compró con las economías un tapado de zorrino, luego un televisor, un terreno en Burzaco, una casita en La Lucila, un automóvil y finalmente pudo hacer un viaje a su tierra natal, a Italia. Su dicha no tenía límites. Emprendió, después de seis meses, el viaje de regreso, en barco, se entiende, porque detestaba los aviones. Sin embargo, en cuanto pagó el pasaje tuvo una premonición. Después de salir de la agencia de turismo entró en un cinematógrafo sin mirar la cartelera: daban *El hundimiento del Titanic*. La película le pareció de mal augurio (nunca lloraba; lloró), pero ya era tarde para devolver el pasaje. Una semana después se embarcó. La vida de abordo le agradaba; había una

piscina, donde nadaba todos los días, y gente muy simpática. Sin sospechar que era adivina, un grupo animado de jóvenes estaba continuamente con ella, porque jugaba bien al ping-pong y a las barajas; por fin un día alguien que la conocía de nombre propagó el secreto de su profesión y ella se vio obligada a leerles a ocho personas, en una tarde, las líneas de la mano. La cosa comenzó a las tres de la tarde y terminó a medianoche. En la primera mano que le tendieron, vio el signo alarmante que descubrió en todas las otras: una misma tragedia reuniría a esa gente tan diversa. A todos dijo lo que leía en sus manos, pero no les dijo cuál era la tragedia, porque no lo supo, en el primer momento. El barco que se mecía suavemente durante toda la travesía, a medianoche empezó a moverse demasiado; pero a esa hora todo era un pretexto para inventar juegos y el grupo que la rodeaba se puso a patinar en la cubierta, sin respetar el sueño de los otros pasajeros. Nadie quería acostarse. Cuando por fin Irma se retiró a su camarote, leyó por primera vez las líneas de su propia mano y descubrió, atenuado, el mismo signo que había visto en las manos ajenas. Comprendió oscuramente qué iba a suceder. Había que esperar y callar, para no sembrar el pánico. Recordó el hundimiento del *Titanic*. Pasó días ansiosos hasta que volvió a ser feliz, por el mero hecho de estar embarcada.

Todas las noches, en el barco, pasaban films en la sala de música. Irma no perdía una función. Una noche anunciaron en el menú, en letras rojas, *El hundimiento del Titanic*. Mucha gente comentó que ése no era un film para ofrecer a los pasajeros de un barco. Hacía falta temas alegres, de aventuras o de amor, y no dar la idea del peligro, que pone una nota triste en el ánimo de los viajeros. A Irma se le apretó el corazón, pero quiso ver de nuevo el film, que había visto antes de embarcarse. Ahora llegó a distraerse hasta el punto de olvidar que estaba ya embarcada. En el momento en que aparece el hermoso caballo de madera, de la sala de juguetes del *Titanic*, sintió que el barco daba un tumbo, que la alarmó un poco; pero siguió mirando, porque las imágenes la fascinaban. Cuando la vajilla del comedor del *Titanic* se amontona en un estruendoso caos y el agua entra por todos los resquicios, crujió el barco y otro tumbo brusco lo ladeó. Algunas sillas cayeron. Creyó, en su ilusión, que estaba en el barco de la

película y que habían chocado contra un témpano. Fue como un relámpago. Del hundimiento del *Titanic*, paso al real hundimiento del barco, sin saber cómo se había operado el cambio. Después (en un después que no recordaba con precisión, pues parecía parte de un sueño), perdió el conocimiento junto a los botes de salvataje y alguien la recogió por uno de esos milagros que revelan, según dijo, la existencia de Dios.

Paradela

Juan Paradela era bajito y llevaba un sombrero de fieltro, de color de café con leche, que no se quitaba nunca de la cabeza. Usaba de adorno o como entretenimiento, siempre metido en la boca, un escarbadientes que movía con la lengua. En sus ojos brillaba cierta petulancia. Entendía mucho de maderas, de bulones, de elásticos, de brocados, de espejos, de arañas, de pesos (no sólo del precio, del peso de los muebles) y sobre todo de ofertas. Era changador de la casa de remates Mamparas y Compañía, de la calle Sarandí.

A cualquier hora lo encontrábamos sentado en diferentes sillones lujosos, con el sombrero puesto como si estuviera al aire libre y en pleno sol, a veces fumando cigarros, cuando no masticaba el consabido escarbadientes, conversando consigo mismo o con otros interlocutores menos atentos.

Mi prima Adela, que llamábamos Adelita, con el correr del tiempo se casó y decidió comprar en una casa de remates parte de los muebles que le faltaban. Yo la acompañé a la calle Sarandí. También fui allá con sor Emilia Cruz, cuando compró el reclinatorio (para el colegio de monjas); pero esa es otra historia.

Nos recomendaron hacer las ofertas por intermedio de un changador serio. Cuando mi prima supo que había uno que se llamaba Paradela, inmediatamente pensó que la suerte se lo deparaba y no quiso saber nada de otros, que parecían más capaces o dignos de confianza. Además supimos que a él le tocó abrir aquel ropero (salió fotografiado en todos los diarios), que traía en su interior, encerrado con llave, un niño enano dormido (y no recién nacido, como se podía suponer); queríamos oír la resabida historia de los propios labios de Paradela, aunque nos defraudara, ya que nuestra imaginación casi siempre es más truculenta que la realidad. La imaginación ¿será más truculenta que la realidad? Con el correr del tiempo me acomete la duda y aun

más cuando pienso en Paradela.

Durante todo un invierno y parte de un verano fuimos a la casa de remates en busca de una cama, de un taburete para el piano, de un biombo, de un armario, de sillas, de mesas de luz y de una cómoda con repisa de mármol verde. Mi prima sabía lo que quería, por eso mismo resultaba difícil la compra de los muebles, que siempre eran o un poquito o muy distintos de los que ella había soñado.

Cada vez que íbamos a la casa de remates conversábamos con Paradela. Conversar es un modo de decir. Después de contarnos la historia del armario, Juan Paradela, por lo general, nos decía cosas que no entendíamos, con una pronunciación rarísima y nosotras tratábamos de que repitiera aquello que de nuevo no entenderíamos. Mi prima sospechaba que era un espía. ¿De qué? Ella no sabía muy bien de qué, ni para qué, ni por qué. Un día, para perturbarlo, le preguntó bruscamente:

—Paradela, diga la verdad, ¿de qué nacionalidad es usted?

—Gallego —respondió escandalizado.

—Pero ¿en qué idioma habla?

—En castellano, hombre —contestó—. Estuve en colegio de curas cinco años.

—Vaya, pues, ahora comprendo —le dijo mi prima—. Nosotras no sabemos latín.

Su amor por los muebles parecía sincero. Acariciaba maderas como si fueran perros, espejos como arpas, brocados como cabelleras (con dedos transformados en hábiles dientes de peine), bronces como monedas de oro, caireles como frutas que cuelgan de un árbol.

Un día, a la hora de la siesta lo encontramos acostado sobre una cama con baldaquín. Nos pareció, al acercarnos, que olía a vino, pero era a naranja; las cáscaras amontonadas en un papel de diario, no muy lejos, nos revelaron con qué perfección había mondado y comido la fruta.

Paradela, pese a su postura, no dormía; contemplaba sonriendo, guiñando un ojo, el extravagante baldaquín de la cama. En puntillas nos acercamos. Advertimos que silbaba. Como si fuésemos unas cualquieras, no se levantó para saludarnos, lo que nos ofendió como una falta de respeto. Pensé: «Está borracho, sin duda». Se bajó el

sombrero sobre la cara. Murmuraba una palabra (a mí me pareció una palabra) en no sé qué idioma: «Vodí, vodí, vodí». La fatiga entrecortaba cada sílaba como si fuera la última que pronunciaría en la vida.

—Ves, ves —protestó mi prima—. No es gallego. Por lo menos quítese el sombrero, Paradela.

Aparentemente no la entendió.

—A quien no se hace respetar la toman por idiota —susurró mi prima.

Le quitó el sombrero. La cara de Paradela, de costumbre tan roja, apareció pálida, casi verde, en el paroxismo de la agonía. De vez en cuando, con esfuerzo, volvía a silbar.

—Este hombre se ríe de nosotras —exclamó mi prima.

Es una desconfiada, y le dije con fastidio:

—Se está muriendo.

—Qué va a morir ése —me respondió.

—Se está muriendo, te digo —insistí con énfasis.

—Qué va —dijo de nuevo para quedar con la última palabra. Pensaba que no todo el mundo tiene derecho a morir.

Felizmente un médico, que rondaba por la casa de remates en busca de libros, me dio la razón y pudo socorrer a Paradela; éste, en efecto, estaba agonizando. En la farmacia más cercana un comedido buscó aceite alcanforado, jeringa y aguja, y el médico le aplicó una inyección intramuscular. Todo fue penoso. Paradela no reaccionaba. Llamaron a la Asistencia Pública. Cuando lo sacaron de la cama para ponerlo en la camilla, reaccionó inesperadamente. El médico nos dijo que el peligro había pasado. Paradela se incorporó, se puso de pie, se sentó en un sillón, pidió un vaso de agua, no quiso acostarse de nuevo en la camilla y dejó que la ambulancia se fuera vacía.

Unos días después dijo a mi prima que le tenía reservada la cama donde había agonizado. El baldaquín era muy decorativo, ciertamente, y parecido al que en alguna oportunidad mi prima había descripto como su mayor ambición. Pero ella no quiso saber nada de esa cama. Se acordaba de la agonía de Paradela y declaró que nunca dormiría debajo de ese baldaquín, por valioso que fuese. Paradela nos explicó que la cama era muy conveniente, pues había pertenecido a un

príncipe ruso que no sólo durmió sino que murió en ella. También nos explicó que el príncipe tenía una gran fortuna y que murió arruinado, abandonado por su familia, en una casa de campo. Sólo el perro, que era inteligente como una persona, permaneció a su lado. Cuando el príncipe, en los últimos momentos dijo que tenía sed, el perro salió corriendo en busca de agua. El pobre moribundo, porque no quería quedar solo, silbó para que el animal volviera.

—Y usted ¿por qué agonizó en esa cama, quiere decirme? —preguntó mi prima.

—Son cosas del oficio —respondió Paradela sin mirarla.

—Son macanas.

—¿Macanas? —repitió Paradela—. Bueno, de todos modos, aunque sean macanas…

—No me hable de esa cama ni del príncipe ruso —dijo mi prima—. Es muy desagradable. Nunca dormiría en una cama donde alguien murió.

Paradela explicó que no le proponía la compra de la cama con esos fines, sino para que hiciera un negocio. Explicó que él la había comprado muy barata, para un cliente que le encargó la reventa a mejor precio. Mi prima la compraría muy barata también y él, Paradela, se encargaría de venderla a otro cliente a un alto precio.

—¿Y quién me asegura que lo que usted me dice es verdad? —exclamó mi prima.

—Mi palabra de caballero —dijo Paradela golpeándose el pecho con elegancia.

Estaba en ese momento debajo de una araña, cuyos caireles se entrechocaron con el envión que les dio al pasar el sombrero de Paradela. Me pareció que un perfume de agua de Colonia se derramaba en el aire o que salía del pañuelo o de su cabeza, pues el perfume que yo aspiraba no era el de mi prima ni el mío.

—¡Qué rico! —exclamé.

—¿Qué rico, qué? —inquirió mi prima, furiosa.

—Ese olor a agua de Colonia.

—Sueñas con tu olfato —me contestó.

—¿Qué agua de Colonia usa usted Paradela? —interrogué.

—Ajo —contestó mi prima.

—Palabra de caballero —repitió Paradela.

—¡Qué caballero ni caballero! —dijo mi prima y me susurró al oído —: Palabra de caballo.

Paradela era un *plato*, era un *corso*, pero no me reí porque me desagradan las groserías y me perturbó aquel perfume de agua de Colonia. ¿Por qué no confesarlo? Una vez más mi prima me pareció estúpida. Paradela sonrió; sin decir palabra, se perdió entre los altos armarios, recién llegados y polvorientos. Seguramente había oído la palabra *caballo*.

Una semana después encontramos a Paradela sentado en un taburete cantando *Che, papusa, oí*, con una voz típicamente argentina y hermosa. Tenía el sombrero ladeado. Sin advertir al principio lo insólito de la escena, mi prima dijo, burlándose como siempre:

—Hoy estamos de buen humor.

Pronunció la frase con acento gallego. Siempre que quiere imitar a alguien lo hace como la mona, pero estaba comiendo un caramelo y le salió bien por casualidad.

Nos acercamos un poco más, pues no podíamos creer que de la boca del changador saliera una voz tan idéntica a la de Gardel. Inmóviles y serias, al principio pensamos que el mismo Paradela o alguno de los visitantes de la casa de remates llevaba en el bolsillo o colgada del hombro, como si fuera una cámara fotográfica, una de esas pequeñas radios que dan la ilusión de que la música sale del estómago, del ombligo, de la manga o del dedo gordo de una persona. Miramos atentamente: nadie llevaba radio y la boca de Paradela se movía articulando claramente las palabras que cantaba. Nos pareció en ese instante hasta buen mozo. No sé si las inflexiones de una voz pueden transformar una cara. Nosotras le vimos cara de Gardel (a juzgar por las fotografías debía ser idéntico), esa cara de buen mozo argentino, que nada tiene que envidiar a los otros buenos mozos del mundo. Lástima que mi tío no estaba con nosotras. A él sí que le hubiera gustado. La canción duró un buen rato. Las circunstancias quisieron que pareciera más larga de lo que es en realidad. A mí me fascina oír los discos de Gardel, pero a mi prima (como a mi tío) la enloquecen: cuando oyó esa voz conmovedora, pensó que perdía el sentido:

Cuántas noches fatídicas de vicio,
tus ilusiones dulces de mujer…

Mi prima, verdaderamente perturbada, pensó que Paradela quería ofenderla de nuevo, pero advirtió que era absurda su desconfianza ante un hecho tan extraño.

Al terminar la canción, Paradela se levantó; apartó el taburete con el pie y le dijo a mi prima, señalándoselo con el índice:

—Aquí le encontré el taburete.

Mi prima, olvidando la voz de Gardel, lo miró y respondió con énfasis:

—Pero es un banquito de cocina. Es de pino vulgar y silvestre. Cómo voy a poner eso frente a un piano. Yo quería un taburete tipo Luis XV. No me veo tocando *Claro de luna* sentada en este taburete. Mi piano es de cola.

—Qué cola ni cola.

Paradela sacudió la cabeza y colocando la rodilla sobre el taburete, cantó de nuevo *Zorro gris*. Miramos la rodilla apoyada sobre el taburete: diríase que de ahí salían las palabras, pero por extraño que parezca (ya que menos extraño hubiera sido que cantara con la rodilla), de la boca de Paradela, salía la voz de Gardel. Bruscamente Paradela retiró la rodilla del taburete e interrumpió la canción.

—Lo felicito —le dijo mi prima.

—¿Por qué? —interrogó Paradela con cara incrédula, entornando un ojo.

—Por su canción. *Zorro gris* es mi tango predilecto.

Paradela juiciosamente encendió el cigarro que se le había apagado.

—¿No lo compra? —dijo señalando el taburete con la punta del pie.

—Si costara cuarenta pesos lo compraría para la cocina —contestó airadamente mi prima.

Paradela se alejó por aquella ciudad de armarios.

La noche siguiente, entre muebles heterogéneos y destartalados, pusieron en venta el taburete. Fuimos a la casa de remates porque nos interesaban algunos grabados que se remataban esa noche. Con sorpresa supimos (porque figuraba en un catálogo) que el taburete había pertenecido a Carlos Gardel cuando vivía en la calle Jean Jaurès.

El rematador hizo una biografía de Gardel. Las ofertas llegaron a cifras increíbles.

Con júbilo, Paradela mordía un cigarro, mirando a mi prima.

—Banco de cocina —susurró al pasar junto a ella, guiñándole un ojo.

Hablamos mucho con mi prima de esas canciones de Gardel, tan misteriosamente cantadas por Paradela. Tal vez no nos asombramos debidamente. Mi prima me dijo poco tiempo después:

—Quiero librarme de Paradela. Es un atrevido. Me arrincona contra los muebles.

—Pobre Paradela —exclamé—. Es un amor.

—Te prohíbo que lo llames así; lo odio y le tengo miedo. Sí, le tengo miedo. ¡Para qué le habré dado mi número de teléfono!

En efecto, mi prima le había dado su número de teléfono para que la llamara cuando tuviera muebles que podían convenirle. (En su casa, donde reinaba el piano de cola, había sólo una mesa, cuatro sillas, un colchón y un armario de pino.) Esta circunstancia resultaba molesta, porque siempre Paradela estaba cargoseando, por muebles que no interesaban.

Una tarde de diciembre la llamó para decirle que había una cómoda con repisa de mármol verde, idéntica a la que buscaba. Mi prima protestó; sin embargo, fuimos a ver el mueble. La cómoda era bellísima, no tanto por su forma, sino por la madera y por el color del mármol; además, el espejo ovalado reflejaba las imágenes un poquito alargadas, lo que encantó a mi prima, que quería ser un fideo. Durante una hora, mi prima dio vueltas alrededor de la cómoda, abrió todos los cajones, pidió a Paradela que quitara la repisa de mármol para ver si realmente pertenecía a la cómoda. Paradela pacientemente la secundó. Hasta le alcanzó una silla para que se sentara frente al espejo ovalado. Mi prima se humedeció el índice con saliva para pasarlo por el mármol; luego, peinándose (tiene la maldita costumbre de peinarse y meterse horquillas en la boca cuando habla con la gente), preguntó:

—¿De qué estilo es la cómoda?

—Luis Chinche —respondió Paradela.

—¿Luis qué? —interrogó mi prima.

—Luis Chinche —respondió Paradela.

—Su abuela —exclamó mi prima.

—¿No dijo que le gustaba? —protestó Paradela.

Mi prima lo miró con desconfianza. Paradela desapareció esta vez entre un amontonamiento de anaqueles y de biombos, luego se detuvo en un espacio que había entre los muebles, como si no nos viera, mirándonos. Mi prima lo llamó y se hizo el sordomudo.

Mi prima me preguntó:

—¿Dijo Luis Chinche porque la cómoda estará llena de chinches o porque le parezco muy chinche?

—Lo dijo porque es su modo de pronunciar.

—No lo creo —me contestó.

Mi prima buscó algo en el catálogo que llevaba entre sus manos; llamó a Paradela, y cuando éste se acercó le dijo:

—Soy présbita.

—Santa Lucía —exclamó Paradela.

—No veo de cerca —prosiguió mi prima—. ¿Podría decirme qué número es éste? —Con el índice le indicaba un número en el catálogo.

—Quince —pronunció Paradela correctamente, y agregó—: ¿Le interesa? Es un reclinatorio.

—No —respondió mi prima—. Me interesa la cómoda, siempre que no tenga chinches. ¿Me oye?

Paradela se puso de pie y acompañó a mi prima junto a la cómoda.

—¿Cuánto costará? ¿Mucho? —dijo mi prima.

—Las dos juntas podrían salir baratas —dijo Paradela.

—¿Qué dos juntas? —preguntó mi prima.

—La cómoda y la cama.

—La cama no la quiero, usted bien lo sabe. Aunque me la regale, no la quiero.

—Hace mal, señorita, de no quererla. No se pueden vender separadas: son un juego.

Insensiblemente, siguiendo a Paradela, mi prima se acercó a la cama.

—Es antigua y tiene unos elásticos magníficos, que no se encuentran en cualquier parte. Un colchón de gomapluma. Aquí durmió y murió un príncipe. Pruébela, señorita.

—Qué asco. ¿Acostarme? —musitó mi prima—. No me gustan ni los

príncipes ni las muertes.

—¿Qué tiene de malo?

Paradela, indignado, de un envión se echó sobre la cama. Más valiera que no lo hubiera hecho. Como la vez anterior, quedó desmayado y sólo volvió en sí para gritar: «Vodí, vodí, vodí» y silbar intempestivamente.

—¿Qué significa el silbido? —dijo mi prima.

—Son los bronquios —le dije.

—Es histérico —dijo mi prima—. Quiere imitar al príncipe. Mejor será dejarlo. No me gusta el modo de mirar que tiene.

—¿Y si muere? —le respondí horrorizada—. ¿Si realmente está muriendo?

—¿Acaso murió la otra vez?

Nos fuimos, pero arrepentidas, nos volvimos de la esquina para recibir la increíble noticia de que Paradela había muerto. Era muy querido. Un mundo de amigos lo rodeaba; entre ellos, el niño enano.

Nos arrodillamos y rezamos, pero al rezar tuve la sensación de que estábamos rezando no sólo por Paradela sino por el príncipe ruso y el perro y por Gardel y el *Zorro gris*.

Cuando sacaron a Paradela de la cama, para ponerlo en el furgón, mi prima dio un grito:

—¡Está vivo!

El público la miró como si hubiera dicho: «Es un sinvergüenza».

De nuevo lo llevaron en la camilla hasta el interior de la casa de remates. Mi prima sacó el espejo de su polvera y lo colocó junto a la boca del muerto. El espejo se empañó. Mi prima lo mostró al público. Alguien aplaudió, alguien imitó al que aplaudía. El contagio fue instantáneo. Todo el mundo aplaudió. Paradela abrió un ojo, después el otro, después los dos.

¿Cómo será resucitar? Paradela lo sabe, pero no lo comunica a nadie. Mi prima dice que es un mistificador; que detiene su pulso, la circulación de la sangre; que es ventrílocuo. Lo odia. Pero entonces yo, que lo amo, le pregunto:

—¿Por qué no trabaja en un teatro?

Y él me contesta:

—Siempre que sea con los muebles…

Nueve perros

Para A. B. C.

El primero estaba en un cuadro pintado al óleo, sobre la chimenea del comedor de la casa de campo, donde veraneaba en mi infancia. Mientras comíamos en una enorme mesa, con muchos comensales y fuentes, yo miraba de soslayo al perro, que era de caza con dibujos en la piel que se asemejaban a un mapa, y él me miraba de frente, como miran los perros. Recuerdo que estaba sentado al pie de un árbol sin follaje, en que se apoyaban la mochila, los rifles, las escopetas, las perdices y no sé si una liebre o varias, o si todas las perdices eran liebres. Yo también estaba sentada, casi a la cabecera de una mesa en forma de óvalo, cubierta con un mantel de Damasco, blanco, con rosas, mariposas o lirios. De buena gana hubiera cedido mi asiento y me hubiera sentado al pie del árbol. A ese perro pintado me unía el silencio. Ninguno de los dos hablábamos a la hora de las comidas; yo, por timidez, y él, no por ser perro sino por estar en un cuadro; así me parecía a mí. «Ayúdame a sobrevivir», tal vez le habría dicho interiormente, si hubiera sabido formular el sentimiento, porque siempre en mi infancia, en mi adolescencia y después, por bastante tiempo, sufrí de vivir: hasta que lo conocí a Ayax.

El segundo se llamaba Ayax. Me parecía hermoso, más hermoso que todos los otros, quizá por su altura, la belleza de su piel o la mirada, que era tan viva y tan noble. Me enseñó que no sólo el hecho de ser un perro, sino el de tener un perro, es trágico a veces. Me enseñó también a conocer, a apreciar la verdadera fidelidad. No era mío, pero eso no importaba, ya que en toda posesión hay remordimientos; fue mi

predilecto, pero ¿qué digo?, fue mi predilecto porque lo asocio a la llegada de la felicidad: este es el mayor motivo de gratitud que tengo. En mi recuerdo, la dicha va siempre acompañada de aquel perro, como San Roque del suyo.

Ayax era atigrado, con orejas chicas y frías. Sus ojos eran del color amarillento del agua de los estanques y, cuando se enfurecía, grises. Parado sobre las patas traseras, alcanzaba la altura de un hombre. Que fuera tan grande y que tuviera las orejas tan chicas y frías, me enternecía no sé por qué. Yo solía acariciarle las orejas y no el lomo o la frente, que su amo acariciaba mirándole los ojos con tanto entendimiento. Recostado parecía un tigre, sobre todo cuando apoyaba la mandíbula sobre el suelo, mordiendo ávidamente un hueso. Las primeras veces que lo vi más que simpatía, me inspiró miedo. Cuando advertí que era bueno, a pesar de su color, de su tamaño y de su ladrido, me sentía protegida por él, pero todo eso tardó en suceder, porque ni él se rendía a mi adulación, ni yo a su franqueza. Yo no podía prever que todo aquello que me inquietaba en él, alguna vez me infundiría tranquilidad, que las noches en el campo, el silencio, la soledad, los ruidos arcanos, la oscuridad total, gracias a Ayax, ya no me acecharían con amenazas. Ayax era el guardián, la sirena de alarma, el médico rural. Se me antojaba que tenía poder de apagar el fuego, ahuyentar la muerte o los malos espíritus. Durante un verano, cuando nos mudamos a la casa de campo que había pertenecido a una de nuestras abuelas, el piso alto se llenó por la noche de ruidos insólitos, que atribuimos al principio a comadrejas, gatos o ratones que corrían por el techo, hasta que apareció un sombrero sin dueño, que nadie reconocía. El sombrero era indudablemente de otra época. Lo mirábamos sin comprender, como los monos miran los objetos que inventan los hombres. Ayax nos miraba. Entonces supimos que la casa estaba habitada por fantasmas y que uno de ellos usaba sombrero. Nos alegramos, pero Ayax, siempre vigilante, creyó que los ruidos y los objetos misteriosos nos molestaban, destrozó el sombrero olvidado en la silla de mimbre, ladró a los pasos anónimos que poblaban el admirable silencio y ahuyentó a los fantasmas.

Ayax tardaba un buen rato en acomodarse en su cama. Daba vueltas en un círculo cerrado hasta que se acostaba. A veces las vacilaciones eran angustiosas; después de vueltas y vueltas, se detenía y miraba escandalizado algo en la cama, pero ese algo era un mínimo detalle, que nadie, salvo él, advertía.

Nunca ponderamos bastante la inteligencia de un animal querido, pues no podemos citar una frase que haya dicho o escrito memorablemente; para alabarlo contamos sólo con las manías o los gestos íntimos de cariño que tuvo y que van perdiendo fuerza con el tiempo, a medida que los borran de nuestro recuerdo tantas acumuladas frases orales y escritas de los seres humanos.

Cuando hablamos de un perro, nadie nos cree, y si nos creen, apenas nos escuchan, porque piensan: «Yo también tuve (o tengo) un perro», o bien, «Nunca me interesaron los perros».

No poder repetir algo que Ayax me dijo me parece ahora extraño, pero, ¿acaso hablar es tan importante? Un detalle de su biografía, que no omitiré, es que hubo en nuestra vida un *antes* y un *después* de Ayax y un *cuando* Ayax, el más feliz de todos. Esto me recuerda las palabras que cita Arthur Waley en la biografía del poeta chino Li Po: «Cuando avanzaban hacia el patíbulo, Li Su volvióse hacia su hijo y exclamó: "—Ah, si todavía estuviéramos en Shanghai, cazando liebres con nuestro perro castaño"». ¡Cuántas veces quisiéramos estar con aquel perro!

Ayax tenía un ladrido profundo: siempre gruñía antes de ladrar, como si dijera «Voy a ladrar». Para el común de los perros, su fidelidad era exagerada. Una vez casi se suicidó: creía que atacaban a su amo y se arrojó del piso alto de la casa para defenderlo.

Cuando me fui a vivir con él, no quise que durmiera en mi dormitorio, que era el cuarto donde él acostumbraba dormir. Advirtió que al llegar la noche yo no lo dejaba entrar en el cuarto. Usó de una estratagema que surtió durante unos días efecto; con prudente anticipación se acomodaba a la entrada del dormitorio, apoyando la cabeza contra la puerta abierta, de modo que no pudiera echarlo, ni cerrar la puerta. La primera vez intenté echarlo y gruñó. Con respeto me alejé. La segunda vez amenazó morderme. Durante un tiempo me resigné a su capricho, luego cerré la puerta todas las noches antes de

su llegada. Quedó perplejo y triste y no volvió a gruñirme.

Cuando su amo se iba de viaje, yo tenía que dormir teniéndole la pata, porque su llanto era tan lastimero que me veía obligada a consolarlo de ese modo. «No llore —yo le decía—, volverá muy pronto.» Nunca lo tuteé como a los otros perros. Le estrechaba la pata en mi mano, de igual modo hubiera estrechado una mano, hasta que se dormía, o que yo me dormía. Pero tal vez toda esa representación era un engaño y en lugar de ser yo quien lo tranquilizaba, él me tranquilizaba.

No le gustaban las playas: se le erizaba el pelo cuando caminaba en la arena. Con los años se volvió maniático. Después de comer, hipócritamente, como si hiciera una caricia, se limpiaba el hocico en los pantalones de cualquiera, salvo en los míos y en los de su amo, siempre que no estuviera distraído. Tomaba los remedios dócilmente, comía dulce de leche. Creíamos que le iba a gustar como a nosotros, algún día. Pero él no dudaba de sus gustos.

Una vez la perrera lo recogió en la calle y hubo que buscarlo hasta la calle San Pedrito; entre coches fúnebres y carros de basura que llevaban flores. La angustia de perderlo y la alegría de encontrarlo, fueron parejas.

Sus amores eran apasionados. No me parecía posible que un perro tan serio se volviera tan desconsiderado. Se escapaba de la casa, en busca de una hembra, cruzaba potreros, campos desiertos, arboledas, como si nunca fuera a volver, y si volvía lloraba toda la noche y todo el día. Se enamoró de Sombra, que fue su más grande amor. Sombra no valía nada. Lloró por ella muchas noches, sin dejarnos dormir. Tuvo hijos, casi mató a uno, a Sacastrú, cuando lo vio por primera vez en una estación.

Una piedra en el campo, donde murió, lleva su nombre. Cuando paso junto a esa piedra, siento ganas de persignarme o de ponerle flores.

El tercero, o más bien la tercera, se llamaba Sombra, era negra, tenía una oreja parada y otra caída, lo que le daba un aire apesadumbrado.

Seguramente la habían castigado mucho porque andaba siempre con la cola y la cabeza entre las patas, salvo cuando estaba en celo y se ponía desdeñosa y erguida, haciéndonos creer que era preciosa. Invariablemente, después de esos días, queríamos enderezarle la oreja doblada y le poníamos tela adhesiva.

El cuarto se llamaba Sacastrú. Atigrado, vicioso, triste y solitario, Sacastrú, con un imperceptible vaivén, pasaba horas debajo de un sauce, para que las ramas, que eran como cortinas, y su propio movimiento, le hicieran cosquillas. Nos reíamos de él: se me antojaba que era como reírme de un mudo o de un niño. No creo que fuera tan idiota como parecía. Sospechábamos que se hacía el idiota. Por otra parte, nadie se ocupó de educarlo. Alguien dijo que era hipócrita o rabioso. Juzgué la acusación injusta. Los hombres no soportan que un perro sea independiente. Dicen que está rabioso al verlo solo. Tres o cuatro veces por año, durante cinco días, tenía un amo, no se hacía la ilusión de tenerlo; entonces se alegraba un poco, vigilaba las puertas y salía de su inercia. Ese ilusorio amo, era un amigo nuestro que venía a visitarnos en el campo de vez en cuando y que no quería a Sacastrú, pero que se sentía un poco halagado y obligado por amabilidad a demostrarle algún cariño, permitiéndole dormir en el umbral de su puerta. Nada más.

El quinto se llamaba Lurón, Lurón de la Morlay. No tenía cola. Su pelo castaño era enrulado y suave. En una de sus orejas alguna vez puse un moño. Alguien me preguntó por qué lo disfrazaba. Me ruboricé y le quité el moño, pero le puse en el collar un cascabel. Era un perro de aguas, de circo de ciegos. A Ayax, al principio le desagradó la intromisión en nuestra casa, de otro perro que no fuera de su familia, de su estatura. «¿Qué hace aquí este enano sin cola, más incómodo que la arena y que duerme en mi dormitorio?», decían sus ojos. Trató de ignorarlo; luego, cuando lo consideró, le gustó menos aún. Sin embargo, se acostumbró a él y fue durante un tiempo su perro favorito y no el mío, como lo fue después. Lurón, en cambio, siempre lo admiró

y hasta puedo decir que lo imitó. No existieron rivalidades entre ellos: ni siquiera por un hueso, por una hembra o por una persona que acariciaba a uno de ellos más que al otro.
A Lurón le placía revolcarse sobre las osamentas, los excrementos y las basuras; fue su único defecto. Nunca perdió la costumbre, por bien bañado y peinado que estuviera y por grande que fuera su remordimiento. Después de esas transgresiones, el mundo lo repudiaba. Ningún perfume lo salvaba de la indeleble fetidez. Alguien lo torturó quemándole las orejas con cigarrillos encendidos, tal vez porque ensució una alfombra o un piso encerado. Nunca se descubrió al desalmado, aunque sospecho que fue alguien que lo llamaba «Preciosura» y lo acariciaba como si lo quisiera. Le dejó para siempre, donde los perros de juguete llevan el precio, una muesca en la oreja.

Era un gran nadador. Como a todos los perros de aguas, le gustaba el agua y era difícil retenerlo cuando veía un charco, una zanja, una laguna, un lago, un arroyo, el mar. Ahí olvidaba basuras, amor, hambre. Preso de un incontenible frenesí acuático, se tiraba al agua saltando sobre las olas si las había, nadando en contra de la corriente si la había. Con maestría sorteaba las dificultades que le regalaba el agua en las cascadas de Córdoba, en Mar de Plata, en las rompientes más bravas, en las lagunas entre los totorales y los patos salvajes. Ebrio de barro y de arena, olvidado de la tierra, salía del agua mirándola de reojo, lamiendo sus últimas gotas, lamentando dejarla, como si fuera su elemento.

Juntos bordeábamos zonas de milagro. Una noche asábamos castañas en las brasas. Lurón me secundaba. Como en un sueño mirábamos el fuego. Oíamos música. Era una de esas noches que no se olvidan. No hay motivos para que uno las recuerde, salvo la belleza que emana de ellas. Con un hierro yo movía las castañas y las daba vuelta; aparté o creí apartar una castaña y la tuve en mis manos, pasándola rápidamente de una mano a otra, hasta dejarla caer. Lurón la mordió, la dejó caer y la mordió de nuevo para dejarla caer. ¡Era una brasa!

Lurón aprendió a hacerse el muerto, a marchar, a bailar, a sacar los

sombreros a personas que estaban de pie, a arrastrarse por el suelo, a llevar los diarios o una canasta, a saltar por un aro. Con éxito hubiera trabajado en un circo.

Bastaba decirle: «Acordate de tus antepasados» para que redoblara su paso de baile. Sabía que esa era la prueba más importante de todas las que hacía, porque la gente sonreía y lo rodeaba sin hablarle. (Sabía distinguir la sonrisa burlona de la sonrisa de admiración.) A veces creo que lo aplaudieron, y aunque el sonido de los aplausos no le agradó, supo de algún modo lo que significaba tener éxito.

Recuerdo que Teresa Borra y Carmelo Soldano, con cierto escepticismo, querían que Lurón les obedeciera. En vano intentaban meterle el diario en la boca gritando: «Llévele *La Nación* a la señora», «Llévele el periódico a la señora», «Llévele esta cosita a la señora»; Lurón no obedecía.

—Teresa —yo protestaba, dirigiéndome a Soldano, esperando que él comprendiera—, tiene que tutearlo a Lurón y decirle: «Llévale el diario a la señora»; de otro modo el perro no entiende.

El diario ya estaba tan manoseado, que parecía un trapo. Y Teresa insistía:

—Llévele el diarito a la señora. Llévele esta cosita a la señora. —Lurón no se movía—. Lo que pasa es que el perro va cuando quiere. Pobre animal —regañaba Teresa.

—Animal es usted. —Soldano reía.

—Gracias —musitaba Teresa.

—No comprende que el perro no puede recordar tantas palabras: ¡*La Nación*, «el periódico», «esta cosita»! Usted lo confunde —explicaba en vano.

—Claro —exclamaba Soldano.

—Por eso digo que el perro no entiende. ¡Qué sabe si el diario es *La Nación* o *La Prensa*! Para él todo es lo mismo. Pobre animal —gritaba Teresa, con sus ojos apenados—. Hay que ver que no es una persona.

—Animal es usted —yo insistía.

Era distraído: siempre esperaba mi llegada, para demostrarme su alegría. A veces, cuando yo estaba desde hacía una hora en casa él oía un ruido en la calle, creía que yo iba a llegar de nuevo y delirando de alegría rasguñaba la puerta. ¡Alguien entraba; no era yo! Con un

profundo suspiro, se sentaba de nuevo a mis pies, para volver a esperarme.

Su obediencia, a veces tan extrema, era nociva. Cuando subía al automóvil, no tenía que moverse, y no se movía hasta que la palabra *hop* le permitiera salir de su sitio y de un salto, bajar del coche. Un día se acomodó debajo del asiento de tal modo que mirando dentro del coche no se lo veía. Cuando llegué a casa, después de hacer varias diligencias y abrí la puerta del coche, no lo vi a Lurón, vi sólo su ausencia en la carpeta de felpilla. Volví a salir. Volví a llamarlo. Fue entonces cuando Borges, para consolarme o para enfurecerme, me dijo: «Si lo encontraras, ¿estás segura de reconocerlo?» ¡Como todas las personas que no tienen perros, creía que todos los perros son iguales!

A los ocho años, Lurón enfermó y se volvió más inteligente aún e inventivo. Menos dependiente de las órdenes que le daban. No esperaba que le dijeran que hiciera pruebas; las hacía por su cuenta, e inventaba algunas, como abrir una puerta, o marchar reculando. Era un payaso, un buen actor cómico cuya sola apariencia hace reír. Que no tuviera cola lo ayudaba, pues cuando estaba contento, movía la parte trasera, en vez de mover la cola que le faltaba. Bailaba de pronto en medio de la calle, o sacaba el sombrero a alguien que pasaba. Lo operaron cinco veces en la Clínica de Animales Pequeños. Frente al veterinario bailaba porque sabía que su baile era irresistible y pensaba que tal vez lo salvaría de una operación, pero el veterinario, a pesar de reírse, lo llevaba a la mesa de operaciones y no lo salvaba de la operación ni lo salvó, llegada la hora, de la muerte.

La última vez que enfermó, me olvidé de él. Lo dejé en la sala de operaciones. Cuando volví a verlo, me sentí culpable; parecía un fantasma. Quizá no se pueda decir que un perro está pálido, demacrado: Lurón estaba pálido, demacrado.

«No tiene cura. ¿Quiere que le demos una inyección para que no sufra más?», me dijo el veterinario, con los ojos llenos de lágrimas. Ese

para que no sufra más, significaba la muerte, la muerte más amable que podía ofrecerle. Asentí. Le dio una inyección. Lurón quedó como un trapo, como una piel curtida, con los ojos brillantes, de vidrio. Los hombres que limpiaban las jaulas donde alojaban a los perros enfermos cavaron un foso debajo de un aromo, para enterrarlo; mientras yo lloraba, reían de verme llorar. Era primavera. Pensé que rodeada de ese aire festivo, la muerte resultaba más triste, pero sabía que me equivocaba: igualmente triste hubiera sido en verano, en otoño, en invierno.

Pocos días después, soñé que hablaba por teléfono con Lurón.

«No tendré otro perro», dije varias veces. Y durante un tiempo tuve algunos perros sabiendo que no iba a quererlos.

El sexto, Dragón, era un perro pila, el perro que usan de remedio en las provincias, para el asma, para los males del corazón, para el reumatismo. Chico, con la cara torcida, un ojo más alto que otro, con la piel hirviendo, pelada y rugosa, con dos hileras de dientes y expresión risueña. Nunca tuvo collar, ni cadena, ni cama; dormía en cualquier parte. Un día lo trajeron de Córdoba. Nadie lo quiso mucho, pero todos estábamos a punto de quererlo. Era el perro de cualquiera: la bolsa de agua caliente para los pies, el tacho de basura que se come los huesos y las hojas de lechuga. Su lugar favorito era la cocina, cuando el horno estaba encendido, y siempre temblaba de frío, a pesar de que su cuerpo ardiera como las brasas. Ni las chispas ni las llamas lo hacían retroceder. Cuando engordó como el tronco de un palo borracho y perdió la gracia tan ágil de su juventud, lo quisimos aún menos. Alegre, con ojos tristes, dando saltos, vivió perdido en la sombra. Desapareció. Ni siquiera murió.

El séptimo, Zepelín, era un lebrel barrigón, de color de café con leche, que corría más lentamente que cualquier perro. Era tan tonto, que un día, persiguiendo con otros perros una liebre, corrió junto a ella y la dejó atrás. Esta escena me pareció tan insólita que la referí en un cuento de uno de mis libros. Nadie lo quería y él no quería a nadie, o

bien todo el mundo lo quería y él quería a todo el mundo, según soplaba el viento. Seis perros lo ultimaron en una zanja. En otros tiempos, en otras tierras, lo hubieran coronado en honor a Diana.

El octavo, como el perro de Cornelio Agripa, se llamaba Señor. Era un perro en busca de su alma. Nadie lo maldijo, nadie le dijo «*Vete, animal falaz, plena causa de mi destrucción*», pero andaba perdido como si fuera culpable. Ciertamente no pensé en él cuando escribí mi soneto titulado «El perro de Cornelio Agripa»; más bien pensé en mi soneto cuando lo conocí a él. Un solo día lo quisimos, fue cuando creíamos que se había perdido y pasamos la noche llamándolo por todo el pueblo a gritos y muchos señores se asomaron a sus puertas para ver quién los llamaba.

El noveno, Constantino, era atigrado, con la cabeza casi negra. Resolví no quererlo demasiado aunque se pareciera, por la forma de las orejas y el color, a Ayax, pero mi resolución no se cumplió. Constantino era nictálope. En la oscuridad total, buscaba en mi dormitorio una pelota de tenis, con la que solía jugar, y la traía y se detenía implacablemente ante mi cama. Algunas veces tuve que levantarme, a medianoche, para que cesara su llanto. Casi dormida le tiraba la pelota. Sólo entonces quedaba satisfecho. Sospecho que era sádico, pues durante el día, esa misma pelota no le interesaba.

Practicaba un narcisismo al revés. Odiaba su propia imagen, le gruñía, trataba de morderla en los estanques y en los espejos y a veces hasta en la sombra.

Dormía en el cuarto contiguo al mío, sobre papeles limpios de diario, de modo que cuando se movía, daba la ilusión de estar leyendo el diario.

Le gustaba comer las patas de una mesa; en cuanto a sus propias patas, las limpiaba en el felpudo, antes de entrar en la casa, cuando llovía.

Constantino era miope como yo. Cuando paseábamos juntos, simultáneamente una suerte de estremecimiento nos atravesaba a los

dos: veíamos aparecer en los caminos, al mismo tiempo, un gato, un papel, un pájaro, cualquier cosa, que en un primer momento no distinguíamos bien, y que luego reconocíamos.

Grande y de apariencia feroz, era miedoso. Todo lo dejaba suponer. Cuando íbamos por la calle y yo veía venir a una persona con un perro de cualquier tamaño, gritaba: «Cuidado, porque este perro es muy malo». La otra persona cruzaba la calle o se alejaba, pensando que mi perro temblaba de furia. Temblaba de miedo. Después intuí que su temor provenía del miedo de inspirar miedo. Le repugnaba la violencia, salvo cuando corría las ovejas, que degollaba con satisfacción íntima, o los gatos: el odio, entonces, disipaba los temores.

Constantino no sólo era bondadoso, sino sensible, por eso a veces ponía cara de tonto aunque no lo fuera. Se sentaba junto al tocadiscos como para oír música de cerca. En una playa, tuvo una vez entre sus patas una gaviota herida, que aleteaba y que le hacía cosquillas en la nariz con las alas. Matarla hubiera sido natural para cualquier perro. No la mató; pero se sintió, desde aquel día, omnipotente, sobre todo en una playa, capaz de apresar cualquier ave en su vuelo, sin intención de matarla, sólo para jugar con ella.

Otra vez estábamos en el campo y nos alejamos de la casa; cuando oí la campana del almuerzo, grité que volvería en seguida para que no se alarmara mi familia; Constantino, al oírme, echó la cabeza hacia atrás, dio un aullido largo y desgarrador, como si hubiese sentido que me sucedía algo dramático.

Constantino parecía feroz pero era suave. La suerte y yo pretendimos vanamente modificar su carácter. Un día, a la entrada del Almacén Suizo, un señor corpulento y colorado, después de mirar con insistencia a Constantino, que temblaba frente a un perrito que parecía de juguete, sacó de su billetera una tarjeta que me tendió imperiosamente, después de preguntarme: «¿Qué edad tiene?» y al no recibir contestación prosiguió: «¿Perro suyo?»; sin esperar respuesta, seguro de sí mismo, entró a comprar algo en el almacén. Leí la tarjeta: «Hans Hundhaus, profesor de perros policiales, enseña pruebas clásicas de equilibrio, ataque a mano armada, salto mortal, defensa propia. Se ruega al amo, lleve su bozal reglamentario y collar de enseñanza. Echeverría 1590, Belgrano».

Esperé al profesor en la puerta del almacén, mirando dulces de frambuesa y los trámites que él hacía para comprar jamón. Con el paquete en la mano, se me acercó a la salida, seguro de su éxito y yo, dominada por impertérrita mirada.

—Entonces —exclamé, como continuando un diálogo interrumpido — enseña usted a los perros, señor Hundhaus.

—¿Interesa? —me contestó bruscamente.

—Mucho —le dije sintiendo que me imponía esa respuesta y que la providencia me lo enviaba. Con entusiasmo, mirando a Constantino, seguimos el diálogo telegráfico.

—¿Qué edad? —preguntó.

—Nueve meses.

—¿Nombre?

—Constantino.

—¿Constantino?

—Constantino Von Düseldorf.

—¿Enseñó algo?

—Sí.

—¿Qué enseñó?

—Dar la pata.

—Falderos da pata.

—Sentarse.

—Falderos también.

—Acostarse.

—¡Como traer pelota! Falderos.

—Chumbar.

—¿Qué es chumbar?

—Decirle chúmbale y que ladre.

—Ladrar, ¿nada más?

—¿Qué más?

—¿Cuando da orden?

—A veces.

—Más importante callar. Traiga Constantino, once mañana, planta baja. No olvide traer puesto bozal reglamentario y… o collar de enseñanza.

—Pero no sé si podré ir hasta su casa.

—Lo que haga perro, perro agradece.

—¿No hará sufrir?

—¿Yo sufrir animal?

—Me resulta difícil…

—¿Difícil?

—Difícil ir a Belgrano a esa hora.

—Nada difícil cuando quiere. Espero mañana y… o pasado mañana.

Al día siguiente, fui con Constantino a la calle Echeverría. La entrada de los departamentos tenía un largo corredor que aislaba un poco la planta baja del resto de la casa, que daba a un patio. La puerta estaba abierta. Con temor, miré. En un cuarto lúgubre, con largos cortinados alegres, que lo volvían más tétrico, vi muchas fotografías enmarcadas de perros en distintas posturas (algunos disfrazados de bandidos, de vigilantes o con una gorra marinera), y oí la voz del señor Hundhaus, que gritaba.

«Junto. Un. Dos. Un. Dos.» Y a veces, con una voz grave, como quien dice gol, *down*, y luego con voz de falsete, «hoy sta bien». «Hoy sta bien.» Toqué el timbre, pese a que la puerta estuviera abierta. El señor Hundhaus acudió con las manos apartadas del cuerpo, como si hubiere tocado en la cocina algo pringoso; las lenguas de los perros, pensé. Me hizo señas para que entrara. Sin saludar, o saludándome apenas, me dijo:

—¿Collar de enseñanza?

—¿Qué es eso? —pregunté, sin recordar las recomendaciones que figuraban en la tarjeta.

—Aquí tengo —dijo el señor Hundhaus, y me trajo un collar, que por su novedad me hizo exclamar:

—¡Qué bonito!

El collar era de metal y al cerrarse sobre el cuello del animal, que desobedecía indebidamente, clavaba las puntas implacables de sus eslabones.

—Nunca permitiré que mi perro sufra —le dije.

—No sufre, señora; sólo si desobedece. Póngaselo usted y verá.

—Preferiría no ponérselo nunca y que desobedezca —le dije, lo que hizo sonreír al señor Hundhaus.

—Mujer sentimental, gusta perro salvaje.

No me gusta que me llamen sentimental. Le puse el collar a Constantino. Así empezaron las lecciones, que no presencié.

Al cabo de dos meses, Constantino sabía atacar, saltar, arrastrarse por el suelo, defenderse, enfurecerse, cuando el señor Hundhaus se lo ordenaba. El último día el maestro hizo una demostración que me dejó maravillada. Ya me imaginaba asustando al mundo, nunca asustada, junto a un perro tan bravo y obediente como el mío.

Sin embargo, me permití hacerle un reparo al señor Hundhaus, cuando me enteré que para su enseñanza alquilaba a un hombre y lo disfrazaba con bolsas para hacer simulacros de ataque. Se supone que el hombre andrajoso era el asaltante, y el perro tenía que atacarlo.

—Pero, señor Hundhaus, ¿y si el asaltante está bien vestido? —le pregunté con énfasis—, ¿qué sucede?

—Asaltante no poner mejor traje para asaltar. Es lógico.

—Eso cree usted —le respondí—. Hoy día los asaltantes están bien vestidos.

—Constantino conoce mejor.

En casa Constantino no me obedeció. Protesté. Llamé por teléfono al señor Hundhaus para decirle: «Sus lecciones no sirvieron para nada», pero dije, con la intimidad que da la aflicción, «Hundhaus, ¿cómo hago?, no me obedece». Me contestó que yo no sabía dar órdenes y que fuera a su casa con tres terrones de azúcar para recibir las instrucciones. Entonces me acordé de Teresa Borra y de Carmelo Soldano, que tampoco sabían dar órdenes, porque eran soberbios, y fui humildemente a la casa de Hundhaus.

El señor Hundhaus, que parecía un general en camiseta, me esperaba en la puerta. Hacía calor ese día y se enjugaba la frente, ya lustrosa, dándole más brillo. En cuanto llegué, fatigada, me senté en un sillón y él me dijo, o más bien me ordenó: «De pie». No era a Constantino sino a mí que me hablaba y de muy mal modo. Vacilé. Me puse de pie y el señor Hundhaus comenzó a darme las instrucciones.

—Ponga mi voz. Cuerpo erguido. No. No levantar mano. Diga *down*. Tranquila. *Down*. Perro sabe si está nerviosa.

Me pareció, en un momento dado, que Constantino y Hundhaus se

reían de mí; sin embargo, Constantino dócilmente se arrastró por el suelo (pero mirando al señor Hundhaus). Después, como recompensa, tuve que darle azúcar.

Luego de nuevo:

—Ponga mi voz. Enérgica. Diga *Acuéstese* —ordenó Hundhaus.

Yo dócilmente dije a Constantino:

—Acuéstese —y a Hundhaus—: Usted me dijo que sólo los falderos aprenden a acostarse.

—Pero no de este modo —contestó arrebatado Hundhaus.

Durante un tiempo conseguí que algún amigo con voz parecida, o más parecida que la mía a la del señor Hundhaus, diera las órdenes a Constantino: pero fue una triste experiencia que no quise repetir.

Poco a poco, Constantino se fue adaptando a otro tipo de enseñanza. En realidad tuve que educarlo de nuevo, a mi modo. Conservé y utilicé, sin embargo, algunas de las palabras que Hundhaus empleaba: *Apporte*, para que el perro buscara algo; *hop*, para que saltara; *fass*, para que ladrara; *down*, para que se arrastrara; las demás palabras eran en castellano.

Cuando quise casar a Constantino, le conseguimos una perra que resultó ser su hermana; le pusimos de nombre Cleopatra. Constantino, al principio, creyó al verla que se estaba mirando en un espejo y la trató con aversión, y en ningún momento como un macho trata a una hembra. Nuestro jardín se llenó de perros enamorados de Cleopatra, pero Constantino los ignoraba, hasta que un día descubrió los secretos del sexo. Los hijos que nacieron de ese descubrimiento incestuoso fueron después, en el campo, el terror de las ovejas y de los terneros.

La alegría ocupó buena parte de nuestra vida en aquella época.

Muchas veces dormí teniendo la pata de Constantino, para serenarme y no para reconfortarlo, como lo hacía con Ayax. Si él me hubiera dicho algo me hubiera aconsejado «afrontar la noche, las tormentas, los accidentes, el ridículo, el hambre, los rechazos, como los árboles o los animales». O más bien, con las palabras del evangelio: «Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan».

Cuando me separé de Constantino para irme a Europa, lo dejé en el

campo, porque pensé que ahí sería más dichoso. Me equivoqué.

En París, un día, en una pequeña librería, vi una fotografía de un perro idéntico a él. El librero, tomando en su mano la fotografía, me dijo: «Hace un mes que mi perro murió. Sufrí tanto cuando murió, que tuve que cerrar la librería durante una semana». Citó unos versos en francés que no recuerdo. En ese instante, presentí que no volvería a ver a Constantino.

Cuando volví a Buenos Aires, a los cinco días, me avisaron que Constantino estaba muy enfermo. Acudí al campo a verlo. Era pleno invierno, lo encontré debajo de una mesa, sobre el piso de baldosa de un cuarto helado, muriendo. Me dijeron que había comido carne con estricnina destinada a los gatos, pero sospeché que lo habían envenenado adrede, pues un niño del lugar me decía incesantemente: «Murió de muerte natural».

Lo acomodé junto a la chimenea encendida. Durante toda la noche, dándole digitalina, traté de salvarlo. No podía moverse, pero trató de obedecerme hasta el último instante. Las últimas gotas de agua que bebió, las bebió porque se lo pedí. Al alba, como si hubiera mejorado y como si la luz del día con un silbido lo llamara, desde afuera, salió corriendo y cayó muerto. Lo enterramos y a cada palada de tierra que le echaban, el terrible niño salmodiaba, golpeando con un palo: «Murió de muerte natural. Murió de muerte natural».

Después, una noche, tuve un sueño que no olvido:

Constantino cantaba música clásica. Uno podía pedirle que cantara cualquier cosa: de sus orejas peludas y grandes, lo que me hacía dudar de su identidad, como de una caja de música, al parecer, salían los sonidos que no eran un canturreo cualquiera, sino el sonido de una orquesta con sus violines, clarinetes, trombones, pianos, arpas, violoncelos y fagotes. Creo que le oí cantar la cuarta sinfonía o una sonata de Brahms, pero me constaba que su memoria disponía de un vastísimo repertorio que no tuve tiempo de escuchar, porque mi sueño era breve. Divertida con la musicalidad mágica de mi perro, andaba por las calles. Un desconocido se me acercó. Quise revelarle el prodigio.

—Canta de memoria cualquier cosa que uno le pide —le dije—. Pídale que cante lo que usted quiera.

—La quinta sonata de Scriabin —preanunció frívolamente.

Susurré al oído de Constantino que cante la «Quinta sonata de Scriabin». La cantaría como siempre, pensé, débilmente, pero afinadamente. El desconocido protestó, no oía nada.

—Tiene que escucharlo pegado a su oreja —le dije.

Venciendo su apatía el desconocido se arrodilló, pegó su oreja incrédula a la oreja de Constantino.

—Tiene razón —respondió, escuchando; luego, poniéndose de pie, exclamó—: pero, ¡se oye tan poquito!

Keif

A Marta.

Keif era misterioso. Conservo una fotografía de cuando era muy joven. Sus párpados entrecerrados dejaban ver la intermitente ferocidad amarilla de sus ojos. Cuando me miraba me daba miedo. Lo conocí una tarde de enero cuando fui por primera vez a la casa de Fedora a comprar un grabador alemán que vi anunciado en un diario. Llegué y encontré la puerta abierta. En los balnearios, la gente deja sus casas abiertas. Sin golpear las manos ni dar el desusado grito «Ave María», que mi tatarabuela daba y que yo solía dar con voz de vieja, para reírme un poco, entré en la casa. Al pie de la escalera vi sentado a Keif. Tuve un momento de terror, pensando que el terror podía costarme caro. ¿Acaso los perros no se enfurecen cuando uno se asusta? Keif no se movió, cruzó una pata sobre la otra, espantó una mosca con la cola. Quedé inmóvil en el umbral de la puerta, temiendo que cualquier otro movimiento que yo hiciera para entrar o salir me costara la vida. En el silencio todo se volvió más irreal. Pensé que estaba soñando o que habían puesto en el diario una dirección equivocada. Al cabo de algunos minutos oí el ruido de unos pasos y arriba de la escalera vi a una mujer que se asomó con su perfume a barniz y a cosméticos.

—¿Qué desea? —susurró como si revelara un secreto.

—¿Está la señorita Fedora Brown?

—Soy yo. ¿Viene por el aviso?

—Vine a ver el grabador.

—Suba —me dijo—. No tenga miedo —agregó, bajando las escaleras —. Keif no le hará nada.

Al decir estas palabras se inclinó y tomó la cadena que estaba

enganchada al collar de Keif.

—Me obedece —dijo Fedora.

Con el pie separó las patas de Keif e imperiosamente le ordenó que se levantara. Subimos las escaleras.

—Sígame. En mi cuarto está el grabador.

Entramos en el dormitorio desde cuya ventana se divisaba el mar.

—Aquí está —me dijo, mostrándome una valija gris—. Es lo único que traje de mi último viaje. Esta valija y Keif.

—¿No le tiene miedo?

—¿Miedo? —interrogó—. Es más manso que un perro amaestrado.

—¿Come mucho?

—Muchísimo. Como una bestia. Verlo comer me indigesta.

Keif la miraba mientras hablaba, sin quitarle los ojos de encima. De vez en cuando ella murmuraba «Keif quédese quieto», aunque el tigre no se moviera.

—¿Keif? ¿Por qué le puso Keif? —inquirí.

—Keif en árabe quiere decir «saborear la existencia animal sin las molestias de la conversación, sin los desagrados de la memoria ni la vanidad del pensamiento». Le queda bien ¿verdad?

—No podría llamarse de otro modo —le contesté con énfasis.

—Enseñarle a obedecer me da satisfacción. Si yo fuera más joven trabajaría con él en un circo.

—Pero ¿acaso usted no es joven?

—Nunca uno es bastante joven. A los cuatro años, tal vez, pero ¡de qué sirve! —Mirando a Keif agregó en voz baja—: Creo que lo hipnotizo con la mirada.

—¿Y si él la hipnotizara?

—¿Si él me hipnotizara? Nunca pensé que pudiera suceder.

Quedamos un momento sin decir nada. Para interrumpir el silencio, pregunté:

—¿Tiene otras cosas en venta?

—Sí. Por ejemplo: un anillo de brillantes, una pulsera de esmeraldas, mis abrigos de piel, un cuadro de Renoir y este grabador. No lo hago por necesidad, lo hago porque me gustan los cambios. En vez del brillante, compraré un zafiro; en vez de los abrigos de visón, un abrigo de marta; en vez de las esmeraldas, rubíes; en vez del Renoir, un

Picasso; en vez del grabador, una cámara fotográfica. La fortuna, por mucho que se tenga, no es infinita. En cuanto me aburren las cosas las vendo y como son siempre buenas, me las compran bien. Desde chiquita soy así. ¿Quiere probar el grabador? Tengo una cinta grabada.

Abrió la tapa del grabador, movió los diales y se oyó un rugido, después otro. Me dijo extasiada:

—Es Keif. ¿Lo reconoce?

Luego se oyó una voz destemplada.

—Soy yo —musitó—, hablándole a Keif. ¿Quiere grabar algo?

Grabé unos monosílabos mientras observaba el manejo del grabador, que decidí comprar.

Nos quedamos conversando un rato, mirando el mar y un velero a lo lejos. Fedora me dijo que era independiente, pero que por culpa de Keif después del último viaje había perdido su independencia.

—Todo nos ata —me dijo—. Cuando menos pensamos estamos esclavizados.

Me había olvidado de la presencia de Keif. Las ventanas estaban de par en par abiertas.

—I don't know what to do with him —me dijo Fedora, mirando de soslayo a Keif, como si quisiera que no la entendiera—. I care so much for him, but I can't keep him always with me. He is a nuisance. In the Zoo they want to buy him for a lot of money.

—And why don't you? —contesté en mi mal inglés.

—I can not. I simply can not do it.

La desmedida aflicción de su respuesta me conmovió. Al despedirme me acerqué tal vez demasiado y retrocedió.

—He is jealous —me dijo.

Sin discutir el precio pagué lo que me pidió por el grabador, tomé la valijita y bajé las escaleras prometiendo a Fedora que volvería a visitarla.

Como no había aprendido detalladamente el manejo del grabador, muy pronto fui de nuevo a ver a Fedora para que me lo explicara. Estaba echada sobre una estera, frente a la ventana, al sol, casi desnuda. A sus pies Keif dormía como embalsamado. Delacroix hubiera pintado bien ese cuadro exótico. Después de darme las explicaciones que yo reclamaba, Fedora me dijo:

—Estoy resuelta a cambiar de vida. Estoy harta de ésta.

—¿Va a entrar de monja?

—No. Me voy a ir de esta vida.

—¿Cree en la transmigración de las almas? —le pregunté sonriendo.

—Naturalmente —respondió.

—¿Y cómo vas a hacer? —le dije, tuteándola por primera vez—. Es tan difícil cambiar de vida como de cuerpo.

—Me voy a suicidar.

—¿Te vas a suicidar?

—No. No es nada trágico; voy a suicidarme de un modo agradable —contestó.

—¿Y hay modos agradables de suicidarse?

—Tal vez. Cualquier cosa desagradable se puede hacer de un modo agradable —arguyó—, pero no acepto la idea de que un acto agradable pueda volverse desagradable en un momento dado. Adoro el mar; siempre que me baño quisiera quedarme en el agua más tiempo del que me quedo: quedarme hasta morir. Eso es lo que voy a hacer: dejarme morir en el deleite del agua. En una hermosa mañana, al alba, entraré en el mar como cualquier otro día; sentiré la efervescencia del agua en mi piel. No, no sería un suicidio trágico como el de Alfonsina Storni en Mar del Plata, ni patético como el de Virginia Woolf en no sé qué río de Inglaterra. Seguiré bañándome hasta el mediodía, hasta la caída de la tarde. Sobrevendrá luego el crepúsculo y la noche, y volverá la aurora y la mañana siguiente, y el mediodía y el crepúsculo y la noche y la subsiguiente aurora; y yo sentiré el cambio de las temperaturas y veré los colores del agua, conviviré con las algas, con la espuma, con el rocío, hasta el fin, cuando desvanecida, indefensa, me disuelva como un terrón de azúcar o me llene de agua como una esponja. Entonces mi alma vagando blandamente buscará un cuerpo para vivir de nuevo. Lo encontrará en un niño o en un animal recién nacido, o aprovechará el desvanecimiento de un ser para entrar por el intersticio que deja en el cuerpo la pérdida de conocimiento. Me dejaré morir de un modo agradable. Y después vendrá lo más divertido de todo: otra vida. ¿Comprendes?

—Comprendo —musité—. Pero creo que nadie es capaz de hacer una cosa así. ¿Estás harta de la vida?

—Tengo todo lo que se puede pedir en el mundo, hasta un pedacito de playa, que es mío.

—Nadie es capaz de dejarse morir en el agua de ese modo —protesté.

—Yo soy capaz —me dijo.

Me reí. Sin hacer caso, prosiguió:

—¿Te ocuparías de Keif? Es lo único que me inquieta: abandonar a Keif en este mundo, me parece cobarde. Te dejaría dinero para los gastos de su alimentación. Haría mi testamento. Tal vez te dejaría todo lo que tengo.

Pensé: «¿Esto es recibir una herencia? Nunca hubiera soñado una situación tan extraña».

—¿Aceptas? —me dijo Fedora, encendiendo un cigarrillo—. Te dejo todos mis bienes y ni siquiera te pido que lleves luto. ¿Aceptas? —repitió.

—Acepto, si eso te da placer —le dije, sintiéndome culpable.

¿Acaso era una broma? Aceptando su proposición ¿yo la instigaba a cometer el suicidio? Me dejé caer de rodillas sobre la estera, a su lado.

—Basta de bromas, Fedora. Parecen tan serias las locuras que dices, que tengo la tentación de creerte.

—Créeme —dijo Fedora, pero su ademán parecía contradecir sus palabras.

Apagó el cigarrillo, lo dejó en el cenicero, se alisó frívolamente el pelo, se pintó la boca sin mirarse en un espejo, arqueando la boca entreabierta, se echó boca abajo sobre la estera para tomar sol.

—En mi próxima reencarnación seré tal vez una amazona. Ningún Teseo ni Aquiles me vencerá.

—¿Irás entonces en busca del pasado? —le dije en broma.

—Una amazona de circo —prosiguió—, o domadora; tal vez prefiera esto último. Es mi vocación. Saludaré al público después de poner mi cabeza dentro de la boca de un león. Pienso siempre en las diferencias que habrá entre ésta y la otra vida. ¡Es tan entretenido!

¡Cuántas veces caminamos con Fedora por la orilla del mar siguiendo los diseños que dejaba la espuma sobre la arena! Pasé unos días sin verla. No sabía cuándo hablaba en broma y cuándo hablaba en serio, de modo que la amenaza del suicidio no me preocupaba

mayormente. Acerca de las divagaciones sobre la transmigración del alma sólo pensé que se debían al libro de las *Metamorfosis* de Ovidio, que alguien le regaló para su cumpleaños. Comencé a inquietarme por su suerte; comencé también a extrañarla. Había notado algo insólito en su conducta: cuando salía de su casa se despedía de Keif diciéndole: «¿Volveré a verte, amor mío? ¿Qué harás sin mí en este mundo, mi ángel?», mirándolo en el fondo de los ojos.

Así es la amistad: uno vive toda una vida sin ver a una persona y de pronto esa persona es lo único que cuenta en la vida. Fui a visitar a Fedora una mañana calurosa, al alba. Me había dicho que siempre, al alba, cuando hacía calor, bajaba a bañarse. Le prometí sorprenderla en su mentira. Sabía que era dormilona. Hicimos un pacto: en días de calor, si yo me despertaba antes que ella, iría a despertarla para acompañarla a la playa; en cambio, si ella se despertaba antes, vendría a buscarme. Se me acababan las vacaciones y pensaba que no podría visitarla a otras horas, pues como buena holgazana, Fedora no tenía nunca tiempo para nada. Aproveché la hora insólita del alba; llegué cautelosamente; llamé a la puerta. Nadie me abrió. Noté que la puerta no estaba cerrada con llave. En cuanto abrí la puerta, velozmente Keif salió de la casa. Yo entré. Subí la escalera corriendo. No había nadie. Me asomé a la ventana por donde se divisaba el pedacito de playa que pertenecía a Fedora. En la luz espectral del alba vi recortado el cuerpo de Keif, que se deslizaba como un enorme perro perdido. En la orilla del agua se detuvo, husmeando el agua, retrocediendo y avanzando con el movimiento de las olas, hasta que se acostó y quedó chato como la arena. No se me ocurrió pensar que Fedora podía cumplir con su descabellado propósito, hasta que vi sobre su mesa un sobre lacrado a mi nombre con la palabra testamento. Bajé a la playa. Pero ¿dónde estaba la inmensa ola de mi sueño recurrente que me cubriría, ese sueño que me había perseguido desde la infancia? No. No era un sueño. ¿En qué se diferenciaba el sueño de la realidad? En la duración, en el olor. Keif olía a fiera. Eran las cinco de la mañana. Yo llevaba entre mis manos la cadena fría y el collar un poquito oxidado. Durante horas los dos juntos, Keif y yo, miramos el agua rosada del amanecer, que traería después el cadáver rutilante de Fedora. Al verlo, pensé: «No debo desvanecerme. Tengo frío, tiemblo». Perdí el conocimiento.

A nadie le extrañó que Fedora hubiera muerto ahogada. Sólo a mí. Era una nadadora imprudente. A nadie le extrañó su testamento. Sólo a mí. No tenía parientes y era excéntrica.

Sin mayores complicaciones, salvo las que significaba Keif, me instalé en la casa de Fedora, ante el asombro de mi familia, que me acusó de rebeldía, de imprudencia, de falta de dignidad. Frecuenté a sus amigos (esas amistades hechas de despedidas, que uno tiene siempre en los balnearios): me revelaron secretos de la muerta. Contemplé su álbum de fotografías que era como una pequeña historia ilustrada de su vida; dormí en su cama, leí a la luz de la misma lámpara, que iluminaba su libro. Me miré en su espejo, usé su perfume, me peiné con sus peines, vi el paisaje desde su ventana, bajo la luna, bajo el sol de todas las horas del día. Cambié de carácter. En ciertas oportunidades, algunas personas me dijeron frases inquietantes como estas: «De lejos te pareces a Fedora», o bien «Dijiste esas palabras como las decía Fedora». Pensé que Fedora se había apoderado de mí al morir.

Mi vida transcurrió con una apacible felicidad frente al mar, como la de Fedora junto a Keif. Tuve dificultades que había previsto: el jardinero no quería venir a trabajar; decía que la mitad de lo que yo gastaba en alimentar a Keif podría alimentar a todos sus hijos: no toleraba esas injusticias. Mi sirvienta también se fue, porque quería que le subiera el sueldo de acuerdo con lo que yo gastaba en el mantenimiento de Keif. Keif lentamente se acostumbró a mí. A veces parecía esperar a Fedora.

Pasé cuatro años de una vida agradable, aunque mi familia tratara con sus cartas de amargarme la existencia. ¿Cómo describir una vida sin tiempo como fue aquélla? Mis horas holgazanas pasadas de esplendor en esplendor. Sólo recuerdo de esos días paisajes, luces, fragancias, sabores, músicas. Mi única preocupación era sentir que me había transformado en Fedora. Con horror de pronto pensaba en mi imprudente desvanecimiento a orillas del mar cuando vi a Fedora ahogada. Pregunté a la gente que me había socorrido si algo insólito había sucedido en aquel momento e interrogué al médico que llamaron. De nada servía. Sin embargo, permanecí impasible como si viera desde afuera los motivos de mi inquietud.

Un día a las cinco de la tarde golpeó a la puerta un hombre con su familia. Tenían que hablar conmigo. El hombre era alto, enjuto y de pelo rojo. La mujer de mediana estatura era tan delgada que aunque estuviera de frente parecía siempre de perfil. Traían una niña de cuatro años vestida con un pantalón rojo, ajustado, y una camiseta celeste. Los hice pasar al cuarto de Fedora. Les dije:

—No se asusten.

—Keif no hace nada —balbuceó la niña.

¿Habría oído mal? Me pregunté de dónde podía conocer ese nombre. Me pareció que había dicho Keif. No era gente del lugar ni habían tenido oportunidad de ver a Keif.

La familia sonrió, como de común acuerdo, y la niñita inmediatamente quiso montar sobre el lomo de Keif. Los padres, lejos de oponerse a ello, la instaban para que volviera a hacer lo mismo en cuanto bajaba. Lo más extraño de todo fue la simpatía que demostraba tener Keif por la niña.

Con algunas vacilaciones, el hombre me dijo:

—Somos del circo Amazonia. Venimos a pedirle que nos venda esta fiera. —Y señalando con la mano a la niñita, agregó—: Queremos que sea domadora: lo tiene en la sangre. Le gustan también los caballos; podría ser una célebre amazona, pero hay muchas en nuestra compañía. Con nuestro permiso ya puso una vez la cabeza en la boca de un león. Hizo otros ejercicios no menos peligrosos. Trajo mucho público de las afueras a nuestro circo. El enano de Costa Rica la presentaba.

—Pero ella clama por un tigre —interrumpió la mujer—. Le pagaremos lo que usted nos pida.

La niña se había abrazado al pescuezo de Keif y me miraba con ojos de súplica. Accedí.

Carl Herst

Carl Herst tenía la cara muy ancha, los pómulos y las mandíbulas salientes, los ojos hundidos. Mi hermano quiso comprarle un perro. Vivía en Olivos y fuimos en busca del perro. Cuando llegamos a la casa, Carl Herst en persona nos abrió la puerta. Nos hizo pasar directamente a su escritorio. Allí nos sentamos y bebimos cerveza helada; nos habló largamente del criadero, del trabajo que le daba, del pedigree de los animales y de la importancia de la alimentación.

Fue al fondo del jardín en busca de Fulo (así se llamaba el perro que tenía disponible para vender a mi hermano) y nosotros nos quedamos mirando el cuarto. En las paredes había fotografías en sus marcos dorados, todas de perros; sobre las mesas los portarretratos llevaban fotografías de perros pelados, peludos, en grupos, solos, enanos, altísimos, largos como salchichas, ñatos como la cara de la luna, madres e hijos, hermanos, de todas las edades. En un álbum entreabierto vislumbré colecciones de instantáneas también de perros en el campo, en la ciudad, corriendo, sentados, acostados. Cuando Carl Herst llegó con Fulo, mi hermano y yo estábamos riendo, pronto dejé de reír porque el animal me dio miedo. Tenía una mandíbula enorme y unos ojos redondos y fríos.

—¿Es malo? —pregunté.

—Es buenísimo —me respondió Herst— y fiel.

Después de discutir el precio mi hermano resolvió que volveríamos al día siguiente.

Al día siguiente no había nadie en la casa cuando llegamos, pero una vecina nos dijo que el señor le había dicho de hacernos pasar hasta el fondo del jardín si queríamos llevarnos el perro. Pasamos al fondo del jardín donde había un alambre tejido y dentro del perímetro del alambre tejido una casilla grande y bien cuidada, de madera. Temblando seguí a mi hermano. Entramos por una puertita de hierro

despintada. Los perros nos miraron amistosamente y Fulo vino corriendo. Después se metió en la casilla. Mi hermano entró en la casilla para buscarlo; yo espié desde afuera. En las paredes del interior, que estaban pintadas de blanco, vi un cuadro colgado. Miré atentamente: era una fotografía de Carl Herst.

En las paredes había platos colgados con inscripciones como estas: «¿Qué perro es como un amigo?», «Ama a los hombres, cuídalos, son parte de tu alma», «Tengo un amigo, qué importa el resto», «Cuando te sientas solo no busques otro perro», «El hombre no traiciona, el perro sí», «Un hombre nunca miente».

APÉNDICE

Fidelidad
[Primera versión publicada]

Nadie oyó los diálogos ni vio las miradas que les sirvieron de vínculo. Nadie sabía que eran amigos. Nadie sabía que año tras año se daban cita a mediados de la primavera en la glorieta silvestre de las barrancas del río, y que estas entrevistas duraban hasta el fin de otoño y que año tras año, como sucede en los cuentos y en la vida real, habían hablado de las mismas cosas íntimas e interminables. No faltaban jamás a las citas: él acudía con un sombrero de paja sucio, cuyas alas pintaban sombras en su cara ovalada; ella, con un reflejo alado en sus antenas y en sus ojos parpadeantes. Él le acariciaba las alas; ella protestaba con un zumbido tenue. No sé bien de qué hablaban, pero me aventuro a suponerlo: él, de un anzuelo con carne cruda, en la punta del hilo de la caña de pescar; ella, de un hormiguero importante con túneles y edificaciones sólidas, que la atraían y la asustaban, y de una estatua laberíntica de terracota; él, de un hidroavión y del avión de chorro; ella, de las semillas que hay en la basura; él, de las mendigas iluminadas por el sol de enero que dormían debajo de los puentes envueltas en papel de diario; ella, de los gusanos, de las almendras, de las flores violetas de los paraísos, del estiércol dorado; él, de los zafiros, de las esmeraldas, de los rubíes del reloj. La muerte no los separaba. La muerte no interrumpía el coloquio inalterable de sus voces. Sin embargo, el tiempo pasaba; suele pasar a veces.

—No me querés bastante. El perro o el gato me quieren más —él le decía—. A veces tengo que esperarte y me pongo tan nervioso que me como las uñas.

—*¿Qué es querer?* —ella preguntaba.

—Querer es siempre algo diferente —él respondía.

—*¿Qué sabor tiene? ¿Qué costumbres?*

—Sabe a miel, a lluvia, a polvo, a barro cuando llueve. Sus costumbres son múltiples, tan maravillosas como horribles a veces.

—*¿De qué te servirá?*

—De nada.

—*¿Para qué querés que te quiera, entonces?*

—Para que podamos hablar.

—*¿No hablamos?*

—No hacemos otra cosa.

—*¿Entonces, te quiero?*

—Me querés, sin duda me querés.

—*¿Más que el perro y el gato?*

—Más que el perro y el gato.

Cuando llegaban a proferir estas últimas frases, la noche invariablemente caía y el sueño los tumbaba en sus lechos separados. A veces soñaban uno con el otro. No soñaban con otras cosas. El sueño no los separaba; tampoco los separaba la muerte, ni el trabajo, ni las distracciones, ni la crueldad, ni la familia. Sin embargo, el tiempo pasaba, y como suele acontecer pasaba junto a la felicidad, rozándola, carcomiéndola como si nunca hubiera existido. El sombrero de paja, cada vez más sucio, amarillento como las hojas encendidas de una fogata, se rompía; la glorieta se resquebrajaba en sucesivas tormentas. El héroe de esta historia de amor cambió de vestiduras, de edad y de costumbres; casi podría decirse, de cuerpo. La ingratitud no es necesariamente pura. Se aburría: buscaba algo más nuevo, más humano.

Distraído, adulto, ya borracho antes de emborracharse, acudía al teatro y acariciaba con las puntas de los dedos y de las miradas las alas de la amada ausente, convertidas en otras alas, los ojos convertidos en otros ojos. ¿Se trataba de un ángel? Una descripción minuciosa podría ayudarnos tal vez a descubrirlo. Unos pequeños espejitos, en forma de rombos o de triángulos, pegados a un tul azul eléctrico, relumbraban en las noches; sobre capas sucesivas de tul se hallaba un corselete verdoso, de terciopelo, cuya suavidad se asemejaba a los pétalos de las rosas; un acerado relámpago de lentejuelas cubría el cuello y la parte

posterior de la falda; tres plumitas repetidas al infinito irisaban el contorno del ruedo de esa falda que se plegaba y se desplegaba al viento, como dentro del agua las aletas de algunos peces, o algunas plumas de la cola en abanico del pavo real. Se trataba del vestido de una mujer, y como ese vestido revestía un cuerpo, creía que se había enamorado del cuerpo.

Todo el mundo oyó las palabras que se decían (ni la infancia mantiene secretos inviolados). A veces se demoraban en los zaguanes, para besarse; en los corredores, en los ascensores, para ocultar los proyectos susurrados al oído. Todo el mundo sabía que eran amantes y que se encerraban en los cuartos de una casa amarilla, con las persianas cerradas.

—No me amas bastante —él le decía—. A veces tengo que esperarte. No compartes mi ansiedad.

—*¿Qué es amar?*

—No me lo preguntes. El mundo está lleno de trampas. Amar es sufrir, pero ser feliz.

—*¿Para qué quieres que te ame si amar es sufrir y la felicidad es ilusoria?*

—Para que nos abracemos.

—*¿No estamos abrazados?*

—Sí.

—*Entonces, te amo.*

A veces el tiempo se detiene y respeta los objetos hermosos y los conserva en sus vitrinas o fanales. Esta vez no se detuvo. El vestido se ensució, se rompió; ya no brillaba en la noche. Por culpa del vestido él la abandonó. ¿Dónde estaban sus alas, sus espejitos? Acudió a la glorieta de nuevo, a la glorieta que no era ya una glorieta.

—*¿Por qué me olvidaste?* —ella, que ya no era ella, le reprochó.

—Nunca te olvidé. Amé tu recuerdo en un vestido —dijo él con la voz cada vez más parecida a la voz de ella, esa voz preciada de insecto que seguiría buscando a través de innumerables transmutaciones.

[Sobre algunos cuentos de *Los días de la noche*]

¿«Amada en el amado»?

La primera idea que tuve al escribir este cuento es que el amor puede transformar a dos seres en uno solo. La segunda idea, que en vez de idea podría llamarse obsesión, es que hay, llamémoslos así, precipicios en vez de resquicios para la soledad, aun para los amantes que se aman ardientemente, porque la ilusión que tiene el ser que ama de penetrar en el ser amado hasta formar uno solo dura el tiempo de un relámpago. Sin embargo, ese relámpago podría durar toda la vida si hay bastante inteligencia y pasión para sostener su resplandor. Podría durar un instante si los protagonistas de esta historia no estuvieran iluminados por el fuego interior:

Con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del dolor y de la muerte.

No sé si estoy citando correctamente estos versos de Rubén Darío que recuerdo así.

En «Cartas confidenciales», le pregunto a Tomi o Toni por qué no nos da su versión de la historia.

Tal vez esta pregunta podría inspirarme otro relato tomado desde el punto de vista de Tomi. Pero hay un inconveniente: he escrito ya otro relato, «El castigo», cuyo personaje vive el tiempo al revés, vale decir, que nace viejo y va poniéndose joven hasta nacer, de modo que el momento prenatal lo conduce a la desaparición total del ser, vale decir, a la muerte. Es cierto que todo sucede en el transcurso de un

diálogo, y que esto lo diferencia de lo que podría ser este posible relato. André Gide dijo, en una admirable página, que el hombre nace viejo, cubierto de arrugas y de defectos; a medida que vive van desapareciendo las arrugas y los defectos. No tuve en cuenta este pensamiento al escribir mi relato. Si volviera a escribirlo, probablemente le agregaría el epígrafe correspondiente.

Del cuento «Ana Valerga», le pregunto a Mochito: ¿Tuviste mucho miedo? ¿Por qué?

«Tuve mucho miedo de la flecha del indio, pero más de mí mismo. El miedo no se explica. Si pudiera explicarse, se podría desechar, pero generalmente el miedo nace de algo incontrolable en la realidad que creemos conocer: una persona que se vuelve estatua nos asusta de igual modo que una estatua que se vuelve persona. Tuve mucho miedo, es verdad, porque soy un chico y estoy sintiendo como un hombre grande. Tuve miedo no sólo de la estatua, del indio, de la flecha, sino de mis ojos que los estaban mirando. El miedo me ha descontrolado y me ha vuelto lúcido, del mismo modo los papagayos que no saben hablar aprenden de pronto una frase.»

Del cuento «El enigma», le pregunto a Alejandra: ¿Por qué hizo eso al final?

«Soy ciega. Muchas personas no lo advierten. Me señalan los colores, los avisos de la calle, me muestran dibujos. Me invitan para ir al cine. Trato de disimular, y todo esto me quita espontaneidad, pero con el retrato de mi amado en mis manos olvidé mi pudor y lo besé apasionadamente, imaginando su cara frente a él. ¿Lo habré besado en la boca, en los ojos, en el pelo? ¿Qué habrá pensado de mí?»

En el cuento de Celestino, le pregunto: ¿Qué fue de usted en la cárcel?

«Viví siempre en una cárcel en mi casa, salvo al final de mi vida, cuando lo merecí. La cárcel era mi carácter. Nunca me sentí libre como ahora.»

En el cuento «La soga», le pregunto a Prímula: ¿Mataste a Toñito

para descansar?

«He sufrido mucho. Nadie me comprende. Yo era la mejor amiga de los niños. Maté a Toñito porque soy obediente: Toñito fue un suicida precoz. Me amaestró. Yo lo quería. Los niños saltan a la cuerda o arrastran cochecitos con ella. Toñito era distinto a todos los niños. Quiso inducirme a la ferocidad. Cuando lo oía dormir trataba de despertarlo para jugar con él y no pensar en mi antigua y feliz vida marítima, que me hacía llorar y deformaba con la humedad de mis lágrimas los nudos dorados de mi hábito áspero.»

Del cuento «Clavel», le pregunto qué sucedió con Bobita.

«¿Bobita? Desapareció. Nunca volví a verla por más que la buscara para que me contara por qué habían matado a Clavel.»

Del cuento «Keif», le pregunto qué supo de Keif.

«En las *Metamorfosis* de Ovidio los seres se transforman en árboles, en animales, en fuentes, en cualquier cosa para huir de los enemigos y a veces del amor. “He devorado, he digerido el libro de Ovidio. La tinta tiene gusto a sangre”, musita Keif. Y yo nunca hallaré a la verdadera Fedora, que ahora se ha transformado en una amazona de circo.»

NOTA AL TEXTO

En octubre de 1970, Editorial Sudamericana publicó en Buenos Aires la primera edición de *Los días de la noche,* en la colección «El Espejo», dirigida por Francisco Porrúa. El volumen tuvo una segunda edición en Madrid, en 1983, bajo el sello Alianza Editorial, que también hizo imprimir una tercera en Buenos Aires, en 1984. Las variantes entre estas ediciones y la primera se reducen a leves alteraciones sintácticas o de puntuación. Para fijar el texto de la presente edición hemos seguido la tercera de Alianza, que fue la última aprobada por la autora y de la que se han corregido las erratas evidentes.

Los días de la noche es el único de los libros de narrativa de Silvina Ocampo cuyo título no proviene de uno de los cuentos que lo componen. El original de imprenta entregado por la autora a Editorial Sudamericana antes de partir hacia Europa el 28 de enero de 1970, en compañía de su hija Marta y de Adolfo Bioy Casares, llevaba el título *Hombres animales enredaderas*. La escritora decidió reemplazarlo durante la corrección de pruebas, que estuvo al cuidado de José Bianco, a quien había encomendado la tarea antes de emprender su viaje, del que regresó el 16 de noviembre del mismo año. «No me parecía feo el título de tu libro —escribe Bianco a la autora el 3 de septiembre de 1970—. ¿Por qué lo cambiaste? Hasta estaba bien que fuera el título del 1er. cuento, como se hacía antes.»

La elección del título definitivo no es casual: durante gran parte de 1969, Silvina Ocampo trabajó en *Ejércitos de la oscuridad* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2008), un *diario nocturno* donde conviven recuerdos, máximas, observaciones sobre personas y lugares, argumentos para cuentos —dos de los cuales desarrolló e incluyó en *Los días de la noche*— y apuntes diversos escritos durante sus largas horas de insomnio. A esos frutos de la vigilia se refiere la autora en conversación con Bioy y con Borges para explicar el título elegido:

> **Jueves, 17 de diciembre [de 1970]**. Come en casa Borges […]. El libro de cuentos de Silvina se titula *Los días de la noche*. BORGES: «¿Qué significa el título? Según Madre son los días que a la noche soñamos, la vida de los sueños». Silvina rechaza esta explicación; prefiere decir que simplemente se refiere a lo que se inventa en noches: una denominación menos exacta y menos mágica. [Adolfo Bioy Casares, *Borges*, edición al cuidado de Daniel Martino, Bogotá: Ediciones Destino, 2006, pp. 1330-1331.]

Cabe señalar, asimismo, que diecisiete relatos de *Los días de la noche* proceden de una versión temprana de *La promesa* (Buenos Aires: Lumen, 2011), la «novela fantasmagórica» que Silvina Ocampo había empezado a escribir a principios de la década de 1960 y que terminó entre 1988 y 1989. Son los siguientes: «Ulises», «Atinganos», «Las esclavas de las criadas», «Ana Valerga», «El enigma», «Celestino Abril», «La soga», «Coral Fernández», «Livio Roca» —el único que fue conservado, con ligeras modificaciones, en ambos libros—, «Clavel», «Albino Orma», «Clotilde Ifrán», «Malva», «Amancio Luna, el sacerdote», «La divina», «Paradela» y «Carl Herst». Probablemente, al adoptar un título que hiciera las veces de marco para los veintinueve cuentos que integran el volumen, la autora también procurara otorgar una cohesión compositiva a la naturaleza heterogénea del conjunto, donde los episodios extricados de *La promesa* se entremezclan con narraciones más extensas y elaboradas, que incluyen un relato en verso («Anamnesis») y dos «cuentos autobiográficos» («Los grifos» y «Nueve perros»), en los cuales introdujo referencias concretas a personas y animales que formaban parte de su vida cotidiana.

Antes de ser reunidos en volumen, algunos de los relatos aparecieron, a partir de 1961, en diarios y revistas. El texto final de esos cuentos no presenta variantes significativas con respecto a esas primeras publicaciones, a excepción de «Fidelidad», cuya temprana versión édita reproducimos en apéndice. Es necesario aclarar que, fuera de la mención de los títulos preliminares, no hemos considerado las variantes halladas en los borradores, manuscritos y dactiloescritos conservados en el archivo de Silvina Ocampo, donde también se encuentra el original de imprenta que Francisco Porrúa, una vez

publicado el libro, devolvió a la escritora.

Las notas que siguen se limitan a ofrecer las referencias bibliográficas de la primera publicación de los cuentos y las fuentes de las citas incorporadas al texto. A eso se agregan algunos datos adicionales, procedentes de testimonios, documentos privados o entrevistas a la autora.

Hombres animales enredaderas

Los títulos descartados fueron: «Yo en otros», «Los otros», y «Veinte días más o menos».

p. 13, *Amaos los unos a los otros*. Juan 13, 34.

p. 14, *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo*. Rubén Darío, «Lo fatal», *Cantos de vida y esperanza* (1905).

Amada en el amado

p. 17, *¡Oh noche que juntaste Amado con amada / amada en el Amado transformada!* San Juan de la Cruz, «Noche oscura», 23-25 (1618).

Cartas confidenciales

El título descartado fue «No sabemos ni de dónde venimos ni adónde vamos».

p. 27, *no sabemos ni de dónde venimos ni adónde vamos.* En realidad, la cita proviene de los versos finales de «Lo fatal», de Rubén Darío: «[y] la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos, y no saber adónde vamos, / ¡ni de dónde venimos…!».

Ulises

El dedicatario es el crítico literario y traductor Enrique Pezzoni

(1926-1989).

Este cuento fue incorporado por la autora, con ligeras variantes, en su volumen de «cuentos para chicos grandes y grandes chicos», *La naranja maravillosa* (Buenos Aires: Ediciones Orión, 1977), prologado por Pezzoni.

Las vestiduras peligrosas

Es uno de los dos relatos cuyo resumen se incluye en el texto de *Ejércitos de la oscuridad* (pp. 65-66): «Otro argumento: una mujer quiere hacerse violar. Busca diferentes vestimentas que podrían ser provocativas, busca lugares que podrían ser propicios, inútilmente. Cada vez que sale en sus incursiones nocturnas con un nuevo atuendo, vuelve defraudada. Al día siguiente lee invariablemente en alguna revista o diario la noticia que en alguna parte del mundo una mujer con su comportamiento y su vestimenta ha provocado a uno o a varios hombres que la han violado. Los detalles de las noticias concuerdan exactamente con los atuendos, lugares, actitudes que adopta la protagonista cada vez que sale en busca de una violación. Finalmente, cansada de tantas decepciones, busca otra indumentaria: se viste como un hombre y sale a la calle. Una patota de jóvenes la viola y la mata en un terreno baldío. La noticia, que ella esta vez no leerá, sale a la mañana siguiente en el diario. Este cuento le parece obsceno a A[dolfo Bioy Casares] o que puede resultar pornográfico una vez escrito. Es muy posible, pero no me preocupa. Uno procrea sin mayores convenciones. Si un recién nacido tiene cola de cerdo o cuernos de ciervo o cara de enano, la madre llora pero no puede impedirlo».

Atinganos

La dedicataria es Amalia M. Raffo, médica y autora del libro de cuentos *El ángel verde* (Premio Emecé 1982/83).

Las esclavas de las criadas

Los posibles dedicatarios del cuento son: *a)* José Bianco (1908-1986), a quien la autora ya había dedicado «Anillo de humo», en *Las invitadas* (1961), y con quien tradujo *Las criadas*, de Jean Genet (*Sur*, 116, agosto de 1948); *b)* el fotógrafo y periodista José María Fernández (1928-2006), con quien la autora se reencontró en París en 1970; y *c)* José Montes Blanco, marido de Jovita Iglesias, ama de llaves de la familia Bioy.

El título descartado fue «Herminia Berni».

Ana Valerga

En uno de los cuadernos de trabajo de la autora, que podemos datar entre 1962 y 1969, hay un sucinto esbozo del argumento: «En el policlínico de X. una mujer enseña a hablar y educa niños atrasados. Los asusta con vigilante y monumentos. Niño que no [*sic*] porque no quiere es considerado idiota. Los monumentos lo asustan. Termina muerto en un monumento».

Celestino Abril

La dedicataria es la escritora Estela Canto (1919-1994).

El argumento de este relato, hallado en el mismo cuaderno donde se encuentra el borrador autógrafo de «Ana Valerga», fue publicado en la sección «Analectas» de *Ejércitos de la oscuridad* (p. 99): «Muerte de un hombre en la provincia, asesinado por el hermano. Hace obras de caridad para disimular su crimen. Moribundo, el cura se entera del crimen y promete dar la absolución si hace pública su confesión».

La soga

El título descartado fue «Antoñito López».

Una versión del cuento, con desenlace convenientemente feliz, fue recogido por la autora en *La naranja maravillosa.*

Coral Fernández

La dedicataria es Rosa Elba Airas, asistente de Silvina Ocampo, a quien acompañó en su viaje por Europa en 1970.

Livio Roca

El título alternativo fue «El sombrero verde».

Anamnesis

Publicado por primera vez, con este título, en la revista colombiana *Razón y fábula*, 15 (septiembre-octubre de 1969).

El título descartado fue «Historia clínica» y, según una anotación manuscrita de Silvina Ocampo en uno de los borradores dactilografiados del texto, en su origen integraba una serie titulada «Poemas prosaicos».

«Un médico me dijo que no había ningún error dentro de esa historia clínica —refiere la escritora en conversación con Noemí Ulla —. Todo lo que el médico comenta en el poema, los remedios que se mencionan, lo que hay que hacer, todo, es muy normal. Y yo no averigüé nada, absolutamente nada. Hice ese cuento en verso con mi intuición, y tampoco lo corregí.» [Noemí Ulla; *Encuentros con Silvina Ocampo*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982, p. 105.]

Clotilde Ifrán

La modista y adivina Clotilde Ifrán también figura en «La sibila», cuento incluido en el volumen *La furia* (1959), donde es invocada por una niña que anhela reunirse con ella en el cielo.

Malva

El título descartado fue «Malva López».

Fidelidad

Publicado por primera vez, con este título, en *Atlántida*, 1.152 (febrero de 1963). Reproducimos en apéndice esta primera versión, que difiere considerablemente de la incluida en el volumen. Asimismo, existe un poema homónimo, recogido en *Espacios métricos* (1945).

El chasco

Este relato pertenecía, originariamente, al volumen *Las invitadas*, publicado por Editorial Losada en 1961. De acuerdo con el testimonio de Edgardo Cozarinsky, quien entonces trabajaba en la editorial, Silvina Ocampo retiró el cuento durante la corrección de pruebas por temor a que la persona que lo inspiró —Dora de Alvear— resultase demasiado reconocible. De hecho, en el archivo de la autora se conserva un temprano borrador autógrafo del cuento, escrito a lápiz en doce hojas sueltas, donde la mujer que creen haber hallado muerta en la laguna de *Chasco*mús figura con su nombre verdadero, reemplazado en el texto final por el transparente Eleodora Albert.

«Dora de Alvear, *née* Blanco, era hija de Mariana Cambaceres de Blanco y su padre genético era Diego de Alvear. Dora y Elvira Blanco —luego adoptarían el apellido Alvear al casarse su madre con Diego— nacieron en la opulencia y, como muchas de su generación, murieron en la pobreza […] [Dora] trasnochaba, bebía, manejaba a toda velocidad su costoso automóvil, tuvo un escandaloso romance con su tío, el entonces presidente Marcelo T. de Alvear […] Terminó sus días en un asilo de monjas en la calle Esmeralda, en las proximidades de la avenida Córdoba, en la miseria, haciendo a veces tareas de limpieza» [Ovidio Lagos, *Argentinos de raza*, Buenos Aires: Emecé Editores, 2003, pp. 210-212].

Borges frecuentó a Dora (n. 1902) y a Elvira de Alvear (1907-1959) desde finales de la década de 1920. Su relación fue más estrecha con la menor de las hermanas, a quien prologó un libro de versos, *Reposo* (1934), y a quien dedicó el poema «Elvira de Alvear», incluido en *El hacedor* (1960). Por su parte, Dora de Alvear firmó la traducción de *El misterio de Edwin Drood,* de Charles Dickens, publicada en 1951 en la colección «El Séptimo Círculo» de Emecé, que dirigían Bioy y Borges. «Dora vive borracha —refiere Borges a los Bioy el 30 de diciembre de

1957, antes de visitar el modesto departamento que las hermanas Alvear compartían en la calle Córdoba 1868, donde solía pasar la Nochevieja—. El año anterior estaba borracha en un diván. Del diván cayó al suelo. Nadie la levantó. Quedó ahí, como un objeto» [*Borges*, p. 412]. Y agrega, el 23 de abril de 1960: «Dora de Alvear —famosa por su antigua prodigalidad y belleza, sus automóviles, su alcoba cristalina, sus amores, sus escándalos— hoy trabaja de mucama en el hospital Alvear. Por pudor se hace llamar Dora Cambaceres» [*Ibíd.*, p. 628]. También menciona, el 22 de enero de 1971: «Dora de Alvear me hablaba de amores lésbicos. Decía que eran muy satisfactorios» [*Ibíd.*, p. 1355].

p. 119, *Cuando estuvo en el colegio de La Esperanza, en la calle Viamonte 318, ella estaba con los Ositos*. La dirección corresponde al Colegio Parroquial de la Merced, fundado a finales del siglo XIX, donde se realizaban diversas actividades educativas para los niños de los conventillos de la zona. En el mencionado borrador autógrafo, los «Ositos» son llamados «Lobatos», rama de los *boy-scouts* integrada por niños entre siete y once años.

Mi amada

El título descartado fue «El novio de Verónica». El nombre de la *amada* es el mismo de uno de los personajes principales de *La promesa*, a cuyo texto pertenecía originariamente este relato.

Amancio Luna, el sacerdote

El argumento de este cuento, tomado de uno de los cuadernos de trabajo de la autora, fue incluido en la sección «Analectas» de *Ejércitos de la oscuridad* (p. 100): «En un jardín con los caminos llenos de piedritas, un niño aprende a caminar. El niño no quiere salir después, cuando es mayor, de ese jardín. En las piedritas descubre figuras simbólicas: una virgen, Jesús, un ángel. Construye un monasterio con su fortuna. Toma los hábitos. Cura con las piedras calientes enfermedades. Con una piedrita en forma de ojos, los ojos; con una en

forma de oreja, la oreja; etc. Le quitan los hábitos por ejercer brujerías. Lo encuentran muerto con una piedrita en que se reconoce su cara con lágrimas. En la fecha de su muerte la piedrita emite gotas como lágrimas».

La muñeca

Publicado por primera vez, con el título «Yo», en *Sur*, 212 (septiembre-octubre de 1961).

Los grifos

Publicado por primera vez, con este título, en la revista colombiana *Razón y fábula*, 3 (septiembre-octubre de 1967).

p. 146, *aunque Marta y Rodolfo dejen las puertas abiertas a propósito*. Se refiere a su hija Marta Bioy y al hijo de la cocinera de la familia, compañeros de juegos en su infancia.

p. 146, *Norah*. La pintora Norah Borges (1901-1998), hermana del escritor.

Sobre la presencia del fanal en el relato, Silvina Ocampo refiere en conversación con Noemí Ulla: «El fanal es un objeto mágico, como todo lo que es transparente, todo lo que brilla, todo lo que imita en cierto modo el agua. Parecería que purifica... En un fanal, si ponés flores que recién has cortado, duran muchísimo más que en un vaso con agua. Dicen que es porque protege del viento. El aire, el viento, marchita las flores recién cortadas. Entonces, yo lo atribuyo a esa cosa mágica que tiene el fanal, esa cosa que es como una piedra, una piedra engarzada en algo divino, ¿no? Tal vez sea porque generalmente el fanal se coloca sobre una cosa muy preciosa, encierra a los santos, encierra ramos en esos floreros isabelinos tan bonitos, que son una ofrenda y se ponen en los altares. Todo eso que yo veía de chica me hizo pensar tal vez en que eran preciosos los fanales y por eso los coloqué en ese cuento. No lo hice voluntariamente, ellos vinieron a

colocarse». [*Encuentros con Silvina Ocampo*, p. 99.]

La divina

El título preliminar fue «Irma Riensi, la adivina».

Se conservan dos esbozos del argumento. El primero fue incorporado por Silvina Ocampo en el texto de *Ejércitos de la oscuridad* (p. 54): «Otro argumento: en un barco una adivina lee en las manos de algunos de los compañeros de viaje el anuncio de un naufragio. Lee sus propias manos, que nunca se había atrevido a leer, y descubre los mismos signos cuando empieza a hundirse el barco». El segundo, más escueto, se encuentra en uno de los cuadernos de trabajo de la autora: «En un barco, de noche, una gitana dice la buenaventura a un grupo de personas y descubre un mismo signo en todas las manos y en la propia: el naufragio que se cumple».

Paradela

Publicado por primera vez, con este título, en *La Prensa*, el 11 de octubre de 1969.

Nueve perros

Publicado por primera vez, con este título, en la revista *Adán*, 15 (septiembre de 1967). Allí el dedicatario es Franz Kafka, luego reemplazado, para la publicación en volumen, por Adolfo Bioy Casares.

El título desechado fue «Catálogo de perros».

p. 165, *hasta que lo conocí a Ayax*. Ayax von Riesenfeld (1931-1942), gran danés de Bioy, a quien su dueño dedicó el poema «Vuelvo a reunirme con Ayax»: «Extraviado, con recelo, / crucé unas puertas de fierro; / pero cuando vi a mi perro / supe que estaba en el cielo» [*Guirnalda con amores*, Libro VIII (1959)].

p. 167, *Esto me recuerda las palabras que cita Arthur Waley en la biografía del poeta chino Li Po* […] *"Ah, si todavía estuviéramos cazando liebres con nuestro perro castaño"*. En realidad, la cita proviene de otro libro de Waley, *The Life and Times of Po Chü-I* [cap. XIII, (1949)]: «*When being led to execution along with his son he [Li Su] turned to him and said: "If only we were still at Shangts'ai, chasing the hare with that brown dog of ours!*». Bioy y Borges la incluyeron, con la atribución correcta y el título «Una nostalgia», en la tercera edición de *Cuentos breves y extraordinarios* (1973), en la siguiente traducción: «Al avanzar hacia el patíbulo, Li Su dirigió estas palabras a su hijo: —Ah, si estuviéramos en Shangts'ai, cazando liebres con nuestro perro blanco». Nótese la diferencia en el color del perro, que la autora sí traduce fielmente y que coincide con el de su caniche Lurón.

p. 168, *Cuando su amo se iba de viaje, yo tenía que dormir teniéndole la pata*. *Cf*. el poema «Siesta», dedicado «A Ayax»: «Con la pata del perro entre mi mano / dormí una aciaga siesta aquella tarde…» [*Lo amargo por dulce* (1962)].

p. 169, *El cuarto se llamaba Sacastrú*. Bioy firmó con el seudónimo Martín Sacastrú su segundo libro, *17 disparos contra lo porvenir* (1933).

p. 170, *El quinto se llamaba Lurón, Lurón de la Morlay*. Según el certificado de *pedigree* que se conserva en el archivo de la autora, el nombre exacto era Luron de Lamorlaye y había nacido el 18 de agosto de 1937. El cachorro fue adquirido en París por Angélica Ocampo, hermana de la autora, ese mismo año.

p. 172, *Teresa Borra y Carmelo Soldano*. Miembros del personal de servicio de los padres de Bioy Casares. Éste describe a Soldano como «un viejo mucamo de mi casa […] era de poca estatura; eso maravillaba mi infancia» [*Borges*, p. 353]. Bioy y Borges le atribuyen un fragmento —«Día franco»— en *Libro del cielo y del infierno* (1960).

p. 173, *Un día se acomodó de tal modo debajo del asiento que mirando dentro del coche no se lo veía* […] *no lo vi a Lurón, vi sólo su ausencia* […] *Fue cuando Borges* […]*, me dijo: «Si lo encontraras, ¿estás segura de reconocerlo?»*. La autora refiere una versión más detallada del episodio en «Images de Borges», testimonio escrito directamente en francés: «*Je avais perdu mon chien Luron; je l'adorais comme on adore les chiens. En pleurant je le cherchais par les routes qui menaient à la mer, frappant à chaque porte, demandant à chaque personne si elle n'avait pas vu un chien à collier rouge, intelligent, de taille moyenne, châtain, le corps tondu sauf la tête et les pattes, sans queue, etc. Inutile de leur expliquer qu'il s'agissait d'un caniche. […] Borges écoutait, regardait pensant que cette histoire de chien était inouïe. Aucune parole compatissante. Je devins maussade avec lui. — Mais es-tu sûre de reconnaître ton chien?, me demandat-il, peut-être pour me consoler. Je lui en voulus, pensant qu'il n'avait pas de coeur. Haïr Borges est difficile, car il ne s'en aperçoit pas. Je le haïssais; je pensais: "Il est méchant, il est idiot, il me donne le cafard; mon chien est plus intelligent que lui, car il sait que toutes les personnes sont différentes, tandis que Borges pense que tous les chiens sont pareils'. Borges ne comprendait pas ma peine. Pourtant c'était moi qui ne le comprendait pas. Je l'ai su par la suite. Borges considère les animaux comme des dieux ou des grands magiciens; il pense aussi, capricieusement, que n'importe quel exemplaire de la race les répresente tous* [*Trad.*: «Mi perro Lurón se había perdido; yo lo adoraba como sólo se puede adorar a un perro. Lo buscaba llorando por las calles que llevaban al mar, golpeando en cada puerta, preguntando a cada persona si no había visto un perro con un collar rojo, inteligente, de tamaño mediano, castaño, con el cuerpo pelado salvo la cabeza y las patas, sin cola, etc. Inútil explicarles que era un caniche. […] Borges escuchaba, me miraba pensando que esta historia del perro era insólita. Ni una palabra compasiva. Me enojé con él. "¿Pero estás segura de reconocer a tu perro?", me preguntó, quizá para consolarme. Lo detesté, me dije que era un desalmado. Odiar a Borges es difícil, porque él no lo advierte. Lo odiaba; pensaba: "Es un malvado, un idiota, no lo soporto; mi perro es más inteligente que él porque sabe que todas las personas son distintas,

mientras que Borges piensa que todos los perros son iguales". Borges no comprendía mi tristeza. Sin embargo, era yo quien no lo comprendía a él. Lo supe después. Borges considera a los animales como dioses o como grandes magos; también piensa, caprichosamente, que cualquier ejemplar de la especie los representa a todos» [*Cahiers de L'Herne*, 4 (número dedicado a Borges), París: L'Herne, 1964, p. 26].

p. 174, *Los hombres que limpiaban las jaulas […] cavaron un foso debajo de un aromo, para enterrarlo*. *Cf.* «Epitafio para Luron»: «Eres un trozo de árbol en las fotografías / y a los pies de un aromo duermen tus cortesías» [*Espacios métricos* (1945)].

p. 174, *El sexto, Dragón, era un perro pila*. *Cf.* el perro pila Changuito, narrador de «Los sueños de Leopoldina», incluido en *La furia*.

p. 175, *Esta escena me pareció tan insólita que la referí en cuento de uno de mis libros*. «La liebre dorada», recogido en *La furia* y, reescrito, en *La naranja maravillosa*.

p. 175, *«Vete, animal falaz, plena causa de mi destrucción»*. La frase, atribuida a Cornelio Agripa en la *Enciclopedia de ocultismo* de Lewis Spence, está citada por la autora en el epígrafe a su soneto, que integra *Enumeración de la patria* (1942).

p. 176, *El noveno, Constantino, era atigrado, con la cabeza casi negra*. De acuerdo con las fotografías que se conservan, era un bulldog francés.

p. 182, *«afrontar la noche, las tormentas, los accidentes, el ridículo, el hambre, los rechazos, como los árboles o los animales»*. Walt Whitman, «Me Imperturbe», *Leaves of Grass* (1860).

p. 182, *«Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan»*. Mateo 6, 28.

p. 183, *Después, una noche tuve un sueño que no olvido*. La autora narra

ese sueño en una carta a su suegro, Adolfo Bioy, fechada el 31 de enero de 1947: «La otra noche soñé con un perro muy gracioso. ¿Me atreveré a contarle ese modesto relato? Mis sueños, comparados con los suyos, son como los cuentos de Kafka comparados con la *Divina Comedia*. El perro de mi sueño era blanco, mestizo de fox terrier y de ovejero; en pocos días le enseñé a cantar (entre dientes) las sinfonías de Brahms y los cuartetos de Ravel. Para oír cantar a mi perro, había que acercar el oído a su cabeza. Admito que la posición fuera incómoda, pero este detalle no disminuía la musicalidad del perro. Llamé a varias personas para que escucharan a mi prodigioso cantor; me dijeron con gran fastidio y sin asombro: "Es cierto, canta, pero muy despacito"».

En su diálogo con Noemí Ulla, Silvina Ocampo habla acerca de su relación con los perros: «Yo siempre vuelvo a los animales y a las plantas, como he tenido muchos perros. Al principio, cuando empecé a tener perros, no me gustaban; pero como mi marido tenía un perro y lo quería mucho, a través de él yo empecé a quererlo tanto y más que como los hubiera querido desde siempre, porque fue un esfuerzo que hice para amigarme con los perros. Los quise educar y los eduqué bastante bien. Todo el mundo conocía mi perro, educado, a varias cuadras cerca de casa. Me veían pasar y sabían que era yo con mi perro, que sabía bailar, que sabía marchar, que sabía hacerse el muerto, que se acordaba de sus antepasados en el circo. Yo tenía ese idioma con el perro. A los animales, cuando se les hace tener conciencia, sufren, se quejan; yo sentía eso cuando mi perro hacía una prueba muy difícil. Le enseñaba cosas que me costaba enseñar, porque como lo tenía que dominar, tenía que hacer un esfuerzo psíquico para trasmitírselo al perro, y el perro se quejaba cuando obedecía y obedecía a medias. Pero siempre dentro de esa garganta había como un quejido profundo, hasta que hacía la prueba que yo le pedía que hiciera» [*Encuentros con Silvina Ocampo*, pp. 105-106].

KEIF

La dedicataria es Marta Bioy, hija de la autora.

En las versiones preliminares, el relato llevaba como epígrafe el verso «*Animula vagula blandula*», comienzo del poema del emperador Adriano (76-138 d.C.), presuntamente compuesto en su lecho de muerte para despedir a su alma.

La autora también escribió, en 1966, una obra de teatro con el mismo título y argumento del cuento, que no llegó a publicarse ni a representarse.

Apéndice

Los comentarios sobre ocho cuentos de *Los días de la noche* fueron hallados entre los papeles de la autora.

Inéditos hasta ahora, fueron redactados poco después de la publicación del volumen, probablemente para ser leídos en un programa de radio. Del texto se conservan: *a)* original autógrafo en bolígrafo azul, en cuatro hojas sueltas, una de las cuales tiene en el reverso el borrador inconcluso de una carta de la autora a Jovita Iglesias; y *b)* original dactilografiado, en tres hojas sueltas, con correcciones y adiciones manuscritas de la autora y enmiendas transcriptas por su secretaria, Elena Ivulich. Se sigue esta última.

p. 203, *Con el fuego interior todo se abrasa.* La cita correcta es «Con el fuego interior todo se abrasa; / se triunfa del *rencor* y de la muerte». Rubén Darío, «Cantos de vida y esperanza», *ibíd.*, I.

p. 204, *he escrito ya otro relato, «El castigo»*. Incluido en *La furia*.

p. 204, *André Gide dijo […] que el hombre nace viejo […] a medida que vive van desapareciendo las arrugas y los defectos*. «Uno nace sabiendo, pero lo desaprendemos con la experiencia —declara la escritora a Noemí Ulla—. Gide decía que nacemos viejos, pero nos vamos rejuveneciendo» [*Encuentros con Silvina Ocampo*, p. 39]. «Como dijo Gide —creo que ya te lo dije alguna vez— nacemos cubiertos de arrugas y a medida que vamos viviendo esas arrugas desaparecen. Yo agrego que después aparecen esas arrugas. Nacemos viejísimos, viejísimos. Me impresionan mucho los recién nacidos, lo viejos que

son. Y después son como las flores que se ponen en agua; se van abriendo, se van alisando, se van embelleciendo» [*Ibíd.*, p. 118].

Por último, agregamos un breve repertorio de reseñas bibliográficas de la primera y la tercera edición:

MILEO, Diego; «Los días de la noche», *Somos*, 16 de noviembre de 1984.

N.P., «Días de la noche»; *La Razón*, 16 de enero de 1971.

RÉBORI, Blanca; «Los días de la noche», *Clarín*, 28 de enero de 1970.

SOARES, Norberto; «Todo está permitido», *Primera Plana*, 411, 15 de diciembre de 1970.

E.M.

Los días de la noche reúne veintinueve relatos breves (uno de ellos narrado en verso libre), escritos a lo largo de la década de 1960 y publicados originariamente en volumen en 1970. En ellos se despliega, como en una versión rioplatense de *Las mil y una noches*, el imaginario tumultuoso y elegíaco de Silvina Ocampo, donde coexisten las situaciones y los sentimientos más disímiles: vidas entreveradas de ficción, traiciones ardientes y venganzas gélidas, espejos o sueños que reflejan fantasmas de carne y hueso. Pero también «lo quimérico y lo casero», en palabras de Borges, la calma imperturbable que precede un crimen atroz, las metamorfosis de hombres y de plantas o las biografías de todos los perros que tuvo la autora. Y siempre la infancia, con su delicada trama de complicidades secretas donde se entremezclan, inextricablemente, la inocencia y la crueldad.

«Un día los cuentos de Silvina Ocampo serán muy apreciados, como hoy son apreciados los de Chéjov y los de Kafka.»

J. R. Wilcock

SILVINA OCAMPO

Nació en Buenos Aires el 28 de julio de 1903. En su juventud estudió dibujo y pintura en París con Giorgio De Chirico y con Fernand Léger. A partir de 1935, luego de conocer a Adolfo Bioy Casares, con quien se casó en 1940, se dedicó por entero a la literatura. Vivió rodeada de figuras imponentes —su marido, su hermana Victoria, su amigo Jorge Luis Borges—, pero eso no le impidió cultivar una desafiante singularidad. Publicó, entre otros, *Viaje olvidado* (cuentos, 1937), *Enumeración de la patria* (poesía, 1942), *Autobiografía de Irene* (cuentos, 1948), *Los traidores* (teatro, en colaboración con J. R. Wilcock, 1956), *La furia* (cuentos, 1959), *Las invitadas* (cuentos, 1961), *Lo amargo por dulce* (poesía, 1963), *Los días de la noche* (cuentos, 1970) y *Árboles de Buenos Aires* (poesía, 1979). Murió en Buenos Aires el 14 de diciembre de 1993.

El enorme conjunto de textos inéditos que dejó al morir añadió una dimensión adicional a su obra, donde confluyen límpidamente lo cotidiano y lo fantástico. Sus libros han sido traducidos al inglés, francés, italiano, portugués, danés, chino y árabe. Hoy es reconocida como una de las escritoras más originales de las letras hispanoamericanas.

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané
Fotografía de tapa: Herederos de Silvina Ocampo

© 1970, Herederos de Silvina Ocampo

Edición en formato digital: julio de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-84-264-8160-3

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Los días de la noche
Hombres animales enredaderas
Amada en el amado
Cartas confidenciales
Ulises
Las vestiduras peligrosas
Atinganos
Las esclavas de las criadas
Ana Valerga
El enigma
Celestino Abril
La soga
Coral Fernández
Livio Roca
Clavel
Albino Orma
Anamnesis
Clotilde Ifrán
Malva
Fidelidad
El chasco
Mi amada
Amancio Luna, el sacerdote
La muñeca
Los grifos

La divina
Paradela
Nueve perros
Keif
Carl Herst
Apéndice
    Fidelidad [Primera versión publicada]
    [Sobre algunos cuentos de Los días de la noche]
Nota al texto
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos